ALBERT MELTZER
STUART CHRISTIE

ANARQUISMO Y LUCHA DE CLASES

SIGNO LIBERTARIO

EDITORIAL PROYECCION

Título de la obra en el original inglés
THE FLOODGATES OF ANARCHY

Editada en 1970 por
Kahn & Averill, Londres, Inglaterra.

Traducción directa de
EDUARDO PRIETO

Tapa: EDGARDO FILLOY.

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Yapeyú 321
Buenos Aires

ALGUNOS ANTECEDENTES DE LOS AUTORES

STUART CHRISTIE: nacido en Glasgow en 1946. Fue aprendiz de técnico dental, trabajador en metal laminado, peón, obrero gráfico, gasista. A los quince años se hizo socialista (Juventudes del Partido Laborista), pero pasó rápidamente al anarquismo. Cumplió tres años de una condena a veinte por "bandidismo y terrorismo", impuesta por una corte marcial española, por contrabandear explosivos a España para una rebelión contra Franco. Desde su retorno en setiembre de 1967 su actividad militante incluyó una sentencia en Old Bailey (Corte central criminal de Londres).

ALBERT MELTZER: nacido en Londres en 1920. Fue boxeador amateur, librero, obrero gráfico. Consagrado al anarquismo desde los quince años, intervino en la huelga de alquileres y en otras, y en el movimiento en pro de los consejos obreros· Escribió una relación de sus actividades, titulada "The Anarchists in London 1935/55".

Ambos son poliglotas y vigorosos protagonistas del movimiento anarquista internacional. Han colaborado en muchos periódicos libertarios ingleses y del exterior, incluido el semanario londinense *Freedom*.

PREFACIO

Al escribir sobre el tema del anarquismo en relación con la lucha de clases hemos encontrado pocos libros de consulta, o casi ninguno, pese a la existencia de obras de los primeros anarquistas, escritas en una época en que se daban por sentadas las divisiones de clase y no se había producido el desarrollo de las tendencias sociales y económicas actuales. El movimiento anarquista debe poco a los escritos de los "intelectuales" —por el contrario, los escritores profesionales han profundizado los logros de los trabajadores anarquistas para ilustrarse en lo que respecta a teoría social o para formular otras teorías—.

Me ayudó en mis primeras meditaciones el hecho de provenir de Glasgow y Blantyre, donde crecí entre mineros y otras personas que habían mantenido viva la tradición socialista y libertaria por más de sesenta años. Luego tuve la ventaja de mantener discusiones con camaradas tales como Octavio Alberola, en algún lugar de Europa; el camarada S. G., actualmente en Bruselas; Pascual, en París, cuya valentía constituye una inspiración para todos los que entran en contacto con él. Debo añadir también a esta lista a Luis Andrés Edo, que está cumpliendo en la actualidad una condena de nueve años en la "Torre de Londres" de España, cerca de Segovia, y a Alain Pecunia, un compañero de prisión en Carabanchel, la cárcel de Madrid. Sin ellos y sin gente como ellos habríamos sido devorados o aniquilados enteramente por la maquinaria del Estado.

Puedo decir que este libro no habría aparecido nunca sin la ayuda de mi coautor Albert Meltzer, un veterano del movimiento anarquista por más de un tercio de siglo. Albert trabajó con esforzados representantes de

una generación anterior de anarquistas ingleses —Mat Kavanagh, Frank Leech, Albert Grace, Sam Mainwaring (h.), y otros—, así como colaboró con revolucionarios en Asia y Europa. Nuestra acción en la Cruz Negra Anarquista, organización creada para ayudar a los prisioneros y activistas del exterior y de Inglaterra, dio por resultado este libro.

STUART CHRISTIE

Las batallas más importantes que libramos en el pasado ocurrieron bajo la bandera roja del socialismo y del colectivismo de la clase trabajadora. La sangre vital de los anarquistas, además, "tiñó cada uno de sus pliegues". Esta bandera, junto con los honores y el santo y seña de la batalla, fueron capturados por el enemigo. Se los utiliza ahora con el propósito de engañar.

Los libros clásicos acerca del anarquismo fueron escritos bajo las banderas rojas, pues entonces el socialismo tenía que ver con la abolición de la explotación y el establecimiento de la libertad y la igualdad. Las banderas negras sólo se izaron para requerir una mayor militancia en el logro de ese fin. En países tales como Rusia e Italia, la victoria del totalitarismo fue resistida con encarnizamiento hasta el fin.

La bandera roja-y-negra se izó por primera vez en España, donde el movimiento de los trabajadores y el anarquismo no se habían separado y eran casi sinónimos. Se ha escrito poco acerca del anarquismo en relación con la lucha de clases, y nada en absoluto (en la medida de mi conocimiento) en Inglaterra. Este libro es una de las pocas obras contemporáneas acerca de qué es lo que piensan los anarquistas, a diferencia de las interpretaciones académicas referentes a lo que éstos deberían pensar.

Agradezco entre otros a Ted Kavanagh por las muchas discusiones útiles que con él mantuve, y a los editores de *Freedom* por haberme dado la oportunidad de iniciar algunos de los argumentos que prosigo aquí.

ALBERT MELTZER

INTRODUCCIÓN

A fines de la Primera Guerra Mundial asistimos al desarrollo del Supergobierno. El capitalismo, al tratar de escapar de las consecuencias de la guerra, perdió su fachada liberal. En algunos casos tuvo que entregarse por completo al control estatal, enmascarado de comunismo —que sólo había abolido a la vieja clase dirigente para crear una nueva, basada no en el lucro sino en el privilegio—. En otros casos se inyectó con la misma droga, y el mundo de pesadilla del fascismo constituyó un viaje a la oscuridad. Los efectos secundarios de estas experiencias iban a elevar la apreciación de la forma anterior del capitalismo. No cabe duda, argumentaban muchos, de que la forma liberal y democrática de gobierno que el capitalismo solía asumir, cosa que ya no puede hacer, constituía un mal menor. El argumento suena hoy extrañamente arcaico, en esta época en que el desarrollo del Estado de Destrucción significa que tiene poca importancia que el liderazgo sea blando o brutal; que imponga sus decisiones mediante policías desarmados que dirigen las marchas de protesta a lo largo de calles vacías, o saque a relucir contra ellos los tanques y las bombas de gas lacrimógeno. Los problemas de que hoy se trata son tan vitales para la continuación misma de la humanidad, que resulta insignificante el hecho de que los maníacos que tienen a su cargo nuestro destino lleguen al poder mediante clandestinos conciliábulos o abriéndose paso "a ráfagas de metralla".

El Estado es evidentemente nuestro enemigo; si no lo destruimos primero, nos destruirá él a nosotros. No habrá más guerras nacionales en escala mundial o, por lo menos, no durarán mucho tiempo —los choques de

un poderío insensato llevarán a la inmediata destrucción—. La línea de fuego del futuro nos enfrentará a *nosotros* y a *ellos*. ¿Quiénes son "ellos" y quiénes somos "nosotros"? Puede que resulte difícil dar una definición, aunque todos lo sentimos instintivamente. *Ellos* son la clase dominante, y los que están vinculados con el poder. Se espera que *nosotros* seamos los peones en el ajedrez de ese poder. Ellos constituyen la clase dominante, nosotros los sometidos. Ellos son los agresores, pero nuestras iniciativas para derrocarlos son condenadas como perturbadoras de la paz. Ellos son los conquistadores y nosotros los conquistados, y la dificultad con que tropezamos al tratar de hallar la definición es el resultado de que crezca el pasto en los campos de batalla. Siempre que nos conformemos, o tratemos de asimilarnos, ellos se contentan con dejarnos tranquilos; pero aun así, no pueden dejar al mundo tranquilo. Quienes están vinculados con el poder hacen sus propios planes para sobrevivir en el evento de una guerra nuclear. Pueden incluso soñar que existen otros mundos que ellos conquistarán. Para mantenernos tranquilos, discuten acerca de las diferencias existentes dentro de la sociedad, y hasta tal punto que a veces nos cuesta establecer dónde se produce la división. Este es el éxito que logran los medios de persuasión con los cuales, entre otros instrumentos opresivos, nos explotan.

Uno puede aislar un sector de la clase dirigente y atacarlo; pero esencialmente el enemigo del hombre es el medio por el cual éste es gobernado. Se trata de un instrumento impersonal, aunque se equipe con hombres reales. Hasta en época tan remota como la de los antiguos filósofos chinos se sostuvo que no cabía esperar que el hombre reverenciara aquello mediante lo cual se lo castigaba y que era el símbolo de su sometimiento (expectativa razonable que luego redujo a la nada la Iglesia cristiana). A ellos les resultaba axiomático que el hombre que se vendía al gobierno lo hacía por razones indignas. Un sabio invitado por el emperador a que lo ayudara a gobernar, pidió que le permitieran lavarse las orejas; otro sabio le advirtió que no dejara

beber a su buey del agua en que se lavara las orejas que habían oído tal propuesta.

¿Cómo puede existir el antagonismo entre el hombre y una institución creada por éste? Porque aquella señala la división de los seres humanos en dominadores y dominados. ¿No es meramente el gobierno la administración de la sociedad? Sí, pero contra la voluntad de ésta. La sociedad es necesaria para unirnos; el Estado, que llega a existir para dominar, nos divide. ¿No están compuestos meramente los gobiernos por seres humanos, con todas sus fallas y virtudes? Sí, pero para oprimir a sus congéneres. La humanidad comenzó con el hecho del lenguaje; la sociedad comenzó con el arte de la conversación; el Estado comenzó con una orden.

El gobierno representa las cadenas impuestas a una sociedad; aun en su forma más libre, constituye meramente el punto más allá del cual no puede ir la libertad. El Estado es la preservación de las divisiones de clase, y si en ese carácter protege la propiedad, también lo hace para defender los intereses de una clase gobernante. Aunque esto pueda traer también como consecuencia la preservación de los derechos de los pequeños propietarios de la clase más baja, en todo caso contra ciertas incursiones, esto se hace sólo para fortalecer el respeto a la propiedad. En una sociedad en que el lucro no es el motivo, y la división de clases no determina la economía, el Estado defiende los intereses de la burocracia.

Aún las personas más interesadas en la preservación de una sociedad gubernamental —la burguesía propietaria— se ven obligadas a admitir que no llevan siempre la mejor parte. El ciudadano próspero, con toda la necesidad que naturalmente siente de que exista el gobierno en su faz represiva, es el que más se inclina a atacarlo cuando éste asume cualquier papel que no sea el de defender la propiedad o el de cohibir la actividad de la clase trabajadora. Dominado como está por el concepto de la reciprocidad comercial como principio ético, el pago de impuestos es uno de los compromisos que cumple con la menor disposición, y no percibe que

* medio irrecuperable (como alg... teorologías o estr. argut.)

sea deshonesto el fraude; en todos los demás aspectos de su actividad, inclusive en sus deudas de juego, ve la posibilidad de dar algo por algo, pero en lo que respecta al Estado, nada.

El Estado es un parásito que se nutre de la sociedad. Es inerradicable en una sociedad dividida en clases, pese a las esperanzas de los primeros filósofos capitalistas e individualistas liberales, porque la protección de las divisiones de la propiedad depende de la represión organizada. Una vez que alguna forma de represión organizada se hace más fuerte que cualquier forma existente de represión organizada, asumirá las funciones del Estado. Marx (1) * analizó la estructura del capitalismo en forma bastante clara como para percibir que cuando ya no existiera la necesidad de la división de clases, desaparecerían las instituciones represivas *necesarias para el dominio de clase*. Sin embargo, en los países comunistas puede verse cómo la conservación de *otros* órganos represivos del Estado ha significado que lejos de abolirse éste, se lo ha fortalecido. Se ha combinado en ese caso la naturaleza explotadora del capitalismo con la naturaleza represiva común del Estado, y éste llegó a ser más monstruoso que nunca.

El magnate petrolero norteamericano que recibe con desprecio cualquier forma de intervención estatal en su manera de dirigir el negocio —es decir, de explotar al hombre y a la naturaleza— es también capaz, en cierta medida, de "abolir al Estado". Pero tiene que construir una máquina represiva por su propia cuenta (un ejército de comisarios que cuiden sus intereses) y asume en la medida en que le es posible aquellas funciones que normalmente ejerce el gobierno, excluyendo cualquier tendencia de este último que pudiera constituir un obstáculo para la prosecución de la riqueza que él persigue. El mundo subterráneo de la Cosa Nostra ha construido, particularmente en Sicilia y en los Estados Unidos, un Estado dentro del Estado. Dada la necesidad de protección contra esa amenaza que la Mafia misma representa, ésta ofrece una forma de pacto tan buena como la provista por el Estado. Si ella no existiera, no habría ninguna necesidad de protección. Si el Estado no existiera, tampoco surgiría la necesidad de restricciones legales. No se requerirían frenos constitucionales del poder, si el pueblo fuera libre.

* Véase el Comentario sobre los nombres, en la pág. 179.

En el surgimiento de una clase de gangsters, vemos la función del Estado en su forma más cruda. Comenzó "con el chasquido del látigo del capataz de esclavos". Alcanza su punto más alto cuando se transforma no sólo en el contratista de policías para el conquistador sino en una clase dominante por sí misma. En ese punto —y esto se proclama a veces como socialismo de tipo autoritario, aunque sólo se lo cubre con esa bandera y podría ser tanto el desarrollo lógico del capitalismo como del fascismo— los burócratas ocupan los ministerios y los contadores toman a su cargo la industria. El Estado se transforma no en un mero comité de la clase propietaria, ni siquiera en la expresión de una casta dictatorial, sino en una máquina que perpetúa el dominio por sí mismo y por el engrandecimiento de quienes la integran. Pero está en última instancia condenado. La concentración masiva del poder en una época científica significa que las decisiones de la vida y muerte universal están en manos de unas pocas personas, acostumbradas a asumir enormes responsabilidades sobre sí mismas. Esas personas no pueden imaginar que sus decisiones no sean correctas. Tienen en sus manos la capacidad de destruir la sociedad, y lo harán a menos que la sociedad destruya al Estado. Si el Estado prevalece, el mundo está condenado. Como el Estado es un parásito, no puede vivir después de haber matado al cuerpo que lo alimenta.

Como la Gran Pirámide, el Estado fue construido para el culto de la esclavitud y sobrevive para el culto de la muerte. Perdió toda responsabilidad para la humanidad; perdió la identidad con las personas individuales y representa un enemigo sin rostro. Pero no es el *abuso* de la autoridad estatal lo que ha provocado esto. Es el proceso natural por el cual se mantuvo, a través

de los años, la división entre conquistados y conquistadores. La guerra civil está latente en todas las culturas impuestas. Las fuerzas de persuasión han confundido los rasgos de la lucha, pero sólo la concepción de la guerra de clases da sentido a los conflictos económicos dentro de la sociedad.

Ya no está de moda machacar con la distinción de clases. Al hablar del cambio social se dice que la "clase trabajadora ya no existe". Sólo cuando se planea una legislación destinada a reprimir lo que constituyen supuestamente las malas prácticas de una clase, más bien que las de otra, descubrimos que no es totalmente cierto que "ahora somos todos trabajadores".

La lucha para la liberación de la propia clase y de sí mismo no se puede comparar con los conflictos entre naciones. Es función del Estado impersonal derrochar vidas en la guerra, o de una clase superior considerar que los seres humanos inferiores son materia que se puede gastar en un conflicto; así, cualquier guerra del Estado nacional debe ser en sí misma, por su naturaleza, una atrocidad. Éste no tiene por qué ser el caso en el proceso revolucionario destinado a destruir al Estado, a menos que una intolerable opresión haya hecho a la gente despiadada en lo que respecta a su propia vida y la haya determinado a tomar venganza (como en España en 1936). Quienes se consagran a la lucha en pro de una sociedad libre son habitualmente capaces, por esa misma razón, de apreciar cabalmente la situación de los demás. En todo caso, sus enemigos no son naciones enteras sino individuos.

No obstante, en comparación con otros conflictos, la liberación social es lo más difícil de lograr, pero sin ella la liberación nacional no es más que una acción diversiva, pues la lucha de clases implica no meramente la acción colectiva sino la ruptura de esas secuencias de eventos arraigados en nuestra sociedad en la forma de orden-y-obediencia. Cualquier forma de protesta social puede ser útil como intento de destruir esta secuencia, que va minando la sustancia vital de la humanidad y hace posible que los menos gobiernen a los más.

Si el pueblo en general supera necesariamente a la minoría que comprende el Estado y sus fuerzas opresivas, ¿por qué se sometió tan dócilmente a éste? ¿Por qué hacen cola tranquilamente para recibir las órdenes de marchar a la guerra, o para pagar los impuestos o ser sentenciados a muerte o a trabajos forzados? La sociedad se sometió primero al látigo —a las fuerzas armadas en tiempos de conquista, reemplazadas en una sociedad estable por la fuerza policial (o en una sociedad menos estable por el ejército en función de policía)—. La fuerza policial constituye principalmente un método de represión política. Sólo en un nivel secundario es el medio por el cual, dentro del sistema legal, se institucionalizan los crímenes contra la sociedad legalizando a algunos de ellos y poniendo fuera de la ley a otros. La proscripción legal de algunos delitos es útil, por supuesto, si la gente ha perdido la iniciativa de reprimir la conducta antisocial por sí misma. Este es el aspecto del trabajo policial que se utiliza para justificar el todo. Aunque tiene en cierta medida un carácter inevitable dentro de una sociedad gobernada por el Estado, produce también un efecto atrofiante sobre la iniciativa del pueblo para enfrentar los delitos contra la sociedad, y alienta la delincuencia que pretende reprimir.

Puesto que a la larga el dominio debe basarse en el consentimiento, se agrega al mando mediante el látigo un aparato de mando mediante la persuasión, el lavado de cerebro, el condicionamiento mental y todo el proceso de la educación, y se llega así al punto en que el pueblo inglés, por ejemplo, podría aceptar inclusive la existencia de una Gestapo, siempre que ésta lo ayudara a encontrar los gatos perdidos y auxiliara a las viejas que cruzan la calle.

La verdadera educación comenzó con una perspectiva investigadora; la educación del Estado comenzó con un saludo de tipo militar. La redacción de un código de ética y moral adecuado para un pueblo servil y adaptado al sistema económico entonces corriente se confió originariamente al sacerdocio, y se erigió una iglesia sobre la necesidad de subordinar el misticismo al po-

der y de justificar las acciones de la clase gobernante. El proceso de persuasión es mucho más que la educación que condiciona la mente para recibirlo, y recorre toda la gama de la mística nacional. La educación ha cesado hace mucho de ser el monopolio de la Iglesia, excepto en rincones aislados del mundo. En lugar de la organización religiosa al servicio del Estado, y transformada a veces en un Estado paralelo o incluso en dueña del Estado secular, se ha construido, en palpable imitación de los países totalitarios, un partido hegemónico a cargo de las verdades sagradas (económicas o sociales) que posibilitan el éxito del sistema. El sistema partidario del totalitarismo se aproxima al de la vieja Iglesia, pero no tiene ninguna diferencia con el múltiple proceso que ha recibido el mote de "Establishment" en países donde existe una diversificación de poder, y este último puede contener a muchos partidos e intereses en conflicto dentro de una sola "iglesia".

La vieja Iglesia, y estas neoiglesias, pueden ser Estados dentro de Estados, superestados, incluso Estados supranacionales. Su reacción ante el Estado mismo, y su interacción recíproca, es la esencia de lo que pasa por política. Sus disputas pueden transformarse en tensiones y hasta en guerras. Estas guerras pueden incluso seguir a veces las líneas de la guerra de clases, que ha trazado su surco a través de la sociedad, pero no produce victorias o derrotas para la clase trabajadora, sino sólo desastres. Pueden impedirse las divisiones extemporáneas, tal como el dominio papal petrificó al Sacro Imperio Romano mucho tiempo después de su deceso. Países tales como España conservan aún, como dinosaurios en hielo, una aristocracia y una clase feudal que luchan contra el capitalismo invasor.

En forma similar, la moralidad judeocristiana fue preservada fuera de su época, aunque modificada adecuadamente para adaptarla al código penal o los hábitos comerciales. (Una notable excepción la constituye, por supuesto, el mandato a los hijos de la luz, de emular la práctica de la disposición fraudulenta mientras se hace de depositario. *Lucas*, 16. El juez de hoy que reverencia la Biblia, que ama el dinero tanto como cualquier fariseo, sería igualmente severo a este respecto —pero se trata, lamentan los eruditos, de un pasaje difícil de traducir—.) En general los teólogos se las han arreglado para reconciliar los preceptos morales de la Biblia con una sociedad que ultraja a la justicia natural y al decoro y los sustituye por las leyes de propiedad. Así, son capaces de invocar a la divinidad como autoridad idealizada, motivo por el cual dijo Bakunin (II) que "si Dios existiera, sería necesario destruirlo".

El Estado nacional, que comenzó siendo una carga sobre la sociedad, se elevó por obra de las concepciones idealistas —que sostuvieron que deriva de Dios o, si no, de la necesidad—, y se trató de demostrar que las obligaciones respecto de él pertenecen "al orden natural de las cosas". El culto del nacionalismo deriva de la necesidad de reforzar el sentido del deber hacia el Estado, tal como lo hace la religión establecida. El Estado nacional es idealizado por el nacionalismo, y se lo muestra bajo una luz favorable frente a los demás Estados nacionales. Este nacionalismo es un ideal inventado que complementa o sustituye a los ideales religiosos (o no religiosos, por ejemplo, el partido o el Establishment). Equivale a enmascarar la abstracción del Estado, que no suscita ni puede suscitar amor, mediante el concepto de la familia idealizada de la raza o la nación.

El sentimiento de superioridad que una raza podría experimentar respecto de otra por razones históricas o puramente ficticias, o la inferioridad que se experimenta (habitualmente por razones económicas), se confunden deliberadamente con la inclinación natural que todos tenemos hacia los pueblos o lugares que conocemos mejor. Se lo institucionaliza transformándolo en un culto, no meramente del nacionalismo sino de un Estado.

El nacionalismo es una emoción artificial. Trepa en torno del Estado como la hiedra, como un parásito sobre otro parásito. Si no dispone de un Estado en torno del cual pueda enroscarse, el nacionalismo se agosta; el lenguaje se transforma en dialecto y la nacionalidad en

provincialismo, pues el nacionalismo es una criatura del poder. El racismo, no en su sentido periodístico habitual sino en el de las tradiciones folklóricas y étnicas de determinados pueblos, es una planta de crecimiento más difícil, y florece a menos que el Estado tome medidas positivas para erradicarlo.

Puesto que la creación de un Estado multirracial o supranacional lleva a la constitución de un imperio (superestado), ocurrirá contra él una reacción de indudable carácter progresista, sobre la base puramente idealista de la raza, la nación o la diferencia de religión. Tal reacción ayudará a debilitar el baluarte del Estado y quebrará la secuencia de orden-y-obediencia, pero será sólo progresista, a la vez que infructuosa. Se dice que la esperanza es un buen desayuno pero una magra cena. Otro tanto ocurre con la lucha por la independencia nacional. El nacionalista forma un nuevo Estado pero continúa con los viejos modos de explotación económica. Al obtener el consentimiento popular a las formas de dominio, el nuevo Estado legitimiza la opresión. Sin embargo, persiste a menudo el espíritu de rebelión, aunque el nacionalismo triunfante haya tomado su funesta trayectoria.

Todas las formas de explotación económica surgen de la división entre las clases y del hecho de que se le robe al hombre el pleno valor de su trabajo. El sistema monetario no es una mera forma de intercambio ni es propiamente una ciencia, sino un fraude perpetuado por el Estado para legitimar la pobreza. La economía capitalista es una mística y no una ciencia. La ciencia llamada economía o economía política, escribió Herbert Read (III) * "es la desgracia de una civilización tecnológica. No ha logrado producir ninguna ciencia coherente de la producción, distribución y consumo de los bienes que proliferan a raíz de la producción mecánica. No ha podido darnos un medio internacional de intercambio exento de las fluctuaciones y desastres del patrón oro. Está dividida por la tumultuosa acción de sectas rivales y dogmas irreconciliables, que sólo pueden compararse con las ociosas discusiones de los escolásticos en la Edad Media".

* "The Great Debate", ensayo incluido en *To Hell with Culture* (Routledge and Pegan Paul). *Al diablo con la cultura* (Ed. Proyección).

Despojada de sus elementos esenciales básicos y desnudada de sus ideales —"tenemos otra palabra para reemplazar a los ideales: mentiras", dijo Ibsen (IV)—, la economía política es una apología de la guerra civil, en la cual una clase tiene el poder económico y político y la otra está sometida. Si esta última se rebela, debe luchar. Puesto que se ha sometido y sufrió un procesamiento mental en el plano colectivo e individual, se produce cierta confusión en la línea divisoria y se concede una cláusula de escape mediante la cual algunos individuos pueden atravesar ocasionalmente las barreras de clase y ser aceptados del otro lado. Por ende, se distorsiona el deseo natural de automejoramiento y se nos induce a creer que la posición que alguien ocupa en la sociedad constituye la prueba de sus capacidades, más bien que del valor que tiene como explotador o de la mera buena suerte.

Las personas de espíritu conservador temen la división y la consideran equivalente a las luchas fratricidas del Estado nacional, más bien que a la tarea multisecular de tratar de liberarse de las instituciones opresoras. Durante siglos los pueblos ensayaron la resistencia no violenta —o "insolencia muda", como la llamó el ejército—. (La participación entusiasta lograda mediante manipuleos es un invento moderno, aunque estaba implícita en el "pan y circo" de la antigua Roma.) Pero no basta la resistencia no violenta. No tiene ningún efecto duradero, aunque se transforme en resistencia armada. Un liberal con un revólver sigue siendo sólo un liberal. La resistencia es un comienzo, pero no es suficiente. Todo lo que logra es quebrar la secuencia de orden-y-obediencia. Pero la resistencia sólo llega a ser efectiva cuando lleva al quebrantamiento de la autoridad, que temen los autoritarios, y que se confunde deliberadamente con el quebrantamiento de todo orden.

Éste es el supuesto —es decir, que el dominio de la ley impide el desorden— que cuestiona el libertario revolucionario, y ese es el motivo por el cual se lo estigmatiza con el nombre de *anarquista.* El anarquista cree que la ausencia de gobierno (anarquía) equivale a la libertad. El no anarquista supone que la ausencia de gobierno lleva a innumerables desórdenes que se vinculan normalmente con la debilidad o división del gobierno, situación en la cual ocurren los mismos males que en el caso de un gobierno fuerte, pero falta la restricción unificada.

El anarquismo revolucionario no es algo distinto de la lucha de la clase trabajadora. Al definir un movimiento laboral, no vemos ninguna libertad donde haya explotación y ningún socialismo donde falte la libertad. Estamos en favor de la igualdad sin burocracia, y de una victoria de las masas sin que exista una facción dominante, vieja o nueva.

Los miembros de espíritu generoso de la generación más joven de la burguesía se inclinan aparentemente más a estar con nosotros que contra nosotros; pueden ejercer su derecho de apartarse de la estirpe de las ratas y renunciar a sus privilegios de nacimiento o a la riqueza vinculada con éste. Nosotros no teníamos por nuestra parte nada a que renunciar, excepto las ilusiones del deber con que se ha aherrojado al hombre.

Si ahora tenemos un poco más que perder que las meras cadenas, tanta mayor razón para asegurarnos la victoria. Si la clase dominante considera necesario volver a conquistar a sus súbditos (como en España), nos quitaría incluso ese poco que tenemos.

CAPÍTULO 1

LA LUCHA DE CLASES Y LA LIBERTAD

Las teorías acerca de la revolución social no las produjeron los teóricos, que a lo sumo proporcionaron los términos técnicos, con frecuencia a expensas de que esos términos llegaran a considerarse como clisés, más bien que como verdades naturales. Se considera habitualmente a Piotr Kropotkin (V) como el principal teórico del anarquismo, pero él mismo escribió al respecto: "...si algunos de nosotros hemos contribuido en cierta medida a la tarea de liberación de la humanidad explotada, ello se debe a que nuestras ideas fueron más o menos la expresión de las que germinaban en lo profundo de las masas del pueblo. Cuanto más vivo, más me convenzo de que no es posible ninguna ciencia social fidedigna y útil, ninguna acción social útil y fidedigna, a menos que la ciencia base sus conclusiones, y la acción base sus actos, en los pensamientos e inspiraciones de las masas. Todas las clases sociológicas y todas las acciones sociales que no lo hagan, serán estériles". *

Los filósofos de moda de la actualidad, cuya pedantería académica y prejuicios de clase no les permiten tomar nota de nadie que no sea mencionado en el currículum universitario, negarán que tales ideas germinen en las masas y acreditarán la motivación del progreso social a las clases de la sociedad que son más afines con ellos mismos.

* Carta en su 70º aniversario a una reunión en Carnegie Hall, Nueva York, 1912.

No constituye ninguna novedad el intento de avenir el anarquismo con el marxismo, como se hace en el "debate erudito" de hoy. Ya en vida de Marx, el ala libertaria de la Internacional aceptaba la validez de la crítica económica marxista del capitalismo (VI). La Internacional fue el primer intento de expresar la lucha de clases en función de una organización basada sobre la clase trabajadora. La diferencia de pensamiento que existía entre marxistas y bakuninistas equivalía a un choque entre centralismo y federalismo, y una disputa respecto de si la maquinaria estatal existente debía utilizarse o destruirse. Es imposible discutir el sistema capitalista en lo que respecta a los cambios que se le pueden introducir, sin hacer alguna referencia a la obra de Marx y algún uso de lo que actualmente se ha transformado en sus clisés, aunque estos últimos hayan sido a menudo utilizados fuera de contexto para justificar conceptos completamente distintos de aquellos a los que apuntaban.

Quizá para evitar el uso repetido del clisé político necesitaríamos la habilidad del telegrafista victoriano, acostumbrado a reducir a dos o tres palabras las verbosas lucubraciones de la burguesía. Hay un relato clásico según el cual en una ocasión, durante la Guerra de Crimea, un general envió un telegrama pidiendo con insistencia que se le concedieran al teniente Dowbotham todas las facilidades para que pudiera demostrar sus méritos, y que sin contradicción con sus deberes militares debía tenerse presente que su progreso y la ayuda que se le prestara agradarían profundamente a las distintas personas que lo recomendaban. En lenguaje telegráfico esto se transformó en "Ocúpense de Dowb". En lo que respecta a la Inglaterra actual, no hay ninguna necesidad de pensar en términos de una conspiración de las clases superiores. El santo y seña de éstas es aún "Ocúpense de Dowb". Quienes sientan que al persistir en el uso de la expresión "lucha de clases" nos mostramos triviales hasta un grado increíble, podrían reflexionar de qué manera los esfuerzos de la clase alta están organizados para ocuparse de Dowb. Se lo protege, si no desde la cuna, por cierto desde que concurre a la escuela hasta la tumba (y más allá, en lo que respecta a los historiadores burgueses).

Para ayudar a Dowb desde que ingresa a la escuela pública,* se lo forma con una disciplina espartana como servidor del poder abstracto y como señor de seres humanos inferiores; se los cría dentro de una *élite* cuyos miembros se conocen entre sí en su fortaleza y debilidad desde los años más tempranos, se lo hace insensible a las injusticias del poder, a la vez que ávido de él; se le inculca la mística dominante y el modo de liderazgo, y se lo aísla del resto de la comunidad, incluso para los juegos.

Hasta el día de hoy el sistema de educación de escuela "pública" domina a la clase dirigente inglesa y le está confiada la tarea de gobernar a la nación en el más alto nivel. Sólo ahora ha sido posible encarar la posibilidad de una revuelta desde dentro, puesto que la continua absorción de la nueva clase dominante por la vieja ha diluido a esta última en mayor medida de lo que alguna vez se hubiera considerado posible. La clase capitalista se fusionó con la vieja aristocracia en los campos de deportes de las escuelas públicas. Ahora bien, está surgiendo una nueva clase dirigente liberal que proviene de las filas de los dirigentes de empresas y de los tecnócratas, y puede encontrarse sensibilidad e inteligencia incluso en la tarea de rutina de las escuelas. Un Shelley (VII) ya no es un absoluto fenómeno en la escuela pública o en la universidad. En cualquier caso, en una sociedad moderna se lo trataría en forma distinta. Quienes aspiran a seguir una carrera digna de un caballero en lo que respecta a sus publicaciones no se dedican a "atormentar a los manes de Shelley", ni siquiera en la escuela. Se preguntan cómo podrían utilizar en forma lucrativa sus producciones poéticas. ¿Quizás en el campo de la propaganda?

Pero aún en la actualidad se puede ayudar al extremista Dowb; a él le están destinados los nuevos mun-

* Equivale en Inglaterra a escuela privada. (T.)

dos del cine, la radio, la TV, la prensa y la publicidad. En esos medios puede gozar de puntos de vista progresistas, si lo desea. Le es posible combinar su extremismo provocativo a la moda con sus privilegios innatos, mientras que su hermano mayor, más sensato, sigue el camino más monótono hacia la gloria en el Ministerio de Relaciones Exteriores o en los tramos más jerárquicos de la industria.

La secuencia de orden-y-obediencia que se predica como sumo evangelio en las fábricas educacionales de hoy no se conmueve con los puntos de vista más generosos; en verdad, las personas más civilizadas, que tratan de colmar el hiato existente entre las clases y demuestran una especial bondad hacia quienes no han tenido sus ventajas, pueden resultar muy bien las más peligrosas.

Por supuesto, la educación ya no constituye por sí misma un instrumento de resguardo para los adinerados o los favorecidos por el Estado. El Estado moderno es un monstruo demasiado grande como para satisfacerse con los servidores entrenados que provienen de una minoría tan pequeña. No sólo existen campos más amplios que nunca, destinados a quienes se forman para la tarea de dirigentes, sino que el desarrollo de la ciencia ha creado una gran demanda de técnicos y científicos. El sistema de educación sobre la base de títulos crea, a su vez, el fetichismo actual por los exámenes y el continuo y concomitante pulir y repulir de la erudición académica. Encontramos así que algunas personas pasan de los treinta años y son aún estudiantes, aún están por hacer su contribución a la sociedad, realizan sus investigaciones académicas y gozan de sus hobbies preferidos a expensas de quienes trabajan, y el Estado lo ve con beneplácito, pues el propósito fundamental de las fábricas educacionales no es aumentar la suma de conocimientos, sino formar cuidadanos dóciles.

Se ridiculizó el "optimismo típico" de Kropotkin cuando dijo * que un hombre sólo necesita trabajar

* "Fields, Factories and Workshops" (Nelson).

hasta los cuarenta años, y luego podría dedicarse a la investigación, la ciencia o lo que le capte la fantasía, pues ya habría aportado suficiente valor a la comunidad y contribuido con su parte a la tarea del mundo. Pero Kropotkin era bastante científico en su análisis y sus supuestos, y sólo resultaba optimista porque creía que el progreso científico se utilizaría para mejorar al hombre y no en desventaja de éste. Kropotkin no creía que esto sucediera en absoluto si no se destruía de raíz al Estado. Puesto que eso no se ha hecho, la educación sigue constituyendo un método para dar un poco de libertad dentro del Estado.

Lamentablemente para la burguesía, el proceso de la educación no se puede confinar enteramente y se filtran en él críticas del orden actual. En efecto, algunas personas toman en serio su aprendizaje y no aceptan en absoluto el rol predestinado de reclutas de mandarines. Aunque la rebelión estudiantil puede ser en parte el último grito de la naturaleza antes de entrar en la atrofia de la vida profesional adulta, es razonable esperar ahora que no sea posible comprar y vender a todos los estudiantes en el mercado de ganado, y tiene que haber entre los reclutas de mandarines algunos que rechacen su destino dentro del Estado de Destrucción: son los que encontraron su portavoz en Cohn-Bendit (VIII), entre otros.

Difícilmente sea cierto afirmar, como hacen algunos partidarios de Marcuse (IX), que los estudiantes constituyen una clase por sí misma. Pero en nuestro renacimiento científico no se puede imponer a los estudiantes que no hagan nada sino pensar en los problemas sociales, sin llegar a alguna forma de reconocimiento de los hechos básicos de la sociedad, y, por ende, de la necesidad de la rebelión. Los jóvenes cuestionan automáticamente la autoridad establecida. Algunos conservadores ingleses entusiastas piensan que la respuesta contra la militancia estudiantil consiste en cortarles las becas. Pero ni siquiera bastaría el ultraconservadorismo de un Abdul el Maldito —cortarles la cabeza—. El sistema no resistiría un análisis minucioso. La "reina

de las ciencias" en determinadas universidades puede ser aún la reina clásica, la teología; puede ser la reina competidora, la economía; o la presidenta de las ciencias, el marxismo-leninismo en Europa oriental —o su equivalente norteamericano, la ciencia social y la administración de empresas. Pero ahora deben comprar su parte a las demás o abdicar. La clase dirigente tiene que mimar y ganarse a los reclutas de mandarines; los precios habituales de oferta se propagandean en las columnas de los mejores periódicos dominicales. Pasan bastante de treinta piezas de plata, y se las puede incluso aceptar sin que sea necesario venderse. ¿Tiene usted objeciones a la propuesta de utilizar su título para investigaciones nucleares destructivas? ¿Por qué no probar en los servicios sociales?

En la actualidad mantiene en gran medida validez el análisis de Marx, según el cual la clase dominante es sostenida por la plusvalía que produce la clase trabajadora. Vivimos en una sociedad competitiva, aunque sus aristas se vayan borrando por obra del colectivismo. El trabajo se compra y vende como cualquier otra cosa. El mito del capitalismo consiste, por supuesto, en que cada uno recibe lo que merece; quienes salen bien parados dentro del sistema prefieren creer que ello se debe a su intelecto superior. El credo conservador sostiene que la sociedad, sin alguna forma de recompensa, perdería todo interés. Las mismas personas protestan indignadas cuando descubren que "después de su costosa educación y formación" quizás "un basurero" la pasa tan bien como ellos. No les agrada la aplicación lógica del sistema competitivo según la cual todo se compra y vende, y en el mercado más barato posible. Si existe una superabundancia de médicos, bajarán sus retribuciones en proporción con el nivel nacional. Si nadie quiere ser barrendero, subirán los salarios de los barrenderos, a menos que el Estado los mantenga bajos por la fuerza. Esta ha sido una razón de la intervención estatal en cuestiones industriales, puesto que la Peste Negra hizo subir los salarios de los trabajadores, y la legislación los hizo bajar artificialmente.

No basta con abolir la competencia. En una sociedad no competitiva, tal como las que hemos tenido en el pasado y es probable que tengamos otra vez (el Estado jesuítico del Paraguay o los países comunistas de hoy), la relación de clases será todavía beneficiosa para quienes posean el poder. Las relaciones de propiedad cambiaron, después de todo, en los países "comunistas", y teóricamente ya no existen clases. Con todo, ningún observador imparcial podría negar que continúa existiendo el sistema de clases, y aún quienes pretenden que "la lucha de clases ya no existe" en los países soviéticos, deben percibir que si bien han desaparecido los grandes capitalistas y terratenientes y sólo subsisten los pequeños propietarios, especialmente de pequeñas granjas (e incluso éstos enfrentan la desaparición a medida que el Estado extiende su monopolio), hay sin embargo clases perfectamente evidentes de algún tipo. Aunque en Rusia el "capitalista" en el sentido marxista del término es un anacronismo y sólo existe en la periferia misma de la economía —el comercio de mercado (con resonancias ilegales)—, no hay ninguna igualdad social. Existen por cierto clases en el sentido que dan a la palabra los sociólogos, y que denota a los distintos estratos sociales basados en diferentes niveles de renta y ocupación, y también en el sentido de que hay desposeídos frente a dominadores, aunque ya no existan en la vieja acepción de la palabra.

En lo que respecta a esta división de clases, no sólo no hay ningún socialismo en Rusia, sino que los signos de éste, ausentes por todas partes en los países soviéticos, son menos visibles que nunca. La clase trabajadora, engañada durante tanto tiempo respecto de qué es el socialismo y de la naturaleza de la lucha de clases, utiliza tales expresiones de la misma manera en que el cristianismo verbaliza frases cuyo contenido no comprende. Los soviéticos menos privilegiados buscan el mejoramiento económico en forma individual o colectiva, y prodigan elogios a aquellos gobernantes individuales que les dan un poco más de libertad en algunas cuestiones. En algunos de los países satélites sólo es necesario

hacer ondear una pequeña bandera para que se mire con buenos ojos a la clase dirigente.

El partido comunista en estos países da meramente el tono para una pirámide de carreras basada en un conjunto de valores distintos de los sustentados por el capitalismo, y que sin embargo se remontan, en lo fundamental, a la mentira de las recompensas por el servicio, a la falsa necesidad de obediencia y deber, y a la imposición desde arriba y el autosacrificio cuando lo exigen las necesidades del Estado.

En este respecto el marxismo ruso se ha apartado de los maoístas, la rama china del marxismo-leninismo. Este sector reconoce claramente la existencia de la lucha de clases tanto en los países capitalistas como "comunistas". Quienes lo integran tienden a ser, en los países capitalistas, más progresistas que los comunistas ortodoxos, que niegan la lucha de clases y sólo piensan en las necesidades nacionales de Moscú. Aunque los maoístas pretenden seguir la tradición de Stalin, son de hecho más revolucionarios que aquellos comunistas que abandonaron el mito stalinista, y en lo que respecta a la Unión Soviética, los maoístas proclaman la oposición revolucionaria en forma mucho más clara de lo que pudieron o estuvieron dispuestos a hacerlo nunca los timoratos trotskistas. Mientras Trotsky (X) reprochaba personalmente a Stalin, o a "la burocracia", pero insistía en que Rusia era el "Estado de los trabajadores", los maoístas comprenden que existe una lucha de clases en Rusia y sus satélites, e incluso en China.

Sin embargo, puesto que ellos mismos poseen el poder en China, sería demasiado esperar que comprendan que en *ese* país el enemigo del hombre es el medio por el cual se lo gobierna. Ven las divisiones dentro de su régimen, pero llegan a la conclusión de que ello se debe a sus propias deficiencias como burocracia, y predican la autocrítica hasta un punto que resulta absurdo. Se esfuerzan por eliminar los "restos burgueses" en su propio partido, y creen que mediante una "revolución cultural" lograrán reconstruir el partido y extirpar los malos hábitos que éste adquirió, sin duda, durante la lucha

contra el capitalismo. Lo que no logran percibir es que lo que oprime a las masas no son tanto los *hábitos* que el partido adquirió durante el capitalismo, por malos que sean, como los *poderes* que ellos adquirieron desde entonces. No pueden introducir un régimen antiautoritario salvo aboliéndose a sí mismos, y aunque ésta pueda ser la teoría del marxismo, nunca será la práctica, pues el poder convence fácilmente de su propia imprescindibilidad a quienes lo poseen.

Los maoístas son, como la burguesía victoriana, revolucionarios en todos los países excepto en el propio. Representan al socialismo sin libertad —que según la fórmula de Bakunin significa tiranía, tal como la libertad sin socialismo significa explotación—.

Quienes vivimos en Occidente conocemos muy bien esta "libertad" sin socialismo. Se la puede ver en el alegato del capitalista libreempresista, que pretende que el Estado no interfiera mientras él hace dinero y se lo guarda. Pero ese capitalista no rechaza totalmente al Estado; se limita a despreciarlo, como el verdugo público era despreciado y rechazado en una época por quienes apoyaban la pena capital. Si el gobierno administra algo no puede resultar nada bueno, dice el capitalista, pero solicita que ese mismo gobierno castigue enérgicamente a quienes interfieran en la actividad lucrativa y hagan peligrar la seguridad del capitalista. En el punto culminante de su individualismo, en medio de sus jactancias respecto a la manera en que él mismo abandonó su empleo anterior para comenzar por su cuenta "a mejorarse a sí mismo" y nunca miró hacia atrás (o hacia abajo), desea que el gobierno adopte sanciones legales contra quienes abandonan su fábrica para declararse en huelga con el propósito de mejorar su propia suerte.

Además, esta "libertad" es la forma "nacional" que consiste en el derecho a tener la misma voz que la clase dominante, por lo demás desprovista de rostro. Es la "libertad" que uno defiende cuando ha entregado todas las demás libertades civiles para transformarse en soldado. Es la "libertad" clásica de morirse en el banco

de una plaza o de cenar en el Ritz, modificada hoy por el hecho de que el Estado se hará rápidamente cargo del vagabundo y permitirá así que quienes disponen de medios cenen en el Ritz sin que los acuse su conciencia.

Es la "libertad" de decir lo que uno prefiera, dentro de la razón (es decir, dentro de la ley), siempre que uno no haga nada efectivo al respecto. Siempre puede reconocerse fácilmente esta jerigonza acerca de la libertad; va acompañada por una esperanza de que ésta no se transforme en "licencia", es decir, de que nunca sea libertad real, y de que nadie tome ventaja de beneficios que en realidad están destinados a quienes los confieren. Es la "libertad" de que los políticos se critiquen entre sí, y abre una brecha en el privilegio que nos permite criticarlos aunque no les agrade. Es la "libertad" que tienen los jueces y magistrados de expresar sus prejuicios, es el "desdén" de que nosotros revelemos nuestro desdén.

La ley no es la libertad. Las leyes más progresistas marcan meramente los límites más allá de los cuales no puede ir la libertad. Expresar el cambio social en términos legales significa una derrota en la lucha de clases, no una victoria; facilita el surgimiento de una nueva clase dirigente, o hace más capaz a la anterior de enfrentar el intento de reemplazarla.

Todas las clases pueden ser revolucionarias. Todas ellas son capaces de producir grandes cambios y reformas. Todas pueden, en su momento, ser progresistas, y degenerar sólo con el cambio de condiciones. Pero sólo las clases productivas pueden ser libertarias, porque no necesitan explotar a otros, y no necesitan, por lo tanto, mantener la maquinaria de la explotación, los medios mediante los cuales se puede forzar o persuadir a otros a que abandonen su libertad a cambio de una protección real o imaginaria.

Capítulo 2

EL CAMINO A UTOPÍA

No cabe que nos declaremos incondicionalmente en favor de una libertad sin trabas y nos pongamos luego a establecer planes fijos para el futuro. No somos tan clarividentes como para predecir la estructura social y económica de una sociedad libre. No es posible fijar reglas respecto a cómo deberán manejarse los asuntos cuando quede abolido el manejo mismo de la humanidad. Pero al mismo tiempo, el rebelde dentro de esta sociedad no puede esperar pacientemente una expresión de espontaneidad como si esperara al Mesías. Tiene que elegir un programa de acción y el camino hacia Utopía. Puede haber más de un camino, y quizá necesitemos rectificar nuestro curso, pero el conocimiento del punto al que queremos llegar nos permitirá proseguir una trayectoria coherente en este momento.

Si nuestro propósito consiste en la abolición del Estado, no tiene sentido pensar en constituir un nuevo Estado cuando se suprima el Estado capitalista, y menos aun establecer una dictadura. Esta era, por supuesto, una falacia de Lenin (XI), cuyo programa de acción estaba vinculado con las circunstancias de la Primera Guerra Mundial (y no con Utopía), y cuyas conclusiones teóricas estaban ligadas a la conquista del poder por su partido. Él trató de justificar esto en términos socialistas. Los "soviets", consejos de trabajadores y soldados, y las comunidades locales de campesinos, ya estaban bajo control cuando los bolcheviques (XII) volvieron a Rusia. Él mantuvo el nombre, pero en la práctica lo aplicó tan laxamente que hoy el término "soviet" es poco más que un sinónimo del imperio ruso.

Lenin defendía la "desaparición progresiva del Estado", en el lenguaje marxista tradicional, aunque en una medida que sorprendió a los marxistas contemporáneos del movimiento socialdemócrata (que tenían la impresión de que Lenin "trataba de robar el trueno de Bakunin"). Lenin siguió un camino totalmente distinto del que podía llevar al fin del gobierno. Fortaleció la fuerza represiva del gobierno y sólo abolió aquellos órganos del Estado que existían exclusivamente para imponer el sistema competitivo. Al hacerlo así, estaba trabajando en última instancia por el mismo fin que se proponían otros marxistas socialdemócratas, y puede haber sido más sensato que ellos dentro de su generación. El marxismo alemán hubiera llegado a la misma realidad del bolcheviquismo ruso, quizá de una manera menos brutal, quizá no. Ambos divergían de la lucha de clases. Tendían a reimponer el dominio de un sector superior de la comunidad sobre otro, y a reemplazar el viejo dominio por el dominio partidario. El partido se transformó en Rusia en una burocracia y la burocracia en una nueva clase dirigente. Si se atiende al hecho de que ésta trabaja por un salario y no con fines de lucro, no se la puede considerar como una clase capitalista, pero es una clase social más alta y difícilmente podría llamársela productiva.

Muchos de aquellos que optan por apartarse de la lucha de clases, o cambian abiertamente de bando, lo hacen así porque ven con absoluta claridad el carácter siniestro del comunismo de Estado, en el cual el Estado lo es todo y la comunidad nada. Pero el hecho de que le venga bien al imperialismo ruso y chino proclamar que los intereses de sus respectivos gobiernos son paralelos a los de la lucha internacional de clases, no los hace ser así, como tampoco la pretensión de los gobiernos norteamericano e inglés de representar la democracia tiene por qué tomarse en serio. Sin tener idea de aquello a lo que se refiere la lucha, sin la visión de Utopía, esa lucha está perdida.

Pocas personas pueden prescindir de la visión de Utopía. Es cierto que esa visión varía. Fue un militarista alemán el que sintió que la paz universal era "un sueño, y ni siquiera un buen sueño", y la Utopía militarista la tipificaba para él el Walhalla. El autoritario pinta su sociedad ideal como aquella en la cual le basta con sugerir una orden y el mundo se prosterna para obedecer. Lamentablemente, éste no es meramente un sueño. Es cierto que, en la medida en que se trata de sus ambiciones personales, la mayoría de las personas autoritarias lo reconocen como una fantasía. Pero aunque puedan no lograr nunca la autoridad completa por sí mismos, trabajan en pos de un ideal autoritario. En esta empresa pueden defender la adopción de sentencias de prisión más severas o la reforma de las cárceles (la segunda es sólo una versión más tolerante de la primera), promover el castigo corporal o la pena de muerte o, según sus opiniones políticas, apoyar la nacionalización de la industria o la implantación de un gobierno central fuerte. Todos estos son aspectos del autoritarismo que no llegan a constituir la fantasía estatal completa. Naturalmente, según sus opiniones sean más o menos liberales, los autoritarios pueden diferir respecto de estos conceptos, de modo que quienes desean *una* conclusión no deseen necesariamente la *otra*.

Algunos profesionales, que predominan como parlamentarios laboristas, ven su Utopía como el Estado de bienestar: una especie de comisión protectora alabada por todos, manejada por expertos y modificada por las oficinas de asesoramiento, en la cual ellos mismos desempeñan el papel de padres sabios y bondadosos del pueblo. Entretanto, apoyan las reformas en esta dirección, algunas de las cuales pueden ser buenas, pero todas ellas llevan al Hermano Grande. Por otro lado —muy por otro lado— están aquellos que ven a la nación reformada a la manera del Cruft's Dog Show, como una utopía racial; entretanto, apoyan la discriminación de los inmigrantes según el grado de coloración de su piel. Otros autoritarios pueden tener la visión de aquel zar que hizo ejercitar a sus soldados hasta la perfección y luego tenía una sola queja: aún respiraban.

Quienes rechacen el autoritarismo no pedirán permi-

so a nadie para respirar. El libertario no reconoce ningún deber ni lealtad; no agradece el permiso de residir en cualquier parte de su propio planeta y niega el derecho de cualquiera a cercar partes de él para su propio uso o dominio.

El rechazo libertario de toda autoridad puede regocijar o aterrorizar al pastor, de acuerdo con el grado de autoconfianza o la militancia con que se lo exprese: provoca invariablemente la consternación entre las ovejas. ¿Qué sería la vida sin el pastor?, balan éstas, viendo acrecentado aun más su desaliento por el hecho de que odian y detestan al pastor, de quien saben que en última instancia se propone sacrificarlas. Pero la sorprendente suposición de que puedan existir sin él implica que generaciones de borreguil docilidad fueron en vano.

Las objeciones contra una sociedad libre, desprovista de instituciones represivas, pueden provenir incluso de quienes apoyan sin convicción profunda la idea de que el Estado en sí mismo es un mal, aunque se lo considere necesario. Éstos parten de supuestos básicos similares, el más frecuente de los cuales es que no hay ninguna alternativa para la coerción de algún tipo, y que todos los problemas sociales deben resolverse mediante la compulsión —sea en forma de sanciones legales o de presiones económicas—. "¿Quién hará el trabajo sucio?", preguntan al anarquista, queriendo decir que algunos deben morir de hambre para que se haga lo que ellos consideran que es incompatible con ellos mismos; o si no, que el gobierno debe forzar a la gente a hacerlo (obligándola a trabajar en las minas bajo un régimen de época de guerra, o a cumplir la conscripción militar). Aunque este argumento se propone demostrar la supuesta imposibilidad de la libertad, constituye igualmente una crítica a cualquier forma de prosperidad general. Éste es el motivo por el cual los conservadores ingleses que no tienen pelos en la lengua (aquellos que tienen bancas electorales seguras, en sectores donde el apoyo al desempleo como política no será impopular) piden un margen de desocupación. A la sociedad le resulta difícil responder a la pregunta de quién haría las tareas que no le agradan a nadie si no existiera la conscripción industrial ni el estímulo que constituye la amenaza de morir de hambre. En la actualidad, el Estado democrático pospone el problema provocando desplazamientos en las poblaciones, que hacen que el trabajo menos popular lo realicen los recién llegados.

Otro supuesto es el de que no existe ninguna alternativa lógica para reemplazar al gobierno como no sea la locura desatada, y esto se sostiene incluso cuando, como ocurrió con no poca frecuencia, el gobierno está de todos modos en manos de locos furiosos. Se cree que la sociedad, en ausencia del gobierno, permitiría que cualquier maniático dominara y matara, o persuadiera a la gente a proceder recíprocamente así, y que lo que impide que ello ocurra es la mano restrictiva de un sistema legal institucionalizado. Pero para percibir que se trata de una falacia basta con leer las noticias de policía. Es el sistema legal mismo lo que posibilita que los maniáticos dominen y maten, en forma colectiva o individual, como parte del sistema de orden-y-obediencia, y lo que les permite llegar a posiciones en las cuales pueden actuar desafiando la ley de las demás personas o, si no, hacerse una ley por sí mismos.

Cuando se plantea una posición anarquista ante personas que nunca han cuestionado la autoridad como tal, éstas revelan el temor de la moderna jungla, que normalmente subliman. Como el novelesco pueblo de pigmeos de la jungla, ellos buscan un Tarzán que los proteja de los terrores de la selva, por más que puedan criticar legalmente a su Tarzán gubernamental. Si se elimina el Patrón-Tarzán, ellos quedarán aislados en la selva. No comprenden que puede haber una selva podada, cultivada, civilizada, una situación en la cual no se requiera un Tarzán para protegerlos, y en que resulte claro que éste sólo existe para explotar su trabajo.

"¡Los ladrones y los maníacos nos acosarían!", gritan quienes apoyan al gobierno. "¡Nuestras esposas serían raptadas, nos quitarían la propiedad, nos asesinarían!" Pero todo eso les ocurre en la selva, pese a Tar-

zán, a menudo con la connivencia de éste, y a veces realizado directamente por él. No ocurre en el jardín cultivado del cual ellos no tienen experiencia. En la selva en que vivimos, el asesinato sólo se reconoce como tal en virtud de si ha sido legalizado o no, y el motivo principal de los ambiciosos es el autoengrandecimiento a costa de los demás. Cuando los ambiciosos tienen el poder, predican el autosacrificio de los otros. (Ser "mesurado", ser patriota, tener en el corazón el interés "nacional".) De aquellos que se sacrifican sólo puede decirse que salen chasqueados en este sistema, pues la única forma de independencia en la selva es la posesión de la propiedad, que se logra copando una porción de la comunidad y utilizándola para pagar el rescate personal. Proudhon (XIII) no incurría en la más mínima contradicción, como piensan algunos pedantes, cuando decía que la *propiedad era un robo* pero también era libertad. Es como un revólver, útil en la selva y el único medio de preservar la independencia dentro de ella, pero sin embargo arma antisocial desde el momento en que una sociedad escapa de la selva.

La sociedad libre no puede permitir ninguna clase de derechos especiales de propiedad, como tampoco puede permitir el privilegio, hereditario o adquirido, pues la existencia de libertades especiales para *algunos* implica que *otros* tengan menos, y la competencia para el mejoramiento a expensas de los demás sólo puede resolverse mediante la fuerza. La necesidad de que exista actualmente un sistema de posesión de la propiedad sirve para copar el mercado en lo que respecta a los bienes y para fijar un precio de rescate a la comunidad. La comunidad, que es más grande, no pagará su rescate a menos que alguna maquinaria represiva (la fuerza o la persuasión) la obligue a hacerlo.

Mediante la producción cooperativa todos podrán disponer de la riqueza natural del mundo. Esto sólo constituirá una bendición a medias si todavía existiera el gobierno, que tiene una tendencia inevitable a crear privilegios especiales para sí mismo y a restablecer de ese modo la iniquidad. ¿Dónde estarían los deleites de la

vida pública sin que los siervos desfilaran saludando; o sin las limousines adornadas con banderas; o sin las majestuosas excursiones a costa del pueblo? El gobierno, que es en sí mismo y por naturaleza una clase privilegiada, debe introducir —si estas cosas funcionaron alguna vez— el sistema de recompensas e incentivos que persuaden a los otros de la necesidad y de los goces de la obediencia. Esto es exactamente lo que ocurrió en Rusia, pero también tiene su paralelo en los países occidentales. La medida de la independencia consiste en que uno no necesite que otros le concedan sus recompensas o le otorguen incentivos. Estas son cosas que se dan a personas inferiores. ¿Qué pequeño comerciante de la actualidad permitiría en serio, por ejemplo —por lo menos sin alguna ingeniosa triquiñuela impositiva—, que se le concediera una bonificación de una libra por semana por horas extra, a deducir de su propia ganancia? Sería igualmente absurdo en el caso del trabajador, si éste controlara su propia fábrica.

La libre cooperación conduce naturalmente a la descentralización, y quizá ponga fin a una masa de producción en gran escala que constituye la satisfacción y el orgullo del monopolio, sea capitalista, estatal o incluso cooperativo. El artesano florece en una sociedad libre, cuando la construcción de pirámides o de vastos bloques de oficinas se hace innecesaria.

El control obrero indudablemente es una cuestión de libertad económica. No tiene nada que ver en sí mismo con la moralidad o la ética, que son problemas totalmente distintos. La vieja crítica conservadora, de que los hombres deben ser ángeles antes de que trabajen juntos como hombres, tiene su eco en el alegato del socialista cristiano en pro de la perfección moral antes de que sea posible la Utopía. He aquí un párrafo de Charles Kingsley dirigido a los cartistas:

"Tenéis más amigos de lo que creéis... podéis desconfiar en ello, insultarlos; no podéis impedir que trabajen por vosotros, os supliquen que por amor de vosotros mismos retrocedáis ante el precipicio del tumulto, que termina en el abismo de la desconfianza universal,

la agitación, el estancamiento y la consunción... ¿Os hará la Carta libres? ¿Os librará de la esclavitud que implica el soborno de las diez libras? ¿De la esclavitud a la cerveza y la ginebra? ¿De la esclavitud a todos los charlatanes?... Eso es lo que creo que constituye la real esclavitud, ser esclavo del propio estómago, del propio bolsillo, de los propios cambios de humor. ¿Curará eso la Carta? Amigos, vosotros pedís más de lo que pueden dar las leyes del Parlamento... no puede haber verdadera libertad sin virtud... sed sensatos y seréis libres, pues os volveréis *aptos* para la libertad."

No hay ninguna duda de que todo esto tiene mucho sentido, pero muestra un patronazgo insufrible y es falso en lo que se refiere a los fines particulares de los cartistas, pues las clases medias eran bastante libres dentro de los límites de lo que requería la Carta, aunque fueran bastante esclavas de su estómago, su bolsillo, su temperamento y los charlatanes. Y podríamos pensar que lo eran mucho más que las clases trabajadoras victorianas. Del enfoque de Kingsley, rechazado por el socialismo materialista, surgió la falacia común actual de que el socialismo revolucionario es una "idealización" de los trabajadores y que la mera recitación de sus fallas actuales equivale a una refutación de la lucha de clases, que sólo podría existir (se supone otra vez) si se demostrara que existe un proletariado idealizado kingsleyano. ¡Pobre Kingsley! Su frase: "la religión es el opio del pueblo", citada por Marx y atribuida habitualmente a Lenin, también fue entendida en general erróneamente. El opio se utilizaba entonces en las operaciones cuando el dolor era excesivo, puesto que se desconocía la anestesia, y también se recurría a la religión evangélica cuando la existencia no podía soportarse de otra manera.

Esta actitud se transmitió como herencia al movimiento liberal pacifista, que se encuentra ubicado en el campo libertario por razones puramente políticas (desilusión con la política o reconocimiento de que "la guerra es la salud del Estado"). Para el socialista cristiano o su equivalente secular resulta moralmente irrazonable

OJO

que pueda existir una sociedad libre, aunque se la conciba en términos de "recompensa" o "privilegio", si no se llega a la perfección moral o ética. Pero en tanto se trate de demoler la sociedad, podemos ignorar el hecho de las deficiencias y prejuicios del pueblo, mientras no se institucionalicen. No tenemos por qué interesarnos en el hecho que preocupa al liberal avanzado, es decir, que los trabajadores puedan lograr el control de sus lugares de trabajo mucho antes de haber adquirido las gracias sociales de los "intelectuales" o descartando todos los prejuicios de la actual sociedad, desde la disciplina familiar hasta la xenofobia. ¿Qué importa eso, mientras puedan manejar la industria sin señores? Los prejuicios se desvanecen en medio de la libertad y sólo florecen cuando el clima social los favorece. Los kibutzim israelíes constituyen un ejemplo de grupos de personas que trabajan en condiciones de libertad, pese a los acentuados prejuicios patrióticos o religiosos que los ubican lejos de los libertarios en sus relaciones con otros pueblos. Lo que decimos, sin embargo, es que una vez que la vida pueda continuar sin una autoridad impuesta desde arriba —y la autoridad impuesta no podrá sobrevivir si los trabajadores dejan de servirla—, desaparecerán los prejuicios del autoritarismo. Son irremediables, como no sea por el libre proceso de la educación y mediante la desaparición del dominio basado en la persuasión.

La educación libre ya ha progresado en este sentido. (6) La obra precursora de A. S. Neill (XIV), nacida de su actividad en escuelas privadas adonde concurría una minoría muy pequeña, siguió influyendo sobre toda una generación de maestros. Pero por más importantes que sean los puntos de vista progresistas sobre educación en lo que respecta a la felicidad del niño, y ayuden incluso hoy a atenuar los fanatismos y odios que inculca la vida escolar, sólo pueden capacitar al alumno, en última instancia, para integrarse a la sociedad actual.

Una cantidad cada vez mayor de maestros y alumnos reconocen actualmente que esto no basta. Junto con la educación libre debe ir el movimiento destinado a alte-

(6) Ver "Summerhill: un punto de vista radical sobre la Educación de los niños." (Fondo de Cultura Económica México. D.F.)

rar la estructura de la sociedad. No es suficiente con abolir los exámenes, tenemos que alterar la sociedad competitiva. No basta con abolir la dictadura en la clase, hay que abolir la disciplina gubernamental. A partir del movimiento de Neill se ha desarrollado el de sus alumnos, desde las alianzas surgidas en las aulas hasta las asociaciones de estudiantes, movimiento que comprende que la educación ha estado siempre al servicio de la economía dominante y que no se contenta sólo con hacer que los senderos de la educación sean más placenteros, sino que también quiere que su educación sea aplicable a la vida en una sociedad libre.

Ese movimiento muestra un mínimo interés por hechos de la disciplina o problemas afines, que serían los únicos de los que debería ocuparse según quienes predican las buenas acciones. No es sólo una cuestión de ponerse contra los maestros intolerantes, o los tolerantes que tienen que cuidar su puesto, sino que la tolerancia y la intolerancia son sólo caras distintas de la moneda del autoritarismo. Nadie que esté en sus cabales dirá que tiene algo que objetar, o que no tiene nada que objetar, al hecho de que los escoceses integren la Gran Bretaña. Sería estúpido, pues no surge en este caso la cuestión de la tolerancia o la intolerancia; están allí porque tienen derecho.

Para el libertario, el mundo es suyo. Los que tienen fuerza superior pueden ser, de acuerdo con su naturaleza, bondadosos y generosos, o despóticos y no liberales, pero son nuestros enemigos. Aunque la mayoría de las personas prefieren naturalmente que ocupe el poder un enemigo más generoso, logran sobrevivir a los más encarnizados. El surgimiento del fascismo hizo que la situación resultara más complicada. Los despóticos y no liberales llegaron a dominar de tal manera, y a escasear tanto los generosos, que estos últimos parecían constituir un puerto en la tormenta. Pero pese a toda su tolerancia, los liberales traicionarán sus puestos en caso de una crisis, pues en época de tensión ven abiertas "las compuertas de la anarquía". La historia ha mostrado cómo los liberales apelan al ejército cuando las cosas se

ponen difíciles, aunque sepan que ello provocará la caída de la democracia, cosa que prefieren a la revolución. El general Franco era un oficial a sueldo del ejército que figuraba en el presupuesto del gobierno republicano que él destruyó. El movimiento anarquista de "poco sentido práctico", la CNT-FAI (XV), solicitó la abolición del ejército y luchó contra él. Los socialistas y republicanos prefirieron designar oficiales "confiables", tales como el general Franco, con sus antecedentes masónicos, para reemplazar a los oficiales monarquistas. La República tuvo la sensación de que esto la salvaría tanto del fascismo como de los trabajadores. Sabemos muy bien cuál fue el resultado.

En forma similar, al enfrentar la posibilidad de una revolución de posguerra en toda Europa oriental, luego de la derrota de los nazis, Churchill y Roosevelt prefirieron entregar ese conjunto de países a la Rusia soviética, "el diablo al que conocían", al que se habían opuesto siempre implacablemente, más bien que al demonio de la revolución social, que no conocían pero a la que temían más aún. Cualquier cosa era mejor que las "compuertas de la anarquía", en lo que a ellos se refería. En lo que se refiere a nosotros, esas son las compuertas que tenemos que abrir.

Capítulo 3

EL MOVIMIENTO LABORAL

El Anarquismo como movimiento por derecho propio tiene sus tradiciones peculiares, que cuentan ya un siglo, aunque constituye una facción dentro del movimiento laboral internacional en su conjunto. Posee su herencia particular, de la cual participa parcialmente el socialismo, y esa herencia le da un parecido familiar con algunos de sus enemigos. Otra parte de su herencia la comparte con el liberalismo, por lo cual resulta por nacimiento primo hermano del individualismo radical del tipo norteamericano, movimiento que en su mayor parte se apartó de su estirpe y se enlazó con el Ala Derecha, cortando así todo vínculo con el otro sector.

Para comprender al Anarquismo, es necesario comprender la separación de caminos que ocurrió dentro del movimiento laborista, término que no designa al conjunto cooperativo Laborismo-TUC, aunque éste sea también parte de él y constituya en Inglaterra la tendencia dominante.

La tradición anarquista tiene su propio martirologio, a veces compartido. Están los Mártires de Chicago (XVI); Sacco y Vanzetti (XVII); Joe Hill, de la IWW (XVIII); y una lista de héroes, así como un registro de éxitos y fracasos. Pero si es insatisfactorio, excepto por vía de inspiración, juzgar a un movimiento por la devoción espontánea que inspira (lo que puede decirse de muchas sectas evangélicas, aunque falte notablemente en los partidos y religiones establecidos de hoy), lo es igualmente considerar a un movimiento, no basado en rígidas líneas partidarias, meramente sobre la base del éxito y de los fracasos de quienes puedan

ser sus adherentes actuales. Evaluar a "los anarquistas" en función de que alguien haya hecho una u otra cosa en cualquier momento particular equivale a afirmar el hecho obvio de que en ausencia de rígidas líneas partidarias un movimiento concebido en términos excesivamente amplios incluirá no sólo a sus héroes sino también a quienes pueden no estar necesariamente a la altura de su credo. Esto resultará inevitable si se rechaza, aun suponiéndolo factible, el ideal del derecho legal en lo que respecta a un nombre.

Afortunadamente, hay un cierto valor de shock terapéutico en la connotación de "anarquista" con "terrorista", que ha preservado en gran medida a la primera de estas denominaciones del envilecimiento en que cayeron nombres que en un tiempo fueron grandes: "radical", "socialista", "liberal", "comunista". Sólo cuando resulta aceptable un tenue matiz de radicalismo los liberales, avanzados en ideas pero no dispuestos a la acción, se preocupan de utilizar el nombre, y en ese caso lo limitan habitualmente con un añadido mediante guión que les permite diluirlo (anarquista-pacifista, anarquista-filosófico, anarquista-individualista) y que no provoca demasiada conmoción en el mundo literario, artístico o académico. El tipo de anarquista-diluido es más escaso entre la intelligentzia científica, donde la profesión de fe se vería obligada a conquistar una posición. A un artista, en cambio, se le podría perdonar el uso del nombre —incluso se lo esperaría en él—. Puede colgar sus cuadros en la Royal Academy e incluso pintar a la reina (como hizo Augustus John), sin tener que disfrazar sus opiniones. Sería un científico audaz el que formulara su disentimiento mientras trabaja para el Establishment.

Se ha observado a modo de crítica que pese a la riqueza de la tradición anarquista, cada nueva generación que encuentra el camino del anarquismo por sí misma, y no es guiada hacia él por otros, cae en la ilusión de ser la primera en descubrirlo. Por extensión, los hippies creen que fueron los primeros en apartarse de la sociedad. Esta ilusión colombina es bastante innocua, excepto desde el punto de vista histórico. A ella se ha

adherido con fe la generación de la década del 60, o por lo menos sus intérpretes exteriores. Dutschke (XIX) ha reformulado —y los ecos de ese descubrimiento recorrieron el mundo militante— los argumentos en favor del comunismo consejista, distorsionado hoy a menudo por expresiones maoístas o pertenecientes a Ho Chi Minh que expresan una confusión de pensamiento en la fraseología opositora. Se le llama también a veces "anarco-marxismo", como si fuera una amalgama moderna que resuelve viejos antagonismos. Esta expresión resulta de nuevo equívoca, puesto que los anarco-sindicalistas (anarquistas incluidos dentro del movimiento laborista) aceptaron siempre las críticas y análisis económicos de Marx y sólo estuvieron en desacuerdo con el marxismo en lo que respecta a la necesidad de legalismo, liderazgo político, la cuestión del control estatal o del rol del partido. Todo esto es exactamente lo que aceptan de la tradición anarquista los "anarco-marxistas", como Cohn-Bendit.

Es correcto decir, sin embargo, que la tradición marxista dentro de la clase trabajadora, en el punto que alcanzó entre los espartaquistas (XX), por ejemplo, es imposible de distinguir, excepto por algunas expresiones o asociaciones, del anarco-sindicalismo. Cuando deriva de una tradición proletaria más genuina, como ocurre en determinados países, puede ser más revolucionaria que un anarquismo aún identificado, en un período demasiado tardío, con la organización de tipo sindical, o divorciado de la lucha como una especie de unión ideológica y nada más.

La tradición de las asociaciones de la clase obrera surge de las corporaciones de artesanos de la Edad Media y se desarrolló en la lucha contra el capitalismo industrial. El sindicalismo constituyó obviamente el primer paso adelante en la Revolución Industrial, como un medio de defensa y de representación de los trabajadores organizados contra sus opresores inmediatos. El hecho de que en el tipo de sindicalismo del cual constituye ahora un modelo el TUC hubiera un liderazgo institucionalizado o parlamentario, no impidió que se reali-

zaran progresos económicos. Muchos de los precursores del sindicalismo, incluidos algunos que después se volvieron reaccionarios, fueron socialmente progresistas durante un tiempo. La militancia local fue siempre capaz de mantener al sindicalismo como una fuerza efectiva, cualquiera fuera el liderazgo, pero la Primera Guerra Mundial produjo el primer enfrentamiento importante. Hasta entonces era de menor importancia que el liderazgo fuera reformista e interesaba más bien que se desarrollara la solidaridad sindical, a menos que ese liderazgo inhibiera positivamente el desarrollo del sindicato. Esto ocurrió, por ejemplo, en el movimiento laboral norteamericano, que por su insistencia en el sindicalismo por oficios, adaptado originalmente a los hechos de las décadas del 70 y del 80, introdujo hacia fines de siglo tantas divisiones que se volvió impotente.

El liderazgo sindical inglés, influido por los fabianos (XXI), dependía generalmente de la legislación más bien que de la acción directa cuando se trataba de apoyar su efectividad. Apeló primero al ala radical del Partido Liberal y tuvo luego sus propios candidatos, que más tarde se vincularon con el movimiento socialdemócrata para formar su propio Partido Laborista. Los sindicatos norteamericanos, en cambio, que carecían de influencia fabiana y revolucionaria, dejaron al movimiento socialdemócrata librado a su destino como partido sectario que creció y luego se esfumó como una sombra. Este movimiento sindical sentía disgusto por la política como algo reconocidamente corrupto y apelaba a la negociación con los empleadores sobre una base puramente comercial. Esto dio naturalmente origen no sólo al sindicalismo gigantesco de tipo empresario que observamos hoy, sino también a los sindicatos controlados por gangsters (el crimen es, después de todo, un negocio como cualquier otro), que compiten para imponer los bienes que pueden proporcionar, con el sindicato "limpio" que vende su reglamento por ganancias en efectivo y cuyos patrones establecen sus salarios de acuerdo con el "personal equivalente" dentro del sector patronal de la industria.

Con la prodigiosa expansión del capitalismo norteamericano, en un período de progreso tecnológico desenfrenado, y con el resto del mundo reducido por la guerra, el trabajador norteamericano ha llegado así a ser el mejor pagado y el menos poderoso del mundo. Al recordar su desamparo en épocas de depresión, se siente tanto más inclinado a conformarse durante un período en que su desamparo queda por lo menos recompensado por los altos salarios y el elevado estándar de vida. Quienes produjeron artificialmente la gran caída, produjeron ahora artificialmente la prosperidad. Su actitud es la de la madre de Napoleón frente al Primer Imperio: "Está perfectamente, mientras dure".

En Francia, el movimiento sindical se desarrolló en una atmósfera totalmente distinta. A fines de siglo el Anarquismo era por lo menos tan popular como el socialismo de Estado entre los trabajadores franceses. Como la teoría antipolítica competía en influencia con la parlamentaria, era natural que en un período de luchas la primera cobrara preponderancia, aunque debe reconocerse la obra de Pelloutier (XXII) en la CGT. El movimiento laboral deseaba lograr la independencia respecto del Estado, y se planteó como tarea no meramente el mejoramiento económico de los trabajadores mediante la acción directa sino también el control de cada industria por parte de quienes trabajaban en ella. La palabra francesa que designa al agrupamiento de los trabajadores, *syndicalisme*, se transformó internacionalmente en sinónimo de esa forma de organización laboral que abjuraba del parlamentarismo y establecía que el control obrero era el camino hacia Utopía.

Los trabajadores franceses habían perfeccionado el arma de la huelga y todas las formas de lucha industrial, incluida la ocupación de las fábricas —a la cual volvieron años después, en 1936 y, de nuevo, en 1968, mucho después de que pareciera prevalecer el parlamentarismo—. Según su punto de vista, la huelga general no sería más que una ocupación de las fábricas, después de lo cual los trabajadores reasumirían el trabajo pero dejarían fuera a los empleadores y al Estado. Esto

se transforma en algo más que en ocupación. Es expropiación: el desafío final al capitalismo.

En Italia, tal ocupación de las fábricas en la década del 20 fue respondida por la burguesía que, aunque inclinada al liberalismo, apeló en su desesperación al fascismo para salvar de la expropiación al sistema capitalista. La expresión habitual es "retroceso derechista". En España, donde la socialdemocracia llegó tarde, el movimiento laboral era en su mayoría anarquista, y los trabajadores respondieron a lo que se entendía como un copamiento militar destinado a impedir la expropiación social, mediante la máxima fuerza de que disponían, la revolución social misma. La clase dirigente replicó con la mayor fuerza que tenía a *su* disposición, el genocidio. El fascismo original del tipo Dollfuss se transformó en una guerra civil que la clase dominante llevó contra su propio pueblo, que es la lucha de clases en su forma más cruda.

En los Estados Unidos hubo una reacción en el sentido de limitar el sindicalismo por oficios cuando se creó la central denominada Industrial Workers of the World (Trabajadores industriales del mundo) (XXIII). Esa central fue influida por el sindicalismo francés, posiblemente de segunda mano, por la inmigración italiana, por el radicalismo autóctono norteamericano, por el anarquismo del este de Europa, y en medida pequeña pero perceptible por las teorías de Daniel De Leon (XXIV). Fue parte del desarrollo sindicalista ocurrido a través del mundo que influyó sobre el pensamiento norteamericano, australiano y parte del inglés, en lo que respecta a la necesidad del control por los trabajadores dentro de la sociedad socialista. Mostró cómo la nueva sociedad debía "crearse dentro de la cáscara de la vieja", por obra del sindicalismo industrial. Este prototipo de pensamiento laboral revolucionario estaba en directo contraste con la idea laboral parlamentaria corriente en los sindicatos ingleses, que habían creado el Partido Laborista. La influencia fabiana, que los había impulsado en la dirección del Partido Liberal, recreó la imagen de este último en el nuevo partido.

El rol del liderazgo sindicalista en la negociación directa con el capitalismo y la utilización de la militancia de la clase obrera, o por lo menos de la amenaza de ella, como palanca de poder, ha sido desafiado en la actualidad por los políticos socialdemócratas, que desean transformar a los sindicatos en oficinas de negociación del Estado. Esta tendencia surgió por primera vez en la Primera Guerra Mundial, cuando las supuestas exigencias nacionales dieron al gobierno la oportunidad de reprimir al movimiento laboral. Sólo la militancia reintroducida por el movimiento sindicalista británico, de corta vida, y la IWW, salvó a la clase trabajadora de un completo colapso y de la caída en la servidumbre industrial, de la cual no la hubiera salvado necesariamente la declaración de paz.

En esa guerra, quienes habían aplaudido siempre el valor del mercado libre y la capacidad de la empresa no coartada para producir bienes, y en verdad permitían aún que el industrial siguiera haciendo ganancias para no interferir en los sagrados derechos de propiedad, se mostraban inexorables en su convicción de que la clase trabajadora tenía que sacrificarse para que la nación triunfara. El liderazgo parlamentario de los sindicatos capituló de inmediato. En Inglaterra colaboró, en Alemania obedeció. Comenzó así en ambos países el largo y desastroso curso de la aceptación de la intervención estatal en los asuntos industriales.

En Inglaterra, ésta era la consecuencia lógica de la influencia fabiana. En Alemania, los socialistas habían negado que el movimiento sindical tuviera, de todos modos, grandes posibilidades. Lassalle (XXV) había formulado su Ley de hierro de los salarios, que es de nuevo popular en nuestros días entre los economistas, según la cual si los salarios subían lo mismo ocurría con los precios, y toda actividad sindical caía en un círculo vicioso.

Como resultado, se sostenía en ambos países que el movimiento sindical resultaba inútil para sus afiliados, en lo que respecta a que existiera alguna perspectiva de defender sus estándares de vida. Todas las huelgas se

volvieron "no oficiales" —expresión curiosa que sugiere una posibilidad alternativa de rebelión permitida—. Cuando los trabajadores apelaban al movimiento sindical para la defensa de sus estándares de vida, encontraban que se había incorporado al Estado. Pero en cada fábrica el delegado gremial, que hasta entonces se había limitado a percibir las cuotas de los trabajadores en nombre del sindicato, y a nada más (aunque esto por sí mismo, durante un período antisindical, había sido un trabajo que exigía ánimo y militancia), se transformó en responsable de la coordinación con la dirección industrial. A diferencia de los funcionarios sindicales —apartados de los talleres, elegidos para su cargo por personas que no los conocían o por una minoría constituida por los asistentes regulares a las reuniones de su sección, que eran por lo común la gente políticamente comprometida, y en ese momento tan distantes de sus anteriores compañeros de trabajo como el inspector de fábrica—, el delegado sindical del taller era directamente responsable de los hombres que trabajaban en la planta.

Las decisiones debían someterse automáticamente a las reuniones generales, y el delegado de fábrica tenía que seguir las decisiones generales o renunciar a su puesto. Para el periodismo, siempre en busca de "líderes" para personalizar nuevas historias, aquél era el "perturbador". También lo era para la policía, que buscaba unos pocos chivos emisarios "para aleccionar a los demás". Pero la verdad era que en una atmósfera de independencia y militancia consciente, tal como ya existía en el distrito de Clyde y que más tarde se difundió —tanto en Inglaterra como en Alemania—, aquél era sólo el portavoz de todo el cuerpo de "perturbadores". Eso no equivale a decir que en algunos lugares, donde había una minoría "comprometida", los portavoces más persuasivos no llegaran a ser delegados de fábrica y líderes efectivos del movimiento. En última instancia, bajo la influencia de la Revolución rusa, esto ocurrió casi en todas partes. El liderazgo es a veces inevitable, y constituye una posición a la cual, a falta de acción independiente, debe verse llevado el revolucionario libertario, pues en caso contrario tendrá que abdicar de la acción.

Hablar de liderazgo no equivale necesariamente a hablar en términos autoritarios. El término no es peyorativo para los líderes, tanto como para la falta de espíritu de los liderados. Los hombres libres no necesitan líderes. El liderazgo puede ocurrir a falta de espontaneidad. Quizá sea necesario despertar a la gente. Es aún un hecho que tienta demasiado al liderazgo el ejercicio de la autoridad y el pasar de una función en la que se ejerce un mandato delegado a tomar decisiones por otros. Se critica a menudo la *calidad* del liderazgo en diferentes períodos. Lo erróneo es el hecho del liderazgo, y más particularmente la *necesidad* de él.

El movimiento de los delegados de fábrica se articuló al comienzo sobre la base de delegados con mandato, sujetos a destitución. Sólo más tarde algunos de los más militantes de entre ellos ascendieron a desempeñar el rol de líderes. El movimiento se difundió de fábrica en fábrica en la industria inglesa durante la Primera Guerra Mundial. Comenzó en la industria pesada escocesa y finalmente envolvió a todo el sector de la producción, * pese a los elocuentes llamados de Lloyd George y de los funcionarios sindicales que le eran adictos. La bandera que más orgullosamente agitaba ese movimiento era el principio del control obrero, introducido por el sindicalismo de preguerra, y en el curso de su estrategia mostró cómo se podía lograr ese control.

En Coventry, el sistema de *cogestión* alcanzó por primera vez un punto de participación real en la dirección de la empresa más allá del cual no podía ir el control por los trabajadores bajo el capitalismo sin llegar a la expropiación. El peligro del sistema de cogestión es el éxito mismo que alcanzó desde entonces, pues la participación (que los economistas burgueses radicales de

* La "Revuelta de Clyde" fue un anticipo de la revolución inglesa.

hoy sólo acaban de aceptar) significa una forma de colaboración con la gerencia que sigue en su cargo y es aún responsable sólo ante los accionistas o los directores (o, en caso de nacionalización, ante la Junta). En esta situación el movimiento obrero degenera hasta transformarse en contratista de trabajo. El sistema de cogestión, que es el punto más alto que puede alcanzar la democracia industrial, tiene muchas ventajas materiales inmediatas, siempre que no se lo confunda con el cambio social mismo. La participación sólo puede llegar hasta allí. Se limita naturalmente a lo que se sostiene que interesa a los trabajadores. El mordisco que pueden dar a la cereza está en relación con el tamaño de la cereza. Interesa entonces a los trabajadores recoger cerezas más grandes. Los trabajadores alivian a la gerencia de la tarea que implican los problemas laborales.

Este último aspecto ha interesado a los economistas actuales como manera de "resolver la lucha social", cosa que puede lograr dentro de la fábrica "mientras dure", pero no proporciona ningún medio para resolver problemas sociales o económicos aparte de las condiciones de trabajo o el volumen de los sueldos, por importante que esto sea bajo el capitalismo. La fluctuación de la demanda, que lleva a la superproducción (lo cual prueba por sí mismo que el sistema de cogestión no equivale al control por los trabajadores) entre otros problemas sociales, no puede ser afectada por ese sistema.

Esto no desagrada, por supuesto, a quienes se ocupan desde arriba de relaciones industriales, puesto que pertenecen al grupo que constituirá la nueva clase de mandarines. La legislación social de control de la industria está destinada a los mandarines. Dejen al consejo local o al Parlamento o a sus representantes sindicales los asuntos que "interesan a la nación"... en otras palabras, déjenlo a nosotros, los mandarines; ustedes ya son mucho más privilegiados que los demás por el grado de participación que tienen en su propia vida laboral. A ustedes les interesa la mayor productividad y

eficiencia, que es lo que importa bajo el capitalismo o el control estatal.

Esto es lo que el control por los trabajadores ha llegado a significar en la Yugoslavia de hoy, y hay quienes lo defienden en esta forma en nuestro país, incluida la "nueva izquierda" ajena a la industria. Tales personas piensan que es práctico alentar la nacionalización de la industria, lo cual implica el copamiento estatal de las juntas de directores y elimina evidentemente el lucro privado, pero instala a las clases asalariadas no obreras en el poder. Quienes así piensan atenúan la nacionalización con el control por los trabajadores —en otras palabras, permiten que dentro de la industria manejada por el Estado haya alguna participación en la conducción efectiva del trabajo. A cada uno lo suyo: el mandarín tiene su responsabilidad, el trabajador tiene la suya—.

Esto está muy lejos de la idea del control *directo* por los trabajadores, que surgió en el movimiento de los delegados de fábrica hace medio siglo. El movimiento comunista consejista de Alemania en ese período vio los peligros mucho más claramente que quienes se dicen hoy admiradores de Rosa Luxemburgo (XXVI). Aunque considerada por muchos socialistas internacionales como la profeta del socialismo revolucionario, su aporte estuvo en la lucha contra el militarismo (rara entre los socialistas alemanes de su época) más bien que en el papel de organizadora industrial, tarea para la cual, como "intelectual" partidaria profesional que era, estaba poco dotada. Tampoco era una teórica de los movimientos espartaquistas como tales, excepto por el hecho de que hizo la apología, dentro del comunismo mundial, de las ideas de ese movimiento respecto de los comités de trabajadores, por oposición a la lucha de Lenin en favor del partido como organismo supremo.

El movimiento espartaquista alemán comprendía al comienzo los comités de trabajadores industriales que habían establecido su red de delegados elegidos en los lugares de trabajo, después de haber sido absorbidos los sindicatos centralizados en el esfuerzo de guerra, en

lo que luego se comprendió que era un ensayo general para el nazismo y el Frente de Trabajo que surgirían menos de veinte años después. Si el movimiento revolucionario no hubiera sido violentamente cohibido por la democracia, ésta, a su vez, no hubiera muerto. Los estadios iniciales de la revolución tuvieron éxito en todas partes. Se habían abierto las compuertas de la anarquía. La flota alemana se amotinó y los marineros establecieron sus consejos, no con la intención de mejorar sus estándares de vida dentro del Estado de Destrucción, sino de llevar a cabo la revolución social. *

Los consejos de marineros se formaron no sólo con el propósito de atenuar la disciplina naval sino para apoderarse de los buques y terminar la guerra. Esos consejos se difundieron como un reguero de pólvora en el ejército, y los trabajadores fabriles, afirmando su fortaleza, constituyeron consejos independientes de fábrica. Las fuerzas armadas estaban hartas de la guerra y los trabajadores industriales se habían preparado para la revolución. El Kaiser afirmó siempre en años posteriores, cuando era un exiliado en Holanda, que su larga vida se debía a su vigorosa actividad manual como leñador en Doorn. Podemos interpretar como más correcta la creencia que expresó un periodista, de que esa longevidad se debió a que un buen automóvil lo sacó velozmente de Berlín.

La revolución en Rusia había precedido a la Revolución alemana, y el derrocamiento del zarismo y el establecimiento de los "soviets" de obreros, soldados y campesinos habían inspirado al movimiento revolucionario en todo el mundo. Ese movimiento apresuró el colapso de los esfuerzos bélicos tanto en Rusia como en Alemania. El agente del Estado Mayor alemán, financista y teórico socialista (amigo de Luxemburgo y de Trotsky), Helphand-Parvus, había previsto el colapso del frente ruso en caso de que Lenin volviera. A raíz de su notorio acuerdo con las autoridades imperiales,

* The Wilhelmshaven Revolt, por Icarus; The Origins of the Movement for Worker's Councils in Germany, 1918/35, por Raden.

Lenin fue enviado de vuelta en el "tren sellado", y provisto de dinero alemán. Lenin no derrocó al zar. Derrocó a los consejos obreros.

Como la facción bolchevique podía pagar mercenarios letones para que actuaran como policía, estuvo en una posición superior desde que accedió al liderazgo. Esa facción hizo un llamado revolucionario a las masas, que resultó más persuasivo cuando sus críticos de izquierda, se tratara de socialrevolucionarios (XXVII), socialdemócratas mencheviques o anarquistas, fueron desalojados por la fuerza armada. El más elocuente de los opositores puede ser silenciado por las balas o las murallas de una prisión. La única respuesta efectiva a esa situación fue la de Dora Kaplan. Era una socialrevolucionaria que intentó asesinar a Lenin.

La principal lucha dentro del movimiento laboral ruso fue el intento realizado por los delegados de fábrica, que trataron de mantener su independencia. Estos se esforzaron por conservar al menos un mínimo de democracia industrial contra la interferencia de los requerimientos del partido, que pretendía ser su "representante". Finalmente el partido, mediante la legislación de los sindicatos, se las arregló para incorporarlos a la maquinaria estatal y suprimir así a la oposición. Esto es algo que imitó más tarde el "Estado corporativo" fascista con sus sindicatos de empleadores y de operarios, y que promovió en nuestra propia época el gobierno laborista inglés. Quienes tienen el poder de dar tienen también el poder de quitar. El conferir legalidad es un medio de establecer control. En Rusia, los soviets se transformaron en filiales del partido, subordinadas a las necesidades de la burocracia. Los departamentos de trabajo, productividad y bienestar de la burocracia absorbieron al sindicalismo, hasta que finalmente el partido y los funcionarios públicos integraron una nueva clase dirigente.

Sin embargo, el modelo de los soviets y la creación de la democracia industrial como primer paso se transformaron en un rasgo característico de todas las revueltas subsiguientes en Rusia y sus satélites. En particu-

lar, la Revolución húngara de 1956 * fue un ejercicio de establecimiento de consejos de trabajadores, como medio de levantarse contra los funcionarios y la policía dominados por los rusos. En China, y también en Yugoslavia, se logró alguna forma de democracia industrial. Los trabajadores participaron en la reglamentación de sus propias condiciones de trabajo, cosa que algunos sociólogos consideran como el gran pacto, pero siguieron siendo excluidos del control de la economía. Continuó existiendo la dirección desde afuera, en este caso en manos del partido. En esos países existía una especie de control por parte de los trabajadores, pero bajo la nacionalización. El Estado se había transformado en el "árbitro neutral" entre ambos bandos de la industria, e igualmente en oficina de nombramientos para el sector gerencia y en agente electoral para el sector sindical. En la práctica esto significó un choque entre los comités de trabajadores, por una parte, y el Estado, la gerencia y el partido, por la otra. En las grandes rebeliones de China desde que tomó el poder Mao Tse-tung, los trabajadores han chocado directamente con el Estado, y comenzó una lucha contra el anarquismo estatal que aún no se ha resuelto. **

Los anarquistas chinos de comienzos de la década del 60 partieron de la idea de la democracia industrial y buscaron el establecimiento de consejos directos de trabajadores y la expropiación de la industria sustrayéndola al Estado mismo. Su lucha fue similar a la de los comunistas consejistas alemanes contra el capitalismo. Sólo en el estadio siguiente, que aún no se alcanzó en la práctica, podrá mostrarse la diferencia existente entre el anarcosindicalismo y el comunismo consejista. Ambos movimientos creen en la formación de comités en los lugares de trabajo. El comunismo consejista limita la participación como miembro de tales consejos a delegados sujetos a destitución. El anarquismo la ex-

* "Hungary 1956", de Andy Anderson (Solidarity).

** Alguna explicación de los antecedentes puede encontrarse en "The Origins of the Anarchist Movement in China", por 'Internationalist' (Coptic Press).

tendería desde aquellos elegidos por sus compañeros de trabajo hasta todas las personas de la planta. Si esto lleva a la descentralización y a la existencia de unidades más pequeñas, incluso de unidades por oficio, que sea así.

El movimiento anarquista dentro de la industria, por más que en varios países pueda rotulárselo de anarcosindicalista, raramente dejó de percibir la diferencia esencial que existe entre anarquismo y sindicalismo revolucionario, aunque sólo sea en el sentido de que los fines que persigue el primero deben esclarecer la acción que emprenda el último. En los casos en que el anarquismo no comprendió esto, cesó de serlo en absoluto y pasó a manos de socialistas o parlamentarios, cuya elocuencia y organización externa, o el uso de la policía mediante la legislación, le aseguraron el éxito. El término "anarcosindicalista" surgió no para desviar al anarquismo canalizándolo hacia los problemas económicos del momento, sino para hacer efectiva la acción industrial y eludir la acción del Estado. Es un término que distingue entre sí mismo y el sindicalismo revolucionario que está en paralelo con el comunismo consejista. También se distingue a sí mismo del sindicalismo reformista o del sindicalismo ortodoxo en el cual podrían participar los revolucionarios, cuya inadecuada actividad fue criticada por Malatesta (XXVIII), aunque éste reconocía su carácter inevitable en ciertas circunstancias.

El sindicalismo revolucionario acepta la idea de expropiación del sistema económico y el fin último del control mediante comités en los lugares de trabajo, por oposición a la reforma parlamentarista o la nacionalización. El anarcosindicalismo, que coincide con esto, ha ido más lejos y llegó a la idea de la plena participación de todos dentro de una libre sociedad comunista.

El uso del término *comunismo* implicaba que la unidad básica de la sociedad debía ser la *comuna*, la comunidad local en la cual debían subsumirse todas las formas de vida social y económica. En ese sentido, el comunismo no se limitó a rastrear su origen en la Co-

muna de París de 1870, como hizo Lenin cuando abandonó el uso de la denominación socialdemócrata debido a sus connotaciones de preguerra. La idea del comunismo libre es ajena al Partido Comunista.

Se ha expresado una crítica liberal al comunismo libre en el sentido de que "todo el mundo andaría de un lado a otro en los comités para asegurarse de que los acuerdos se tomaban en forma general en común". El liberalismo, por definición, no ve más lejos de los valores capitalistas aceptados. El propósito de las incesantes reuniones de comité, que podría constituir muy bien un rasgo de un movimiento laboral descentralizado, es *obtener* control. Mientras se estén ejerciendo las presiones económicas del capitalismo, es necesario sabotear al sistema. En una sociedad libre propiamente dicha disminuirá la necesidad de realizar consultas constantes. Las personas que realizan un trabajo en el cual están interesadas tienen menos necesidad de las discusiones de comité. El médico consulta sin duda con sus comités hospitalarios, pero no lo hace antes de cada operación. Es independiente en su propia esfera. El trabajador puede lograr una independencia de esta clase. Por tal motivo, quizás, el comunismo anarquista apareció generalmente como más factible donde habia un campesinado independiente o una clase trabajadora cercana al campesinado.

Es cierto que el marxismo ha florecido en nuestro tiempo en los países campesinos, como Rusia y China, y en las tierras "coloniales" más como despliegue de una estrategia militar que a raíz de la simpatía que pudiera despertar entre los campesinos como tales. Con el culto del Che Guevara, vuelve casi a las ideas de los socialrevolucionarios de Rusia, y la actividad bélica guerrillera apropiada a un país campesino se ve como una concepción universalmente válida que se aplica por igual al parque de la Universidad de Bonn o a los terrenos boscosos que rodean a Christ's Pieces, en Cambridge.

Sin embargo, el marxismo clásico considera al campesinado como una supervivencia feudal dentro del capitalismo, así como el pequeño comerciante es considerado como una supervivencia medieval en una sociedad monopolista. Los socialrevolucionarios rusos pensaban que el campesinado era *la* clase de la revolución social, tal como hizo la socialdemocracia con el proletariado. Ninguna de estas dos concepciones era anarquista, pero un campesinado independiente puede prescindir de la autoridad. Otro tanto podría hacer una comuna libremente organizada, sea en la ciudad o en el campo, por oposición a la comuna colectivizada desde arriba.

El kibutz israelí es el ejemplo de una comuna libremente organizada, aunque compuesta por colonos que tienen actitudes autoritarias de una u otra clase. No se le podría llamar comunismo autoritario, puesto que ese término se ha desprestigiado tanto a raíz de su asociación nominal con el comunismo de Estado que resulta totalmente equívoco. Comunas libertarias basadas en actitudes conscientemente libertarias podrían verse del otro lado del Mediterráneo, en las realizaciones de Cataluña durante la Guerra Civil Española. Estas actitudes fueron implantadas por el anarquismo español durante muchos años, y una y otra vez, cuando se presentaba la opción entre la muerte por hambre o la rebelión desesperada, los campesinos eligieron esta última y establecieron la comuna libre, sabiendo que el ejército (monárquico, republicano o fascista) la suprimiría, pero prefiriendo, con todo, apelar a la lucha. *

Cuando desaparecieron los terratenientes en 1936, estaba abierto el camino para la libre colectivización en España. Fue una necesidad política del imperialismo soviético cortar la Revolución, fortaleciendo suficientemente al Partido Comunista como para que pudiera hacerlo. Fue también el temor del ejemplo, pues los dirigentes temían la comparación del comunismo libre con el propio.

No fue el campesinado el que dio nacimiento al anarquismo moderno, aunque muchos movimientos campe-

* cf. Gerald Brenan, "The Spanish Labyrinth" (Cambridge). El Laberinto Español (Ruedo Ibérico).

sinos, especialmente el de Néstor Machno, se han orientado en ese sentido, pero fue, por cierto, "el grupo que estaba a un paso del campesinado", el de los artesanos independientes o los operarios especializados que se sentían amenazados como clase y que fueron finalmente desplazados como sección viable de la sociedad por los desarrollos monopolistas posteriores del capitalismo. Como clase independiente y productiva habían estado siempre a la vanguardia de la resistencia contra la opresión, porque no dependían de las dádivas estatales ni necesitaban pedir empleo a los patrones. Cuando pudieron eludir las restricciones estatales, ni siquiera tuvieron que valerse de la riqueza monetaria del capital financiero. Habían estado en la vanguardia radical para destruir al feudalismo opresivo y mantuvieron a menudo esa posición en las zonas campesinas. El "herrero ateísta" o el "zapatero radical" eran tradicionales "Hampdens * de aldea", que reunían a los campesinos, menos aptos para expresar libremente sus opiniones y para enfrentar a la burguesía o a la clerecía locales. Con intención no totalmente irrisoria, Marx llamó a esta clase "petit-bourgeois". Constituía el sector de los federalistas descentralizados dentro de la Internacional, y esta es la razón por la cual los marxistas llaman al anarquismo "tendencia pequeño - burguesa" aún hoy, cuando el término ha llegado a significar algo totalmente distinto.

En su sentido original, los "ciudadanos pequeños" constituían la columna vertebral de la Comuna de París. La industria francesa estaba aún en el estadio unipersonal y se veía amenazada, bajo Napoleón III, por las fluctuaciones del intercambio con las cuales éste planeaba estimular el desarrollo del capital financiero y fortalecer el potencial bélico de su Imperio. Como consecuencia del colapso de Francia misma y de sus medios de vida, esos "pequeños ciudadanos" establecieron la Comuna de París. Tal Comuna señaló el punto más alto

* Se refiere al célebre político y estadista inglés John Hampden (1594-1643).

⊙Ver: "Historia del Movimiento Machnovista" [illegible]

de la descentralización proudhonista, que en la práctica comenzó a fusionarse con el socialismo no estatal que defendía el ala bakuninista de la Internacional. Después de aplastada la Comuna, la amalgama de estas ideas reverberó por todo el mundo. Fue el nacimiento del movimiento anarquista moderno propiamente dicho. *

El maestro artesano, el pequeño comerciante —zapatero, encuadernador, herrero—, que eran los "pequeños ciudadanos" típicos de esta vieja economía, pueden haber utilizado a veces a un aprendiz. Podrían haber seguido el proceso de empleo de fuerza de trabajo, expandiéndolo y transformándose en explotadores. Pero mientras se mantenían como unidades independientes eran aún trabajadores productivos. Como lo demuestra muy claramente la historia de la industria del vestido en este país, cuanto mayor era el grado de la unidad empleadora tanto mayor era el grado de explotación. Existe, sin embargo, una enorme diferencia entre el artesano de antes como hombre independiente, y el maestro sastre que podía ser originariamente un artesano, pero al cual el sistema obligaba a descender al nivel de un operario de fábrica o a ascender transformándose él mismo en capitalista. De la misma manera, un campesino podía también transformarse en un gran granjero, a menos que, como ocurrió en la mayoría de los países con un campesinado independiente, el Estado en nombre de los terratenientes le impidiera por la fuerza hacerlo. El dilema capitalista es expandirse o perecer. Éste es el motivo por el cual la pequeña burguesía se ha transformado en una clase explotadora, pero no tiene nada en común con la vieja clase a la que Marx daba ese nombre. En verdad, el término incluye hoy hasta a los funcionarios públicos.

En el sentido anterior, el de Proudhon, era posible concebir una sociedad libertaria sobre la base del artesanado independiente, según los lineamientos de la ciudad medieval. La descentralización de la industria, una

* Véase una descripción del proceso en "The Russian Anarchists", por Paul Avrich (Princeton).

vez que los trabajadores llegaron a controlar su propio destino mediante el socialismo gremial, transformó en realidad tal concepción visionaria. El concepto de artesano independiente agrupado en gremios y el de asociaciones cooperativas fue expuesto científicamente por Kropotkin y descripto en forma entusiasta por William Morris (XXX). Nunca estuvo lejos del punto de vista de la Utopía, sostenido por el comunismo anarquista, mientras que el marxismo clásico no veía más allá de un control exitoso de la industria por el proletariado, aunque comprendiera que el control partidario y la existencia misma de la maquinaria estatal eran destructivos para ese propósito. Para ellos la utopía anarquista era una ilusión "pequeñoburguesa", término que se ha vuelto tanto más insultante hoy, cuando se ha alterado su significado.

En efecto, el término nunca podría significar hoy panaderos, cajistas de imprenta o carpinteros de carretas que trabajen por su propia cuenta. En todo caso, ya desaparecieron algunos de los viejos oficios, cambio que no siempre fue para mejor. * Los procesos están ahora industrializados y el motivo dominante es el lucro, no el placer de la artesanía. El individualista que no tuvo la suerte de llegar a ser un comerciante eficiente, o no posee el carácter empedernido necesario para ello, se ve impulsado a la industria de masa o sigue manteniéndose en el borde mismo de la economía.

En Rusia, país controlado por los funcionarios públicos, los dueños de pequeños comercios son despreciados como un subestrato; generalmente se considera que "descendieron en la vida" porque eran rebeldes (por naturaleza, si no por política) y perdieron todos sus "papeles" importantes: su carnet del partido o su permiso para trabajar, que recibe el erróneo nombre de carnet sindical. Esos hombres han "degenerado" transformándose en fruteros o mercachifles. En Inglaterra el vendedor ambulante, el diariero, el conductor de un taxi, representan la tenaz tradición social del "mercader". En el viejo sentido (proudhoniano) son "pequeños burgueses". En sentido social, forman inequívocamente parte de la clase trabajadora.

* cf. "To Hell with Culture", por Herbert Read. Al diablo con la cultura (Proyección).

La torpe traducción "petty bourgeois" (*petit-bourgeois*, *Kleinbürger*, pequeño ciudadano) ha logrado imponerse porque es bastante adecuada para describir a esta clase en su *nuevo* sentido. En efecto, su rasgo más notable es su pequeñez. En la jerga general el término se aplica al comerciante urbano, al empleado público, al comerciante en diversos ramos, al hombre o mujer profesional, al ejecutivo. La gente de mentalidad socialmente pequeña, cualquiera sea su ocupación, se considera a sí misma como clase media. Las aspiraciones de un pequeño comerciante constituyen un mito arquetípico atractivo ("el hombre pequeño") para la prensa de Beaverbrook. Ocultan la realidad de que el capitalismo lo ha reducido al status de un empresario suplementario en aquellas actividades comerciales en que no hay suficiente incentivo para los empleados. Éste es el motivo por el cual el almacenero de la esquina cede el paso al supermercado, cuya reducción de fuerza de trabajo hace lucrativo el comercio al detalle.

Hay todavía lugar en la estirpe de las ratas para el vendedor de tabaco, dispuesto a permanecer en un quiosco durante todas las horas del día, sonriendo a sus clientes empleados en las oficinas públicas con su sombrero hongo y sus pantalones a rayas, y creyendo quizá que él mismo pertenece a la clase media y sus clientes son trabajadores de oficina, mientras ellos se consideran clase media y lo ven a él como a un mercader. Como sus ingresos los absorbe el Estado mediante los impuestos o el fabricante y el mayorista con su ganancia, le queda un margen que escasamente le permitirá pagar un sueldo, motivo principal por el cual se dejó a su cargo la etapa final de la distribución. Siempre que aporte suficiente capital, podrá recuperarlo en pequeñas cuotas sin comprender la naturaleza de la estafa, o quizás atribuya la lentitud de la reacumulación a las fallas del gobierno que ejerza el poder en ese momento, a los

huelguistas de la industria privada, o incluso al cabello largo de la juventud actual.

Esto representa la antítesis de la independencia que él pretende. Es una forma de libertad sin cooperación que al final deja de ser libertad. La libertad no es posible sin cooperación. La cooperación sin libertad es una forma más de explotación.

CAPÍTULO 4

LA PROTESTA SOCIAL Y UNA NUEVA CLASE

El desalentador progreso y las perspectivas del Estado de Destrucción, la creciente impotencia del individuo y la falta cada vez mayor de significado de los partidos o creencias establecidas de todo el mundo, dieron un enorme ímpetu a la protesta social. Fue una revolución secular contra las neoiglesias. Comenzó según gastados lineamientos antimilitaristas, aunque con algunos matices imaginativos, pero tendió, sin embargo, a seguir ciertas pautas de la lucha de clases. Esto contradecía las expectativas de algunas personas que, como muchos líderes radicales, piensan que ir un poco adelante de una multitud equivale a guiarla.

El clima general de protesta social fue una resurrección del liberalismo militante. El liberalismo político estaba institucionalizado y muerto, y reapareció bajo una nueva forma el viejo radicalismo. Desarrolló ideas y recursos anticipados incluso por las sufragistas, pero llegó más allá en vista de la palpable ineficacia de la protesta como tal. La protesta se transformó en una parte ritual de la escena, oficialmente tolerada e incluso alentada dentro de ciertos límites. Pero cuando iba más allá de esos límites, la defensa policial del status-quo, que en algunos países alcanzaba el nivel de la conquista social brutal, que es la naturaleza del Estado, aguzaba los dientes de la protesta. Los *provos* holandeses, que lo percibieron, concibieron la idea de provocar deliberadamente al Estado para que procediera así y revelara su verdadera naturaleza.

Era natural que los anarquistas se encontraran entre aquellos militantes en el movimiento de protesta, puesto

que las demostraciones en las calles contra el Estado, como la acción huelguística, tienen que debilitar la secuencia orden-y-obediencia. No habría sido ilógico que personas que por lo demás eran anarquistas revolucionarios tomaran la posición de unos pocos marxistas sectarios que afirmaban que tal movimiento carecía de eficacia para el cambio social y se lo debía ignorar. Solía ocurrir que los anarquistas fueran habitualmente los principales blancos del ataque policial, porque incluían a los protestadores más militantes, e, inversamente, que las banderas anarquistas reunieran a los protestadores más militantes porque el ataque policial sería más fuerte en ese punto. Así, el anarquismo apareció para muchas personas sólo en el nivel de la calle, sin tener en cuenta otros factores, como la forma más agresiva de disenso. Esto podría ser así, pero la conclusión de que la forma más agresiva de disenso deba ser por lo tanto el anarquismo era totalmente falsa, aunque la suponían verdadera muchas personas que provenían de la CND (XXXI).

De aquí la confusión, graciosa o irritante para el anarquista revolucionario según su temperamento, por la cual el liberalismo militante y el anarquismo eran la misma cosa. El primero asume a veces el nombre de anarquismo, por lo menos con el agregado atenuante de *anarquismo-pacifista*. Esto no equivale a decir que una persona que profesa el credo pacifista no pueda ser un anarquista o viceversa *; pero el anarquismo-pacifista híbrido, como lo exponen por cierto los faquires de las Peace News, equivale tan evidentemente al liberalismo militante como para que a los Jóvenes Liberales les resulte difícil decir en qué consiste la diferencia.

* Es posible ser nacionalista y socialista. James Connolly (XXXII) lo era. Como una nación implica un Estado, no es posible ser nacionalista y anarquista. La palabra híbrida *nacional-socialista* significa algo tan distinto de Connolly como el yeso del queso, aunque con seguridad contiene tanto elementos del nacionalismo como del socialismo de Estado. Así también, el híbrido *anarquista-pacifista* significa algo distinto del pacifismo y del anarquismo.

Quizás el liberalismo militante pueda incluirse bajo el rubro del movimiento libertario. La definición se ha vuelto un poco amplia en estos últimos años. Sin embargo, se abusa de las palabras cuando se lo llama anarquista, como quiera que él se llame a sí mismo. No puede incluir un medio de cambio social, con excepción de un llamado a los ricos para que abandonen sus posesiones, tal como propusieron Vinoba Bhave y el movimiento Gramdan en la India, y recomendó el movimiento ortodoxo de paz. Incluso a quienes creen en los dioses de muchas manos y experimentan temor cuando croan los lagartos, les resulta difícil aceptar que esto sea posible.

Las limitaciones del movimiento de protesta, y de todo liberalismo militante por más radical y libertario que pueda llegar a ser y por más que se haya desarrollado en los Estados Unidos residen en su incapacidad para incluir la lucha de clases, sin cuyo reconocimiento el cambio social no es posible. Puede tratar de justificarse criticando "concepciones anticuadas" que nunca tuvieron vigencia excepto por vía de hipérbole más bien que de análisis (por ejemplo, denunciando el mesianismo de tipo kingsleyano y atribuyéndolo a "Marx y Bakunin").

Esta tesis liberal avanzada, que se enmascara de anarquismo-pacifista, ha atraído a una parte sustancial de una generación de radicales. Y por añadidura, en términos hegelianos, esta tesis formulada por quienes provienen de un ambiente de clase media ha enfrentado su antítesis, el "fascismo" de sus padres, que brota de un temor paranoico al comunismo de Estado. Este fascismo básico, del tipo primitivo mussoliniano, es una especie de remedio homeopático contra el comunismo estatal, y así se hacen defensores del programa fascista.

La tesis y la antítesis suscitan una síntesis que se ve en el movimiento "situacionista" en particular, y en el movimiento hippie y demás variaciones sobre el tema. La comprensión de este hecho nos permite prescindir de la confianza en la "brecha generacional" que goza de tanto favor entre los periodistas. En las diversas esci-

siones y contraescisiones de los situacionistas, en el movimiento hippie inspirado en los norteamericanos, la vieja escena de jazz y drogas, el International Times y sus esotéricos sucesores y competidores, se manifiesta la antítesis. Hay un desprecio por las "masas" —"Alfs" * es la palabra que utiliza la revista *Oz*—, los que no están en la onda, el populacho, los del montón, mezclado con artificios similares a los que utiliza el movimiento de paz para tratar de despertar a la burguesía (pero dirigidos sin embargo a ésta). La vanguardia del progreso social la constituyen la juventud educada, los estudiantes, el "provotariado". La *élite* natural de la sociedad es "la gente fina". Se desprecia a la sociedad por sí misma y no por los valores que acepta. Hay un culto de la muerte que se manifiesta en la pasión por las cosas duras y difíciles y en la manera en que tales movimientos tienden al misticismo de tipo oriental y a los cultos que producen Libros de la Muerte. La manera de cambiar la sociedad consiste en realizar viajes al plano astral por medio de narcóticos, de modo que todo se vuelve ideal mientras sigue siendo exactamente lo mismo (¿reformismo liberal bajo un nuevo aspecto?).

Alternativamente, aunque se trate de algo que en esencia es similar, encontramos la idea de autorresponsabilidad, las pretensiones de reprimir la agresividad individual o la creación de descargas para que la juventud frustrada pueda adaptarse a la sociedad. Se considera que el bienestar social voluntario equivale a la revolución social. Los que predican la doctrina de las buenas acciones adoptan una imagen cambiante (auxilio de emergencia para los cirujas, los bebedores crónicos y los vagabundos); en esa actitud se inspira, por ejemplo, el movimiento del "Trabajador Católico" con su obsesión romanista por la caridad (ridiculizada por Buñuel en "Viridiana") que se fusiona con la glorificación del vagabundo que hace el individualismo norteamericano ("¡Aleluya, soy un vago!"), y esto ha recorrido la escena con diversos ropajes.

Sin embargo, lo que decimos no implica criticar con excesiva severidad a cualquiera de estos movimientos, o a todos ellos, por lo menos en la medida en que ellos mismos comprenden su insignificancia (cosa que hacemos pocos de nosotros). Tampoco equivale, por cierto, a compartir la desaprobación que manifiestan hacia ellos los pequeños burgueses, pues es valiosa la conmoción que producen. Cualquier cosa sacudirá a los espíritus pequeños, desde una variación en el estilo del cabello hasta el uso de narcóticos no santificados por la explotación comercial o la sanción legal.

"Apartarse", el slogan del movimiento hippie, es idea excelente si uno piensa en esa actitud como modo de ignorar a la estirpe de las ratas, o en términos de una comunidad de neo-Diggers, Socialistas Utópicos, o santos que viven en una granja cooperativa; o, para un Thoreau (XXXIII) con los bolsillos bien llenos, en los deleites rústicos de una cabaña junto al mar. El hippie de fin de semana, que se aparta cuando no está trabajando en el banco, no tiene por qué ser mayor objeto de burla que el yachtman de vacaciones, que es hijo del mar cuando no está calculando estadísticas actuariales sobre expectativas de vida.

Ha habido algunos radicales bienintencionados que nos dijeron que si no deseamos ser explotados ni explotar a otros, debemos dedicarnos a limpiar ventanas o a vender salchichas. Este punto de vista se basa en un azar vocacional del individualismo. Constituye una idealización, tal como se presenta, de la suerte del artesano que antes era independiente. La gente que dispone de dinero suficiente puede pensar igualmente en poseer su propia isla desierta y retirarse del malvado mundo. Todo esto es muy cierto, pero no tiene nada que ver con el cambio social que depende de la liberación económica.

Si se ha dicho que la liberación nacional es un buen desayuno pero una pobre cena, el liberalismo militante

* *Alfs*: Alf es el diminutivo de Alfred, nombre frecuente entre la clase obrera, que junto con otros como Fred, Bert, Bill o Harry sugieren un nivel cultural típico de la masa. Los hippies lo usan despectivamente en la revista *Oz*, que es la que mejor refleja sus ideas. [E.]

es un buen refrigerio de media mañana, y puede servir incluso, si no somos demasiado exigentes, como almuerzo; pero no puede durar hasta la noche.

El nuevo liberalismo no ha permanecido quieto. Una gran parte de la *élite estudiantil*, insatisfecha con sus insuficiencias, lo adaptó a una mayor militancia. En algunos casos, llegaron a revivir las teorías de Blanqui o a hacer un culto del Che Guevara. Sin embargo, la prensa, invariablemente menos informada que el público al que sirve, es la única que ve al movimiento de protesta compuesto únicamente de estudiantes, y a la universidad compuesta de la "nueva izquierda". El trabajador industrial retacea su apoyo a esta nueva izquierda porque la ve en términos del viejo liberalismo en una versión más amplia. No es falso que éste se incline más bien a ser conservador en su modo de pensar cuando no lo vincula directamente con sus propias experiencias. Los nuevos estudiantes radicales pueden enfurecerse cuando el trabajador industrial desconfía de ellos recordando al estudiantado de 1926, como si los estudiantes que ayudaron entonces a romper la huelga no estuvieran ahora cerca de la edad de la jubilación, y no hubieran sido entonces, en todo caso, muy distintos por su origen social y perspectiva de los de la época actual. Pero el radicalismo universitario, como la bohemia de los artistas, puede ser para algunos cuestión de moda e innocua, aunque quizás útil para una futura carrera. Otra cuestión es ser incluido en la lista negra en la única actividad a que se aplica el aprendizaje de uno.

Ésta es la razón por la cual las personas más activas en el desafío al Estado han llegado a ser, excepto en términos de rendimiento puramente industrial, las que más se divorciaron del trabajo productivo, aunque manteniéndose siempre, desde el punto de vista social, en la clase más baja más bien que en la más alta, sin tener por cierto ninguna responsabilidad en la dominación de la sociedad. Pueden estar trabajando como conductores de vehículos, en oficinas, negocios u otras actividades periféricas. A veces han pasado por las universidades. Son a menudo el producto final de la educación de la escuela secundaria, que es una especie de fábrica de salchichas. Tienen en común el hecho de que pueden cortar su actividad y cambiarla totalmente en lo que respecta a su empleo, cosa que no siempre ocurre, evidentemente, con ventaja financiera. Sin embargo, pueden mantener una razonable independencia respecto de la opinión pública inducida, y lo hacen por cierto hasta que las responsabilidades familiares vencen a los compromisos sociales y los obligan a rendirse a la conformidad de la gente pequeña.

Vemos aquí una nueva clase en curso de creación. En un sentido es independiente, y aunque en tiempos de depresión resulte desastroso perder el puesto, no obstante en otros momentos no le importa un bledo a la gente de esta clase si trabaja en uno u otro tipo de tarea. Un empleado, por ejemplo, puede saltar del ramo de vinos a la Oficina de Correos y terminar exportando lencería, con el mismo abandono despreocupado de un ministro del gabinete que trueca su cartera.

El deseo no aberrante, aunque comercialmente injustificable, que experimentan los ejecutivos comerciales de tener hermosas muchachas que muestren sus piernas por la oficina, ha llevado al pago de salarios más elevados (que la "nación no puede nunca permitirse" en el caso de una enfermera o fabriquera), que se ofrecen a las taquígrafas y secretarias más jóvenes. Esto se ha visto realzado por el libre uso de la huelga individual, el revoloteo de trabajo en trabajo, que ha hecho subir aun más los salarios, aunque muchas de las muchachas en cuestión podrían sacudir tristemente la cabeza ante la idea de la acción huelguística de otras personas, que como todos sabemos es la razón por la cual "el país" se está yendo al diablo.

Pese a toda esta aparente independencia, la clase a la que nos estamos refiriendo está aun más desamparada en lo que respecta a los asuntos sociales, y alienada de toda voz en cuestiones políticas o mejoramiento económico. Sólo puede "confiar en el gobierno", y el em-

pleado tiende a echar la culpa de sus problemas a cualquier político que esté en el cargo en ese momento, si no a los sindicatos o a los financistas, según su ideología. El guardián de una plaza y el empleado que lee el medidor del gas, que no se identifican habitualmente con la clase media debido al prejuicio social, están en una posición similar. No tienen el poder productivo del ingeniero aeronáutico, por ejemplo, aunque su grado de utilidad social pueda ser más alto o más bajo.

A menos que tales operarios trabajen en grandes concentraciones numéricas (barrenderos o carteros, por ejemplo), su poder huelguístico está disminuido, y la concepción de la lucha se hace para ellos más nebulosa de lo que es para quienes trabajan en una planta fabril. En verdad, parece a menudo que cuanto más útil es un trabajo desde el punto de vista social, tanto más difícil resulta percibir que existe de hecho una lucha de clases. Es fácil ver que hay dos bandos en una planta automovilística, menos fácil ver una división del interés en una granja, y casi imposible comprenderla en el trabajo que se realiza en un hospital. Debido a esto, la concepción del control por parte de los trabajadores se comprende menos claramente cuando existe en un determinado momento un interés compartido en un trabajo. Un viajante de comercio, que trabaja a comisión, sólo podría descubrir la naturaleza de la lucha leyendo o tratando de comprender por sí mismo, y quizá llegue a la conclusión de que se trata de una concepción académica.

¿Qué distingue a esta clase, que incluye variadas ocupaciones y grados de prosperidad, que se va haciendo más grande mientras la clase industrial se vuelve más pequeña? La distingue el hecho de que se despoja a una clase de todo el trabajo productivo que no sea marginal para la economía.

¿Hay algún precedente? El capitalismo del siglo XIX desarrolló una clase que consistía en los desocupados permanentes, y en los "pordioseros y vagabundos" del feudalismo, así como en quienes habían sido expulsados de la tierra. Esa clase fue aumentada por los trabajadores desposeídos por las máquinas, por los ociosos indigentes, perezosos excluidos de la clase que les correspondía, y aquellos que luchaban por obtener empleos no calificados, en el fondo de la escala social. Incluía a los mercachifles, los mendigos y los pequeños delincuentes. Marx titulaba a esta clase, en forma un poco condescendiente, el "lumpenproletariat", los obreros miserables. Era el sustrato, que se ve en los "hijos de los Yagos", el Londres de Dickens y Mayhew, el "décimo sumergido", la "gente del abismo", los que viven en la "Inglaterra más oscura". Quizá se los encuentra en los peores "ghettos" negros norteamericanos de hoy.

Es ésta una clase productiva a la que deliberadamente se hizo improductiva en su mayor parte, y productiva sólo por accidente. Algunos sociólogos la han llamado *la clase de Lázaro.*

Mediante una exégesis similar podemos referirnos a la otra clase, más nueva, denominándola la *clase de Naboth*, privada de su capacidad productiva, aunque en este caso no se la haya despojado de su capacidad para trabajar. La viña de la cual se la desposeyó es la de la productividad independiente. A diferencia de la clase de Lázaro, esta otra no depende de las migajas de la mesa del hombre rico (en la práctica, más a menudo de la del hombre pobre). Por el contrario, aun sin la viña sigue siendo una parte útil de la sociedad, aunque cuanto menos útiles son las tareas que emprende, tanto mayor parece ser la recompensa que recibe.

"service"

En los imponentes bloques de oficinas que se elevan como torres a la gloria de nuestros actuales Césares ornados con su libreta de cheques, el tributo al poderoso no se mide por los centuriones que tiene a sus órdenes sino por el número de empleados que están por debajo de él. Por más precaria o inadecuada que pueda ser la fábrica que produce la riqueza sobre la cual se apoya el bloque de oficinas, salvo que todo el edificio se ocupe de cosas invisibles, la oficina se eleva con su prestigio

al cielo y quienes producen sus memos reciben mejor paga que quienes producen su riqueza.

¿De qué vale decir que la mayoría de las personas entran probablemente en forma voluntaria en la servidumbre que representa esta clase? Eso se aplica a todas las clases, desde las más sumergidas hasta las más opresoras, excepto por el hecho de que la mayor parte de la gente prefiere ir hacia arriba que hacia abajo. Durante años las escuelas secundarias han batido y modelado alumnos en la máquina de hacer salchichas de la educación, divorciándolos de su clase social pero sin darles la oportunidad de escapar de ella económicamente. Cuando dejaron la cultura humanística del sexto grado se los puso a llenar tinteros y escribir en libros mayores, o en el caso de las muchachas, a aprender taquigrafía a 100 palabras por minuto con el fin de tomar dictado de patrones que piensan a 20 palabras por minuto. Sólo en los últimos años se hizo evidente el desperdicio de esfuerzo, y se abrió la educación superior a tareas que sirvieron menos obviamente para llenar tiempo. Sin embargo, la separación respecto de los orígenes sociales sigue siendo la misma.

En estas circunstancias, algunas personas han llegado a considerarse, contra toda razón, como pertenecientes a la "clase media", o en todo caso a la "clase media baja", cuando no pertenecen a ellas en absoluto. En el período interbélico el fascismo apeló sobre todo a aquellos que concibiéndose a sí mismos como "clase media baja" —clase baja económicamente, media por sus aspiraciones—, sentían una especie de parentesco con la clase dominante que no era retribuido excepto en el plano de la idealización (ex servicio militar juntos, camaradería o pertenencia común a "la nación"). La reacción dirigió el sentimiento de frustración de éstos contra el chivo emisario que se encontraba más a mano. Experimentaron un vago resentimiento por el hecho de que el movimiento socialista los considerara pequeños burgueses, en el nuevo sentido insultante del término, y no les hizo ninguna impresión la definición de compromiso en la que se hablaba de "trabajadores de la

mano y del cerebro". (Podríamos especular acerca de la interesante posibilidad de trabajar sin uno de los dos o sin ambos, excepto en una oficina gubernamental o en una fábrica para impedidos.)

Pero mientras el fascismo, cuando estaba fuera del poder, trataba de atraerse con promesas y de reunir en torno de sí a esta clase emergente, con el fin de proporcionar una base más amplia a un movimiento elitista, no tuvo ningún rol que ofrecer a nadie que no fuera de la *élite*, excepto el de ser carne de pueblo. Extendió sus ofrecimientos, una vez en el poder, hasta incluir a los trabajadores industriales, y utilizó al pueblo en su conjunto como carne de cañón. La filosofía nazi abarcaba la noción de una guerra civil contra los órdenes más bajos, con el propósito de que una clase dominante preconstituida pudiera tomar el poder en el Estado. La raza de los señores se veía como una clase dominante *dentro* de la nación. Sólo durante la época en que se requería el apoyo popular se reelaboró en sus expresiones la teoría de tal modo que pudiera parecer que la *nación* se consideraba parte de la raza de los señores. *

Una vez que el fascismo pasó el choque inicial que implicó poner a los espadachines de la oposición dentro de los palacios de los poderosos, encajó confortablemente en una burocracia administrativa, exactamente el rasgo del comunismo de Estado que más repelía a aquellos a los que atraía el fascismo. Incluso los campos de muerte de la Alemania de Hitler estaban dirigidos por un cuerpo establecido de empleados públicos que se adaptó a una rutina dentro de la cual, con el tiempo, podrían haberse introducido los exámenes competitivos y el otorgamiento anual de condecoraciones.

* La Revolución Francesa, y la Guerra Civil Inglesa, se vieron como levantamientos de las razas inferiores contra sus señores naturales. Los judíos no fueron clasificados (hasta las Leyes de Nuremberg) como "raza inferior", sino como raza que había logrado el dominio mundial y resultaba especialmente peligrosa para los 'ilotas' germanos sin sus señores "arios". El "Arianismo" fue una concepción similar a la de la "sangre normanda"; un grupo dominante dentro de la nación.

Se tenía como la más importante reforma del fascismo la "solución del problema del desempleo", que se realizó tomando a los trabajadores despojados de su capacidad productiva por los procesos del capitalismo y ubicándolos al servicio del Estado. En lugar de dejar que se fueran distribuyendo en la industria liviana o no esencial, que era la única alternativa dentro de una sociedad capitalista para la desocupación masiva, el fascismo diluyó el capitalismo privado con la servidumbre estatal y los hizo servir a la maquinaria bélica o consagrarse a empresas que recuerdan a las pirámides, tales como la autopista alemana.

Vistos bajo esta luz, los campos de concentración no eran algo divergente de las ideas fascistas, como pensaba Bernard Shaw en ese momento y proclamaron desde entonces los apologistas del nazismo. Fueron principalmente, por supuesto, el medio para infligir terror, puesto que el partido, incluso antes de su ascenso al poder, había seleccionado un chivo emisario y lo había aislado como sector más pequeño y distinto. Su despliegue de fuerzas sobre esa minoría, que recurrió a protestas constitucionales e incluso a apelaciones a la conciencia, a las que nunca se atiende en la política del poder, significó que podía aislar además a otros sectores y aterrorizarlos a su vez. Esta es la táctica de la pandilla callejera normal o de la policía y forma parte de la técnica de divivir-y-conquistar que lleva a la de orden-y-obediencia. Sin embargo, los campos de concentración eran, por añadidura, una parte esencial del giro por el que se pasó del capitalismo al control estatal. Finalmente, incluso los grandes industriales que habían financiado a Hitler se encontraron subordinados al complejo gubernamental, y la posesión de riquezas se volvió menos importante que el tener las vinculaciones adecuadas en un ministerio. La existencia de una maquinaria de terror fue un fusil apuntado al capitalista y al oficial del ejército, no menos que al trabajador. Naturalmente, era posible resolver el problema del desempleo si cada uno tenía que trabajar donde se le decía, según condiciones y salarios impuestos.

Los campos soviéticos de trabajo forzado perseguían los mismos propósitos políticos y económicos. Como Rusia estaba ligada a una ideología no competitiva, procedió más lentamente a despojar a los trabajadores de su productividad y reducirlos a sustancia del Estado, de la misma manera que hicieron los países capitalistas con sus desocupados. La escasez significó, en todo caso, que el país necesitaba bienes y carecía de trabajadores, más bien que lo contrario. Pero para que el Estado ejerciera pleno control, era esencial que hubiera un hoyo dentro del cual pudieran caer los recalcitrantes. Puesto que no se trataba del estancamiento del desempleo en medio de la depresión, había que domarlos en los desiertos siberianos. Los rusos no necesitaban una clase totalmente no productiva. Puesto que el Estado era dueño y señor, podía muy bien mantener a la "gente del abismo" construyendo inútiles pirámides. Si no hubiera habido delincuentes políticos, habría sido necesario inventarlos.

El totalitarismo no está atado por la nueva economía que enseña que el trabajo es el ítem más costoso de la planilla, y por lo tanto los comisarios rusos se inclinan más bien a mantener la definición socialista según la cual el trabajo es la medida de todas las cosas. Así, quedan excluidas las fugas mediante el recurso de excluirse del sistema, excepto para unos pocos del "lumpenproletariat" en vías de desaparición, que pueden seguir desarrollando el comercio callejero durante un tiempo, y unos pocos miembros de la "intelligentzia", que cantarán y pintarán las glorias del régimen.

Aun así, las tendencias hacia una "clase de Naboth" no están totalmente ausentes en Rusia a medida que la burocracia "se liberaliza" económicamente, es decir, va pasando del comunismo de Estado al dominio del Estado y, así, al capitalismo de Estado. Se están creando las mismas condiciones que en el capitalismo estatal. La burocracia oficial necesita su cuota de empleados que miden su gloria por el número de siervos qué tienen a a su disposición. De la cinta transportadora de la escuela van saliendo alumnos adaptados para servir a las

necesidades impuestas por la burocracia. No es sorprendente que comience a surgir la rebelión entre la generación más joven, que comprende ahora que este proceso se va considerando cada vez más como inevitable.

El capitalista tiene menos inhibiciones que el comisario soviético en lo que respecta a sentir, o a pensar que debe sentir, que el trabajo es la fuente de su poder. Por el contrario, experimenta resentimiento por el hecho de depender del trabajador, y la nueva generación culta de capitalistas se inclina a rechazar esta carga. "¡Ustedes son nuestros parásitos!" es lo que dicen, en efecto, sus portavoces políticos al trabajador productivo, y la prensa se extiende sobre el tema, a veces con más tacto y otras con menos. El trabajo es "costoso", puede volverse "redundante", debería ser más "móvil". Es el "ítem más caro del costo". En un tiempo el patrón decía: "Nosotros le damos trabajo". Ahora puede decir: "No lo necesitamos". El trabajo "no logra adaptarse a los nuevos métodos" —entonces, ¡introduzcamos las máquinas, echemos a los hombres!—. Los robots están predominando, los procesos productivos introducen no la Utopía de Kropotkin —porque no se la desea—, sino la Antiutopía de "El mundo feliz", de Aldous Huxley, y de "1984" de George Orwell.

Una vez que el trabajo deja de ser el elemento vital de la sociedad, subsiste el problema de qué hacer con los explotados. Podemos dejar que la economía funcione por sí sola y crear una gran clase de desocupados. Podemos ponernos a crear un "lumpenproletariat". Alternativamente, es posible incluir el trabajo entre las tareas subsidiarias de la economía. La creación del desempleo, que sería el primer método, fue ensayada y resultó peligrosa para la estabilidad del régimen. La proponen aún hoy, por lo menos en tonos menores, sectores influyentes del partido conservador, como la mejor manera de chasquear el látigo, pero los políticos más moderados temen que la bestia escape a su control después del latigazo. Raramente el Estado crea deliberadamente un "lumpenproletariat". Cuando lo hacen en forma irresponsable los capitalistas del *laissez-faire*, se produce una

reacción burguesa ante lo que se considera un gobierno de pacotilla. Los burgueses piden una mano más fuerte, como ocurre hoy parcialmente en los Estados Unidos. El método que goza hoy de más favor para el tratamiento de la mano de obra desplazada consiste en convertirla de una clase de productores en una clase periférica. Los astilleros están cerrados, pero no pueden encontrar porteros suficientes para los vastos bloques de oficinas. Los títulos universitarios se cuentan entre los medios destinados a reducir el número de trabajadores empleados en una tarea creativa, pero hay una aguda escasez de tenedores de libros.

En el momento en que comenzamos a considerar la escasez de personal, surge toda la cuestión de la emigración y la inmigración. Los cambios en la economía van siempre acompañados por el desplazamiento de poblaciones. Esto forma parte de la pauta normal de la conquista social. El sometimiento militar de las Highlands escocesas fue inseparable del cambio de la manera de vida en la región, y el desalojo de los dueños de pequeñas propiedades fue tanto parte de la conquista militar como lo fue del cambio económico. La emigración es la profiláctica de la revolución, como se ve claramente en Irlanda, incluso en el momento actual. "Aquí o en ninguna parte está tu América", dice Goethe. Los franceses, dijo Heine con un optimismo un poco excesivo, no emigran: se quedan donde están y hacen emigrar a sus tiranos —en síntesis, crean una revolución—.

A la clase capitalista le ha venido bien que enormes cantidades de trabajadores se marcharan, y en algunos casos se los hiciera marchar, para crear nuevos mercados en Australia, Nueva Zelandia y Canadá. Es algo a la vez más burgués y más civilizado que la colonización rusa de Siberia mediante el trabajo prisionero, por lo menos luego que cayeron en desuso las deportaciones a Australia. Se crearon de esta manera nuevos mercados de expansión, y la economía interna del país se transformó al librarse de aquellos que ya no era necesario explotar.

La clase dominante en los nuevos países tiende a ser

de hábitos más democráticos que quienes viven en las metrópolis, pero con bastante rapidez se recrea una nueva aristocracia del dinero, y resulta evidente la brecha que existe entre dominadores y dominados.

La emigración de un país significa la inmigración hacia otro, y normalmente esa inmigración produce problemas de adaptamiento, especialmente cuando el inmigrante no puede ocultar su identidad debido al lenguaje que habla, a su religión o a su color. Toda la ideología usual del Estado —"nuestro país" por oposición al de *ellos*, lo cual significa que *nosotros* éramos antes los siervos del gobierno— reacciona contra el inmigrante, aunque no exaspere a quienes la expresan el tener que vivir hacinados en barrios bajos con personas de diferentes costumbres o hábitos culinarios. Sólo cuando es visible que la inmigración produce beneficios demostrables, sean reales o imaginados, la clase trabajadora establecida la acepta, como ocurre en Israel. La clase dominante no la aceptará a menos que produzca beneficios prácticos para ella, especialmente en forma de mano de obra barata o diluida, pero no si trae en pos de sí problemas laborales. Basta con examinar el curso que siguieron las leyes de inmigración en los Estados Unidos.

La oposición a la inmigración se ha transformado hoy en Inglaterra en una causa popular a la cual se sumó el fascismo desacreditado. No es ningún accidente que el sector del partido conservador —ejemplificado por Enoch Powell— que defiende la política de desempleo como arma intimidatoria, se oponga también a la inmigración, por lo menos en la medida suficiente para crear un sentimiento contra ella. Pero esas personas no se proponen emprender seriamente una acción positiva, puesto que les beneficia la situación de descontento, y les sería fatal prescindir de un chivo emisario. Sólo les conviene alentar la emigración y desalentar la inmigración hasta el punto de crear el disenso y cambiar de esa manera, por así decirlo, "el color" de la clase trabajadora: hacer que los trabajos donde puede surgir "perturbación", el transporte por ejemplo, los desempeñen

quienes estarán sometidos a la discriminación y provocarán desagrado no por ser trabajadores, sino por ser racialmente discernibles.

Se trata de una versión refinada del sistema hindú de castas. No es fascismo, aunque los adherentes de este último lo defiendan para salvarse del olvido. El capitalismo no requiere el gran puño contra los trabajadores, y hombres como Powell han aprendido que el fascismo es un arma de doble filo. Los capitalistas alemanes descubrieron que era un bumerang, tanto como lo era la estrategia del "tren sellado" de Ludendorff. En todo caso, la identificación del fascismo como tal con un imperialismo derrotado le hace imposible ser ya por sí mismo un punto de concentración de la voluntad popular, rasgo que constituía su atractivo original para los capitalistas. Las medidas del Estado corporativo fueron adaptadas desde hace mucho al gobierno democrático por economistas de educación liberal, para los cuales la brutalidad del hitlerismo no tiene ningún atractivo cuando no es necesaria. El argumento en favor o en contra de la inmigración puede ser adecuado para el libro de carácter político, pero el fascismo se ha transformado en un molesto moscardón. No tiene ninguna relación con los problemas de clase, y en lo que se refiere a la efectividad se une a los antiviviseccionistas, los prohibicionistas militantes o los espiritualistas, pues todos ellos exageran su propia significación. Tales movimientos carecen de importancia desde el punto de vista social. Pueden ser buenos (movimientos que se oponen a la crueldad contra los animales); malos (cienciología *); o deliciosamente indiferentes (la caja de colectas de Joanna Southcott). Repercuten sobre la vida de las personas (testigos de Jehová). Es desagradable, por ejemplo, que un grupo fascista —dejando de lado el hecho de que probablemente nunca logre obtener el poder— esté machacando continuamente con el color de

* *Scientology*: es una religión seudoprotestante, fundada por un norteamericano. Sus miembros pagan gruesas sumas por el adoctrinamiento. En Australia fue prohibida, pero en Inglaterra subsiste, aunque también ha tropezado con obstáculos legales. [E.]

las personas sin ofrecerles ni siquiera una sugerencia útil sobre la manera de cambiarlo. Pero ningún agrupamiento de esta clase puede producir un cambio fundamental en la comunidad. Ese cambio tiene que tener alguna vinculación con la relación de una clase con otra. Si todos nos uniéramos a la Lord's Day Observance Society, participaríamos en algunos Domingos aburridos de tipo escocés, pero no podría realizarse un cambio en la estructura de la economía mediante el Sabatismo.

Puede muy bien preguntarse si el libertario es capaz de producir un impacto sobre la sociedad o si está destinado a que lo metan en el mismo saco que los defensores del dinero en broma o del agua pura. Éste era por cierto el caso en la década del 20, cuando el problema de la libre descentralización parecía tan poco importante para la pauta cambiante de la sociedad como la preservación de los cursos de agua. Pero no puede decirse lo mismo ahora. El trabajador industrial tiene que elegir entre tomar a su cargo a la sociedad o desaparecer como clase productiva. Los fabianos tenían razón cuando predijeron que "la clase trabajadora desaparecería". Pero no querían decir que todos debiéramos transformarnos en astros de cine, ejecutivos de la propaganda o presidentes de compañías. Estas ocupaciones son las envolturas que rodean al Estado monolítico. Cuando la "clase trabajadora desaparezca" será un desastre fundamental parecido al del despojo del campesinado.

Este proceso está ocurriendo lentamente, pero se halla implícito en las pautas de hoy. Por tal razón, cualquier movimiento de protesta que surja, incluso con un carácter puramente negativo, como reacción hostil contra la aniquilación masiva, llega a identificarse generalmente con la resistencia al Estado de Destrucción, sea en forma pasiva o activa. De él ha surgido un movimiento de revolución espontánea que se está difundiendo por todo el mundo. Si la humanidad sobrevive al Estado, la historia se reirá de la ilusión académica y periodística de que este movimiento es sólo una manifestación de buen humor juvenil.

CAPÍTULO 5

¿EXISTEN LAS CLASES?

¿Existen realmente las clases de las que estamos hablando? ¿Todo esto se basa solamente en una ilusión? ¿Nos han persuadido finalmente los medios de comunicación de masa de que todo esto es "jerga marxista" y de que ahora somos todos trabajadores, porque lady Mary gasta su tiempo en una boutique y el conde mismo tiene que mostrar a los visitantes su regia mansión?

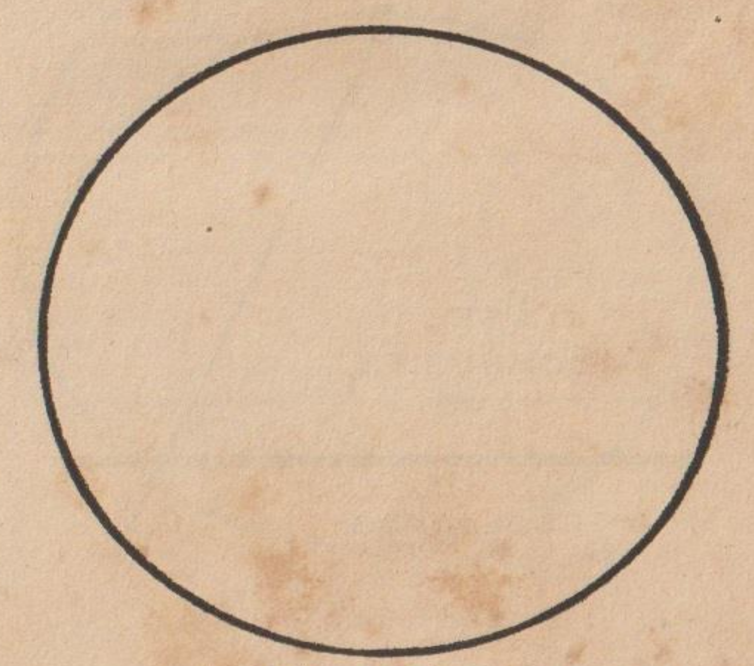


Fig. 1. La sociedad primitiva.

Hay tanta confusión, que no sólo tenemos que explicar qué significa la palabra "clase" sino hacerlo mediante diagramas. La sociedad está representada por un círculo, y la sociedad primitiva (*fig.* 1) es un círculo vacío. No hay órganos estatales ni clases. Podría haber un jefe titular, pero si lo representamos por un punto en la circunferencia no significará absolutamente nada hasta que (*fig.* 2) haya creado alguna forma de maquinaria represiva. Cuando el capataz de esclavos hizo restallar su látigo, apareció la primera clase dominante; los hombres libres de la tribu, frente a los esclavos. Junto con los guerreros son la primera fuerza que puede utilizarse para la opresión interna, así como para la agresión externa o la defensa.

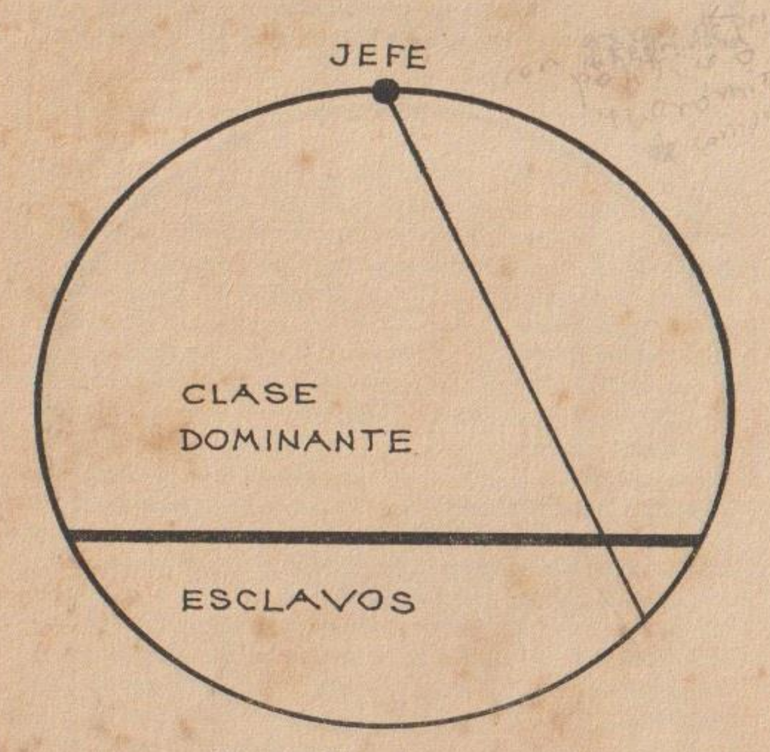


Fig. 2. El Estado primitivo.

En la sociedad medieval (*fig.* 3) podemos ver que ha comenzado a surgir la clase dominante. Constituye los estratos superiores, con la Iglesia como uno de los segmentos transversales. En algunas sociedades, el segmento de las "fuerzas armadas" puede ampliarse hasta incluir el resto del círculo (pues todos los hombres son guerreros). En otras, la Iglesia se extenderá, pues todos son "creyentes". Pero aun así, surge la división del dominio en la forma de judicatura y legislatura, y la imposición de decisiones realizada por los estratos su-

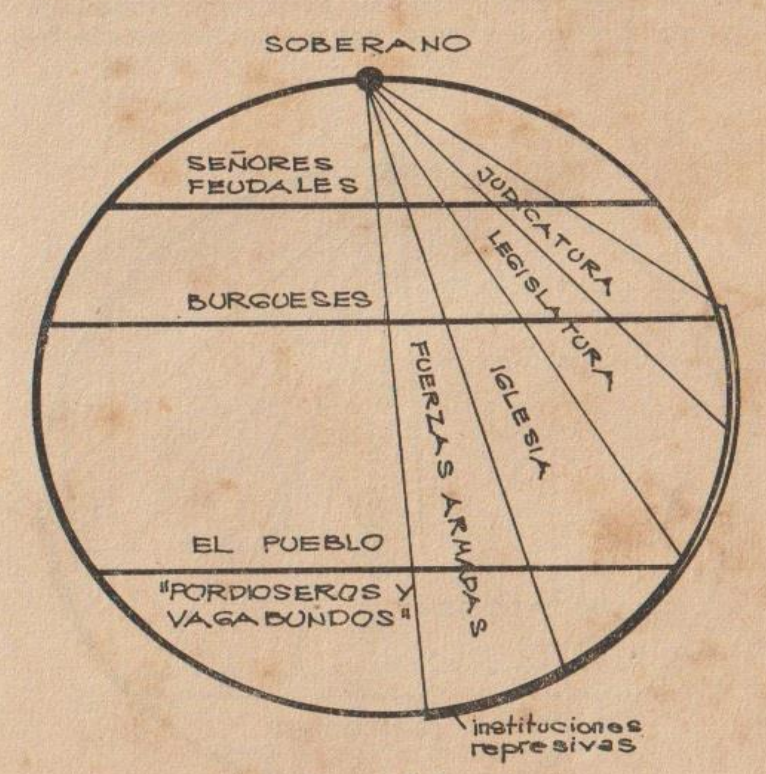


Fig. 3. La sociedad medieval.

periores aísla a los estratos horizontales, hasta que surge la sociedad capitalista moderna (*fig.* 4).

En el segmento superior de la sociedad capitalista está la "dorada amalgama" de los terratenientes, los industriales, los financistas y los banqueros. El sector superior corta transversalmente a las divisiones verticales, y separa a los generales, los principales industriales, los funcionarios públicos más importantes, los jueces, y otros. Pero está netamente dividido en el plano horizontal del resto de la sociedad. No es prácticamente imposible cruzar esa neta línea como lo era en la sociedad feudal, cuando sólo la Iglesia proporcionaba un puente. Las novelas victorianas y eduardianas están lle-

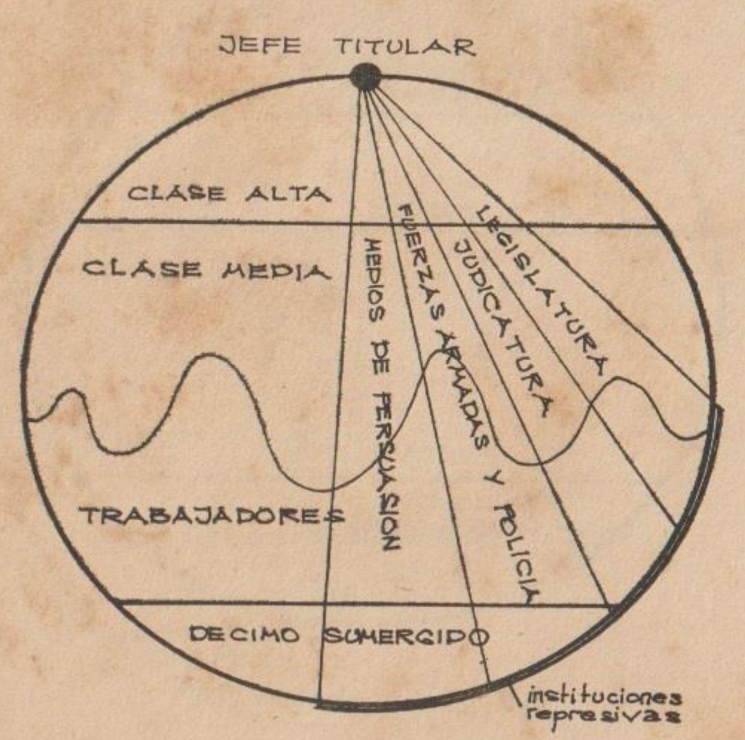


Fig. 4. La sociedad capitalista.

nas de dilemas que padecen quienes cruzan la línea. Ha habido millonarios que llegaron por su propio esfuerzo y políticos ambiciosos. Pero de todos modos existe siempre —en lo que respecta a esta neta línea— una clara distinción respecto de quién está "arriba" y quién está "abajo", aun en un proceso democrático de elección para algunos de los sectores ubicados a la derecha.

La clase media está separada en nuestro diagrama de la clase trabajadora mediante una línea ondeada. No es un trazado firme, sino que sube y baja como un contador geiger (*fig.* 5). La así llamada "clase media baja" puede descender hasta los niveles de la "clase trabajadora". tal como ocurre por ejemplo en quienes desempeñan puestos de empleados y que, como resultado del snobismo o de la propaganda del Establishment, se imagi-

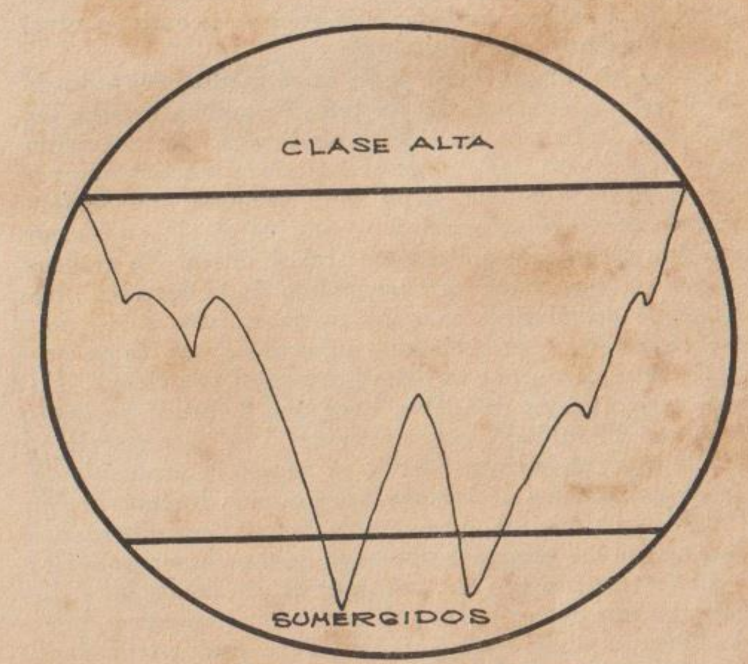


Fig. 5. El "contador-geiger" del capitalismo.

nan a sí mismos como burgueses, o como tales se los trata socialmente, sin que lo sean desde el punto de vista económico. Puede haber pequeños comerciantes, por ejemplo después de una quiebra, o puesteros de feria que, de acuerdo con los economistas, serían "clase media", pero pueden descender hasta el nivel de la clase sumergida.

La existencia de este nivel sumergido equivale a una fuerza represiva, tanto como lo son las fuerzas armadas o de la policía. El temor de caer en el pozo puede ser mayor que la amenaza de prisión. Los criminales descubrieron, por cierto, que éste era el caso. El nivel sumergido puede surgir en época de depresión. Puede presentarse incluso en lo que llamaríamos el nivel más bajo del empleado público, las personas ocupadas por el Estado en tareas vinculadas con el tránsito, obras públicas e incluso soldados conscriptos al antiguo nivel de un penique por día.

En el nivel horizontal de la clase media, del lado de la derecha encontramos a los jefes de policía locales, los gerentes de banco, los líderes sindicales. En el mismo lado del estrato de la clase trabajadora, encontramos a los agentes de policía. Una vieja pregunta que se formula a los revolucionarios libertarios es si consideran que los agentes de policía son trabajadores. Es evidente que sí; pero están en el segmento de la derecha. Sus intereses económicos son los mismos, pero están con todo separados por el sistema gubernamental (línea vertical) aunque no por la línea horizontal (de clase). En este caso, la idea del deber hace que la línea sea insuperable. El soldado, especialmente si es un conscripto, puede ignorar la línea cuando se rompe la secuencia de orden-y-obediencia. Incluso los policías lo han hecho (la huelga policial), pero normalmente cuando proceden así se los echa del puesto y dejan de ser policías.

El fortalecimiento del rol policial, debido a las dificultades que encuentra el gobierno para imponerse, puede llevar a un Estado policial. Pero esto no produce ningún efecto sobre la estructura económico-social de la sociedad sometida al Estado, aparte de mantener la

dominación. El comunismo estatal y el fascismo no difieren de las democracias por su confianza en la policía, pues éstas pueden transformarse también en un Estado policial (los Estados Unidos lo hicieron más de una vez). En el sistema totalitario (*fig.* 6) los empleados públicos incluyen a todo el círculo; tarde o temprano todo el mundo se convierte en servidor del Estado.

Bajo el socialismo de Estado o el comunismo las divisiones de clase (líneas rectas y onduladas) se obliteran o pueden incluso llegar a desaparecer. No ocurre lo mismo en el caso del fascismo. Pero en ambos, la clase dominante tiende a identificarse con la parte de los segmentos verticales denominada "la burocracia",

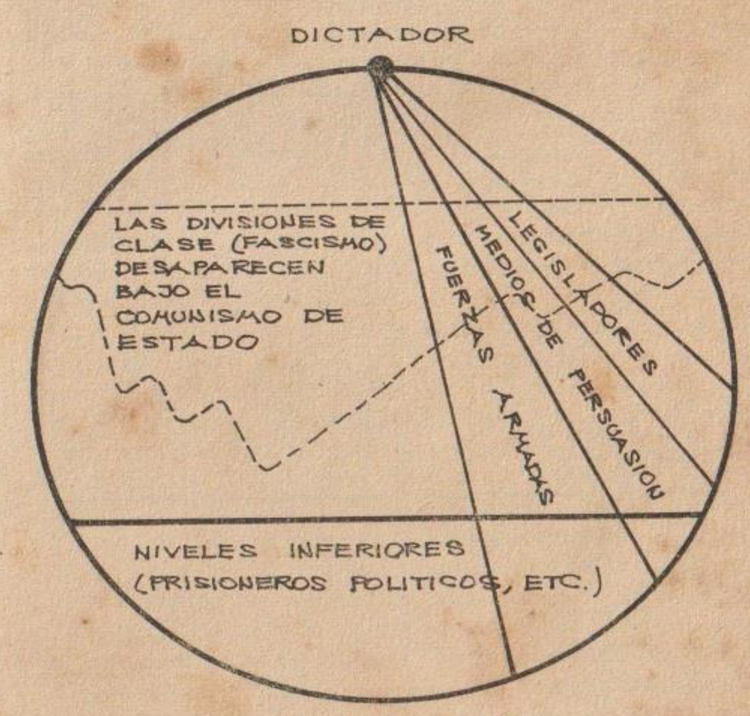


Fig. 6. El Estado totalitario.

que ha asumido el antiguo papel de la Iglesia. El estrato horizontal que ocupa la parte inferior no desaparece. Aunque ya no llegara a requerirlo la necesidad económica, porque se hubieran curado las "depresiones" artificiales, resultaría esencial tener un limbo en el que puedan agruparse los prisioneros de guerra, prisioneros políticos, condenados a trabajos forzados, integrantes de batallones de castigo, y otros.

La tendencia del partido, si el régimen totalitario sigue avanzando y no se lo erradica en sus comienzos, es a estabilizar el círculo con un segmento interno (*fig. 7*). El jefe del Estado ocupa el lugar supremo. Si aún existen clases, el Estado se compone de una mezcla de ellas. La burocracia, aunque constituida nominalmente por miembros del partido, escapa a todo control por

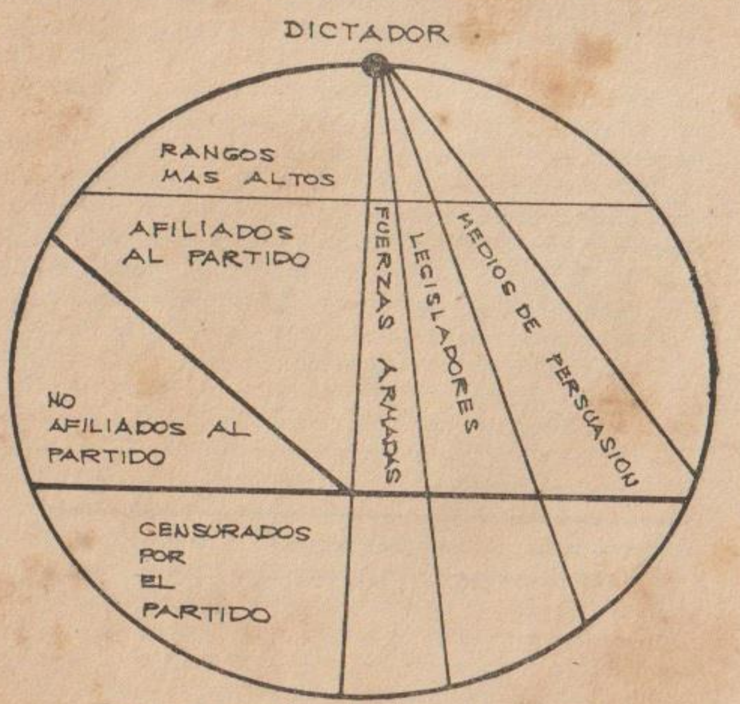


Fig. 7. El partido totalitario en la sociedad.

parte de éste. El nivel sumergido incluye a quienes han perdido su carnet partidario, y en él pueden entrar incluso quienes ocupan los rangos más bajos del partido (los desviacionistas).

Es cierto que las divisiones no son tan claras en la realidad como lo son en nuestros diagramas. La habilidad del Establishment y de la propaganda partidaria consiste en desdibujar el hecho de que *existen* tales divisiones. Porque en ocasiones es posible ignorarlas, y a veces no percibir auténticamente su existencia, se supone que no existen. Un vendedor de diarios que es empleado de sí mismo puede albergar la ilusión de que tiene más en común con W. H. Smith and Sons que con la clase obrera.

El capitalismo del *laissez-faire* confundiría las líneas divisorias. La socialdemocracia las revisaría. En un Estado de bienestar, la línea ondeada variaría y podría tomar incluso un trazado regular. Los tories mantendrían la línea recta. Los reyes y presidentes son puntos imaginarios en el círculo. Los dictadores sólo mantienen su poder cuando pueden conservar su lugar en la circunferencia, en el punto en que se encuentran las líneas divisorias, pues el poder existe cuando coinciden la voluntad del pueblo y los deseos de los gobernantes. La formación de la voluntad del pueblo es el primer elemento esencial de gobierno.

Los segmentos incluidos en estos diagramas no están dibujados, por supuesto, en forma proporcionada. Es parte de la materia del debate político cuáles *deben* ser las proporciones correctas. ¿Debemos reducir los empleados públicos? ¿Contener los gastos gubernamentales? ¿Separar a la Iglesia del Estado? ¿Revisar el presupuesto de defensa? ¿Ampliar el sistema legal? ¿Dónde debe trazarse la línea divisoria entre las clases?

Al rechazar este debate, estamos defendiendo el retorno a un círculo en blanco. La sociedad libre se diferenciaría de la sociedad primitiva por su modo de producción y su nivel de cultura. Su falta de señores o instituciones represivas aseguraría que el hombre "nacido libre" viviera libre.

Capítulo 6

RECOMPENSAS Y FANTASÍAS

La historia excusa el robo y la ley lo sanciona. Aunque el ladrón mismo pueda no morir en olor de santidad, siempre que posea suficiente botín intacto para transmitir a sus descendientes el principio hereditario proveerá para que sus nietos puedan crecer en ambiente virtuoso y llevar una vida agradable. Estos pueden permitirse la virtud; quizá los pobres la practiquen más, pero raramente pueden permitírsela.

Los descendientes de los bandidos que robaron la tierra al pueblo escocés están orgullosos debido a que sus padres lucharon por lo que ellos poseen ahora, y muy indignados ante la idea de que ellos mismos puedan tener que luchar de nuevo por ello. Pero la nobleza terrateniente inglesa en su conjunto está resignada a su presente situación. Se han casado —tanto en forma literal como metafórica— con miembros de la clase capitalista y son también capaces de asegurar su propia transición a la meritocracia. El Foreign Office, por ejemplo, es tradicionalmente "una forma de relieve externo para la aristocracia".

Incluso la Corona fantasea con sus posibilidades de supervivencia como atracción turística innocua. Pero el simbolismo mismo por el cual se justifica hace que esta expectativa sea optimista, por decir lo menos, en lo que se refiere a una Inglaterra revolucionaria. El hecho de que reciba ahora excesiva publicidad puede contribuir a que no tenga ni siquiera una oportunidad de conseguir un buen contrato en Hollywood, después de su larga actuación en Londres.

¿Es ya la monarquía algo muerto? Esto es lo que la prensa querría hacernos creer al condenar la institución con sus tímidos elogios. Implicar a la Corona "en política" es el peor pecado que puede cometer un político, y sus oponentes se precipitan a tratar de demostrar que lo hizo. Pero puesto que la Corona pone el sello de la legalidad sobre las decisiones que toma el Estado inglés, es algo más que el mero culto de la personalidad que parece ser. El republicanismo es por cierto cosa muerta. No puede atraer, de ninguna manera, a los propietarios. Si se expropian las tierras de la Corona, ¿qué excusa habrá para no apoderarse de las pertenecientes a la aristocracia? ¿Y por qué terminaría ahí la cosa?

Este es el dilema en que se encuentra el nacionalismo escocés, como el galés y el irlandés. O se transforma en una vía más de escape de otro grupo de políticos que quiere llegar al Parlamento o determina un curso positivo de acción que es inevitablemente republicano. Pero si lo hiciera así, los miembros de la clase propietaria acomodada, que constituyen sus principales protagonistas con nivel cultural, se encontrarían tarde o temprano incluidos en un movimiento en pro de la expropiación social, * y abrirían así las compuertas de la anarquía. Se dice entonces que los líderes nacionalistas, como ocurrió en Irlanda, "se han vendido", aunque uno debería acreditarles el hecho de ser coherentes en lo que respecta a la defensa de sus propios intereses. Si en este punto tienen que confiar en las tropas de su anterior enemigo, lo harán aunque prefieran naturalmente usar las propias. Cualquier cosa es mejor que la expropiación.

¿Por qué es esencial la expropiación para una revolución social? ¿No podría compensarse a la anterior "clase dominante"? La respuesta ha dividido al socialismo "legítimo" del revolucionario. El primero, al menos hasta el momento en que la posibilidad de conquista de los cargos hizo que toda la cuestión resultara académica, admitió siempre que la nación debía poseer la tierra por la cual la comunidad tenía que pagar su propio rescate, y los medios de producción por los cuales el capitalista podía explotar a quienes sólo tenían para vender su propio trabajo. Los marxistas ortodoxos creían que la concentración de la riqueza bajo el capitalismo monopolista hacía inevitable su expropiación. La tendencia parlamentaria de la democracia-socialista estaba de acuerdo. "¡Pero que se compense a la clase expropiada!" ¿Por qué? ¿Para permitirle retener una posición de privilegio? No hay ninguna compensación para el poder, salvo el poder. Permitir que el poder de ésta se intercambie a un precio retributivo en otra moneda equivale a permitir que esa moneda se cambie nuevamente en poder, aunque sea a costa del pago de una pequeña comisión. Bajo el socialismo de Estado con compensación, como bajo el capitalismo de Estado fascista, o el socialismo de Estado democrático inglés, la clase "expropiada" se transformaría en la nueva "meritocracia". El mérito, como la virtud, es hijo adoptivo del dinero. El arreglo heterogéneo del fabianismo (socialismo de Estado con compensación) ha atraído al sector de la clase profesional ya "meritocrática" que posee suficiente inteligencia como para percibir el carácter inevitable de alguna clase de cambio social. Conquistó incluso al sector "extremista" del Partido Conservador, que se distingue del conservadorismo norteamericano, cuya sensación de congoja ante tal actitud es perceptible.

¿Cuál es el "mérito" de la meritocracia? No es el "mérito" de la valentía, la devoción, la pericia técnica o la laboriosidad, aunque es muy concebible que algunos de sus miembros posean algunas de estas cualidades o incluso todas. Es simplemente la capacidad de administrar, es el arte de mandar, de ser el medio trasmisor de la línea de orden-y-obediencia. El mérito en este sentido se mide solamente por el servicio que se presta al Estado, y por el grado en que el servidor se transforma en dueño. Por esta razón atrae a la clase

* Este es el motivo por el cual se confunden a menudo el Nacionalismo y el Descentralismo.

profesional, que basa en ella su propia teoría de clase revolucionaria.

El fabianismo implica la penetración gradual de estas ideas. Es actualmente la propiedad común de muchos partidos, pero sólo promueve los intereses de un sector, aunque crea sin duda con sinceridad que los samurai en cuestión serán los salvadores de todos nosotros. La mayoría de las reformas de los últimos cuarenta años se remontan a la panacea de la intervención estatal y al papel del Hermano Grande. Tienen todas un aire de familia. El prototipo de esas reformas consistió en "ubicar a los desocupados en servicios públicos", que fue la osada reforma social de la década del 20. Las "reformas" de esta naturaleza preanuncian la proximidad de cambios sociales. El "reformista" hace una glosa liberal de lo que va a suceder de todas maneras.

Si uno examina prolijamente los marchitos programas partidarios y sus deteriorados slogans, puede percibir el toque fabiano no sólo en el partido laborista de MacDonald, así como en el de Landsbury, con su conmovedora fe en la nacionalización de las minas y los ferrocarriles, por ejemplo, sino también en el viejo partido laborista independiente, de Keir Hardie y de Maxton, que veía ante sí grandes perspectivas una vez que se hubiera sacudido la dependencia de los Liberales. Incluso Trotsky creyó que si el partido laborista inglés se libraba de MacDonald, Snowden y Jommy Thomas se orientaría cabalmente hacia la revolución social. Sus ideas parecieron avanzadas a quienes veían al Estado como medida del hombre. En el ala derecha estuvieron Mosley en su primera época y Macmillan en el período intermedio, que machacaron con el tema de las obras públicas, y el ahora olvidado Sir William Beveridge con sus planes destinados a cuidarnos desde la cuna hasta la tumba. Hubo la Gran Hermandad de los Webbs, bautizada así por Orwell pero conocida ahora con el nombre de Estado de Bienestar. El culto del Estado supone que éste puede resolver todos nuestros problemas o podría hacerlo si el liderazgo fuera diferente. Se trata aún del resultado de la próxima elección y de

la siguiente. Pero el concepto fabiano de la clase de los directores y del valor de las reformas graduales forma ahora parte integrante del pensamiento de los funcionarios públicos, cualquiera sea su partido.

Puede producir perplejidad a primera vista el hecho de que la clase media no se muestre más agradecida a Harold Wilson, como estaba llegando a sentirse hacia Clement Attlee. Esto se debe al conservadorismo enraizado de los más viejos y a la necesidad que tienen los jóvenes y ambiciosos, en un mundo donde estar fuera de moda equivale a la muerte, de adquirir la marca distintiva del conservadorismo progresista. Incluso la clase de los profesionales, que hoy constituye el bastión del Partido Laborista como lo fueron en un tiempo los mineros, y en Francia los últimos portadores de la bandera socialista parlamentaria, ha llegado a sentirse ansiosa en lo que respecta al lugar que ocupa en la sociedad. La gente de mentalidad pequeña ve que no es posible reprimir de ninguna manera a los trabajadores o a esa parte de la generación más joven que desprecia los valores burgueses. Se espera una reacción del ala derecha como la única manera de preservar el dominio económico que se considera como recompensa del mérito. En realidad, el mérito es el resultado del dominio económico.

¿Por qué le preocupa a la gente tal dominio? El dinero es poder y el poder es privilegio. Constituye a la vez un símbolo de la servidumbre, pero también de la libertad dentro del sistema. Sin embargo, es sólo una fantasía. Sería un gesto irónico adecuado que una revolución expropiadora diera como "compensación" el mismo dinero en papel que adora el capitalismo. Sería divertido pensar en los Romanovs industriales aguantándose en el exilio sentados sobre fardos de su propia moneda, ahora sin valor al no ser ya un símbolo de poder. El mero hecho de cuestionar el valor de la moneda provoca una risa fácil. Pero si la moneda es la solución de todos nuestros males, ¿no podrían los gobiernos imprimir más y enriquecernos a todos? ¿Por qué no lo hacen y resuelven sus propios problemas?

Una respuesta enteramente mítica, surgida de la ciencia neoteológica de la economía, era la de que el monto de moneda que podía emitirse se relacionaba con el monto de oro que tenía el banco.

Pero como ese oro era normalmente invisible para el mundo exterior podía sustraérselo fácilmente sin que nadie se diera cuenta, y cuando los financistas y el gobierno descubrieron la estafa que podía realizarse (sólo tenían que aumentar sus precauciones de seguridad —nadie sabía si el oro estaba todavía allí—) o descartaron simplemente el patrón oro, hubo que encontrar una nueva respuesta. Sin duda, sigue habiendo personas a las que se ocupa en desenterrar oro en Sudáfrica y transportarlo a los Estados Unidos para enterrarlo de nuevo. Pero los economistas ya no adoran la imagen del oro. Ahora nos cuentan un cuento diferente: dicen que la moneda se relaciona con la productividad, aunque la generalidad de las personas se mantengan apegadas a una leyenda vinculada con aquella, la de que la riqueza natural del país y el trabajo que en él se hace viene todo de los talleres de impresión de Waterloo.

Las fábulas de los economistas han llegado a constituir la gran saga del pueblo inglés. Un gobierno que procediera mediante la mera fuerza armada no tendría que preocuparse por lo que piensa su pueblo. Podría ignorar sus deseos y opiniones. Pero cuando hay que tener en cuenta a la multitud, debe darse un conjunto distinto de respuestas. El comisario puede decir: "¿No tienen pan? Esto, camaradas, se debe a los saboteadores, a los enemigos de la patria. Estamos construyendo el socialismo y todos deben sacrificarse".

¿Qué puede decir el parlamentario? Sólo puede hablar el lenguaje de los economistas populares y referirse a las crisis en la balanza de pagos y a las dificultades por las que pasa el país. Para que sus llamados tengan algún efecto, y raramente lo tienen, deben realizarse en un lenguaje casero. Se compara a los asuntos de carácter nacional con la buena dirección del hogar. Se nos advierte solemnemente de los peligros que entrañaría la bancarrota nacional. Sin embargo, ¿qué ocurre en tal evento? ¿No pagamos a nuestros acreedores? Algunos Estados, usando el lenguaje del patriotismo y del socialismo, presentan esto como un gran logro: "Nos hemos apoderado de los capitales extranjeros que existían en nuestro país". Es cierto que a otras naciones esto no les gusta. Inglaterra, Francia y España se unieron por primera vez desde las Cruzadas cuando Méjico no pagó sus deudas, e invadieron el país. Pero aun así, cuando el presidente Juárez liquidó la deuda e Inglaterra y España se retiraron, Napoleón III prosiguió solo. Las deudas eran únicamente un pretexto. Si un Estado imperialista tiene el poder de invadir y desea hacerlo, habitualmente lo hace. Es improbable que la bancarrota de Inglaterra llevara a un bloqueo por parte de la marina suiza.

La economía constituye una ficción consentida. Después de que el pionero antizarista Alexander Herzen huyó de Rusia, se declaró confiscada su fortuna. El astuto Herzen, sin embargo, la había colocado en bonos del gobierno, que descontó en la casa Rothschild de Londres. Los banqueros informaron al Kremlin que si no se reconocían los bonos el hecho llegaría a conocimiento de todas las bolsas de valores de Europa y su majestad imperial aparecería en todas partes como un fallido. Se consideró que esto demostraba el enorme poder financiero de los Rothschild, que podían desafiar al autócrata más despótico del mundo. * Tanto el poderío de los Rothschild como el del zar eran mitos del siglo XIX. Dentro del lapso de la vida de un hombre, llegó un momento en que todas las órdenes del zar fueron insuficientes para conseguirle un vaso de agua. Y cuando un Rothschild de Viena sufrió la confiscación

* El socialrevolucionario Stepniak al relatar este incidente en "King Log and King Stork", y creyendo evidentemente en el "poder" de Rothschild y de otros financistas judíos, no logró comprender por qué éstos permitieron que el zar continuara los pogroms. Pero exponer el hecho de que no se hiciera honor a compromisos financieros, en los cuales creían todas las religiones, era una cosa, y exponer el caso de que se deshonrara a la humanidad era otra totalmente distinta. En tal cuestión cada uno hablaba una lengua diferente.

de su riqueza a manos de otro déspota aun peor, la casa inglesa no se transformó en el hazmerreír de Europa intentando maltratar y apabullar a Hitler de la misma manera.

El zar había capitulado ante Rothschild por temor de que un acto de legítima soberanía apareciera como un acto de bancarrota. Como compartía una ilusión común, se lo pudo forzar a obedecer. No le fue posible enviar sus soldados a la casa de banca para impedir que lo insultaran —si los banqueros hubieran estado viviendo en Rusia, las finanzas habrían tenido que rendirse a la fuerza bruta—. Aunque los nazis aún aterrorizaban al pueblo con el fantasma de las finanzas internacionales, basta con que uno deje de creer en ellas para que el espantajo pierda su poder.

Sin embargo, los marxistas estaban aún convencidos de que el poder político y la potencia armada que manejaban los nazis eran "sólo un reflejo" del poder real, económico, aunque hubiera capitalistas e industriales recalcitrantes que estuvieran compartiendo el mismo campo de concentración de ellos. Una vez establecido el hecho de la fuerza bruta, le bastaba al tirano agitar su puño para que el dinero afluyera a su bolsa. Sus órdenes se consideraban entonces como señal de fortaleza. Cuando un historiador dice que una determinada guerra "se pagó mediante elevados impuestos", no quiere significar realmente que la pagó el gobierno imprimiendo moneda, distribuyéndola y recibiéndola luego de vuelta. Este es el sortilegio, pero no la verdadera magia. Lo que realmente quiere decir es que, mediante la fuerza o la persuasión, el pueblo tuvo que trabajar más duramente y ganar menos y padecer mayores dificultades. A veces esto se logra mediante la esclavitud y subyugando a la gente, pero tal cosa tiene en la actualidad un sabor ilegal, aunque la legitimice el Estado. (En caso de derrota, como se demostró en los juicios de Nuremberg, puede resultar en fin de cuentas "ilegal".) No es por cierto la manera de proceder en una democracia. Hay que encontrar algún otro método.

Sin embargo un político democrático, excepto en época de guerra, tiene pocos ideales comunes que invocar para pedir el sacrificio. La forma inglesa contemporánea de compulsión democrática ha consistido en recurrir al tipo de crisis económica de detención-y-arranque, común a ambos partidos. Se ha vuelto necesario dramatizar el libro mayor de contabilidad. Los asientos cruzados en la banca internacional figuran en la actualidad en primera plana entre las noticias y constituyen una cuestión de encarnizado debate. El tema de la política es siempre el mismo —que uno debe trabajar más y ganar menos—. Pero varían las razones que se alegan. En una época, bajo el inspirado liderazgo de Churchill, no se nos ofreció "nada salvo sangre, fatiga, lágrimas y sudor", pero eso era para ganar la guerra. Aparentemente la ganamos, pero ambos partidos nos pedían aún sacrificios. Esta vez se trataba de ganar la paz. El resultado fue que parece habérsela ganado, al menos por un período mayor que el anterior. Pero aún se nos requería que arrastráramos nuestra carga y diéramos sólo ese pequeño esfuerzo extra... esta vez para poder librarnos de nuestras dificultades económicas. Hemos llegado ya al punto en que esto mismo se transformó en un chiste. Se nos dice ahora que todo esto es sólo el modo en que funciona el mundo y que sería de un infantilismo inaceptable cuestionarlo, pues todo el mundo sabe por su propia experiencia que si no tiene bastante dinero hay cosas que no puede obtener, y otro tanto ocurre con la nación...

Así, la saga de la prosperidad nacional sigue adelante, cualquiera sea el gobierno de turno. Constituye un repositorio conveniente de leyendas, narradas en el lenguaje innato del capitalismo y muy fáciles de expresar con diferentes acentos de conciencia partidaria. La materia de sus leyendas proviene de la confusión entre las divisas de intercambio de un país y las de otro, pues la ciencia no ha logrado producir un sistema económico coherente bajo el cual pueda funcionar de una manera más efectiva el capitalismo.

Los economistas sólo han podido sugerir la expansión de la zona viable, en una Customs Union (Unión Aduanera), en la Commonwealth Free Trade (Asociación de Libre Comercio de la Commonwealth), en el Common Market (Mercado Común). Aun así, las barreras artificiales hacen más difícil la importación y la exportación. Esto no es lo que provoca depresiones y proliferación de villas miseria cuando existen bienes de consumo y trabajadores, y lo que sucede es que los medios de intercambio han sido tan manoseados que el sistema no funciona. En tal situación, el sistema monetario ha cesado por completo de tener alguna utilidad.

El oro resultó ser, en la Edad Media, un instrumento de intercambio de indudable utilidad. En una sociedad en la que no exista el dinero puede ser todavía esencial —para la profesión odontológica, por ejemplo—. La moneda fue en su época un medio cómodo para facilitar el comercio, en lugar del trueque. Incluso el papel moneda tuvo una influencia civilizadora al rodear y neutralizar a la fuerza bruta del feudalismo con los instrumentos mercantiles del pagaré, la letra de cambio o las cartas de crédito. El capitalismo en su estado embrionario dentro del feudalismo tuvo que legalizar la usura y reconciliarla con la religión, porque mediante la usura el mercader podía financiar las guerras y la prodigalidad de la nobleza y del gobierno. Aunque se odiaba al usurero por sus extorsiones y se admiraba al barón por su valor, el primero no era mucho más que el recaudador de impuestos del último. No podía enriquecerse en *moneda*, susceptible de apoderamiento o embargo, sino en *papel*. A los supersticiosos esto les parecía una especie de magia, y aún lo parece. Sin el recurso del crédito, el comercio no hubiera podido continuar. La ley no constituía ninguna protección; era solamente un medio para defender las leyes básicas de la propiedad en beneficio de los poderosos y permitir la recaudación de tributos impuestos al comercio.

Las reformas realizadas en ese período, anticipatorias del cambio social, consistieron en corregir las leyes en beneficio de los comerciantes. El capitalista pudo al

comienzo podar, y finalmente erradicar, el yugo ponzoñoso de la aristocracia parasitaria. Dictó leyes en favor del comercio. A continuación de las letras de cambio y cartas de crédito llegó el moderno sistema de banca. La moneda decayó tanto al final que sólo llegó a constituir una alternativa del papel dentro del bolsillo, un pequeño medio de cambio que no tenía ningún valor intrínseco en sí mismo. Pero el papel ha llegado a ser algo más que un medio conveniente de intercambio. Es el Mammón por el cual vivimos y morimos, amamos y odiamos bajo el sistema capitalista. El papel, y no el oro, es el símbolo del poder y del privilegio. Nadie evalúa sus depósitos en el banco en onzas o libras de oro, pues el papel y no el oro es el símbolo del poder y el privilegio en la actualidad. (Aún en el Estado no competitivo, donde el papel puede no ser un factor supremo en términos de moneda, reina soberano en forma de ficha de afiliación.)

Y el papel ha cesado desde hace largo tiempo de ser un medio legítimo de trueque. El hecho mismo de que en una sociedad competitiva se pueda especular sobre las fluctuaciones de la moneda, prueba que se la considera como un ítem valioso por derecho propio. Las cargas de interés muestran que hay un costo en dinero sobre el dinero. El abastecimiento de oro estuvo condicionado por lo menos por ciertos factores naturales. La Casa de Moneda Real puede emitir moneda desvalorizada, mientras que cualquiera que poseyera una máquina para impresión en offset podría fabricar billetes, si esto no estuviera sujeto a ciertos azares legales.

De hecho, uno podría en forma perfectamente legal y libre imprimir sus propios medios de pago y la gente lo haría si pudiera encontrar a alguien que los aceptara. Nuestros cheques y letras de cambio podrían ser aceptados por otros en consideración a nuestra confiabilidad real o imaginaria. De ese modo, nuestra emisión se transformaría en moneda. Esto es lo que ocurre con los billetes escoceses, que en esa región se aceptan con facilidad atribuyéndoles el carácter de medios legales de

pago, mientras que los comerciantes ingleses los rechazan, con gran indignación de los escoceses.

El valor del medio legal de pago reside en la autoridad del Estado que lo emite. Las demás formas de emisión se basan en la confianza. El dinero está sometido a las fluctuaciones de autoridad y puede perder rápidamente su valor, excepto para los coleccionistas de objetos transitorios. Los bancos, sin embargo, crean riqueza sobre la base de la confianza. Trafican en objetos invisibles. Se evalúa el potencial de un capitalista en período de florecimiento, y se concede un descubierto mediante el proceso de mojar una pluma en tinta roja y no en tinta negra. Sigue una serie de transacciones en el papel, que pueden no ser más que asientos cruzados en los libros de contabilidad del banco o a lo sumo en los libros de la Cámara Compensadora de una cantidad de bancos. El dinero en efectivo como tal es innecesario, excepto en forma de cambio chico para pagar al almacenero, y aún ese dinero encuentra la manera de volver a los bancos. A menos que el gobierno, por razones de carácter político, imponga sanciones legales artificiales, el banco puede seguir adelante y crear vastas industrias sobre la base de papel y tinta.

¿Cómo funciona esta secuencia económica de orden-y-obediencia? ¿Por qué ocurre que a una señal de la cabeza y a un signo de la lapicera uno puede obtener materias primas extraídas de la tierra, hacer construir grandes fábricas, poner en movimiento camiones y buques, lograr que los ejecutivos se trajinen en avión a través del mundo, que mujeres agobiadas sonrían otra vez y paguen las facturas de sus compras, que mujeres elegantemente vestidas ordenen un segundo Jag, que los comerciantes se froten las manos con deleite y los representantes obtengan grandes comisiones?

Y, por el otro lado, ¿cómo pueden unos pocos asientos de contabilidad cruzada en tinta roja hundir ciudades y campos en la miseria y hacer que las chimeneas de las fábricas dejen de humear mientras los poderosos del mundo siguen impasibles? Si los banqueros son gnomos, ¿en qué consiste su magia?

El campesinado católico de la Europa feudal creía implícitamente en la capacidad de hechicería de los judíos, algunos de los cuales eran usureros protocapitalistas, y las transacciones en el papel parecían obra de magos. Hoy los supersticiosos nos piden que creamos que una pequeña república, que ha evitado participar en una guerra porque está indefensa, se ha transformado en nuestro dictador económico —el manso que en verdad hereda la tierra— y que como resultado nuestras vidas estarán condicionadas a los caprichos de sus menos dignos ciudadanos, un puñado de financistas codiciosos.

¿Cuál es el elixir mágico ubicado en las fabulosas bóvedas que se cobijan bajo los Alpes suizos, en cuya existencia se pide a la nación inglesa que crea? Si usted cree en hadas bata sus manos, pues en caso contrario el hada morirá . . . : mientras el mundo crea en los banqueros suizos, éstos cobrarán prosperidad y poder y se volverán hipertensos y ulcerosos por llevar al mundo sobre sus hombros. Deje usted de creer en ellos, y todo el oro fabuloso de las criptas se volverá ceniza cuando usted trate de hacerlo efectivo.

Era la lógica del feudalismo que todos dieran lo que tenían. El pobre daba su trabajo. El comerciante daba su riqueza (su capacidad de desarrollar mercados). El sacerdote (precursor de la clase profesional) daba su bendición. El caballero daba su valor. Era una teoría conveniente para todos, salvo aquellos a los que no se consultó en su formulación. Aún matiza el pensamiento tory. Cualquiera sea la reforma que se proponga, el lamento clásico es: "¿De dónde saldrá el dinero?" Lo que se sugiere es que sólo puede provenir de los impuestos, cosa que resulta tan obtusa como decir "impriman más". Sugiere que el rico mantiene al pobre, puesto que la riqueza viene de los impuestos y, presumiblemente, cuanto más paga uno tanto más contribuye "para los menos afortunados".

Los prejuicios conservadores han influido en Inglaterra en el pensamiento económico incluso de quienes propusieron reformas, muchos de los cuales, aun los más

avanzados, sienten que el grado de imposición está vinculado con el nivel de reforma, y quienes se oponen al sistema monetario y, por lo tanto, no defienden la imposición como remedio, deben, por el mismo motivo, oponerse a la reforma. Un absurdo alternativo, que fue frecuente en el movimiento pacifista de la década del 30 y no ha muerto todavía, es el de que si ahorráramos el costo de un bombardero, o de cualquier otra cosa parecida, podríamos costear las vacaciones anuales en un lugar de veraneo para quinientos niños de los conventillos. Y sin embargo uno se pregunta de inmediato qué tiene que ver la construcción de un bombardero con enviar niños de vacaciones. Es cierto que el bombardero resulta absolutamente innecesario, pero lo único que se requiere para las vacaciones es disponer de algunos ómnibus, un trozo de playa libre, comida, bebida y un lugar donde estar. ¿Qué tienen que ver con esto los desperdiciados esfuerzos de los ingenieros?

El pensamiento radical puede contener un elemento de resentimiento contra la injusticia, que es muy comprensible. Sin duda, si no se expropia a los adinerados, ¡la mínima justicia requiere que se les fijen impuestos! Mediante este argumento el socialismo parlamentario ha logrado acceso a la clase trabajadora, pero al hacerlo así pospuso la expropiación para un futuro irreal. Una vez realizado esto, todo lo que puede hacer es castigar ocasionalmente a los ricos con suaves bofetadas. El conservador del ala derecha, no progresista, tiene razón al decir que buena parte de la imposición es sólo un castigo. En su arrogancia no ve que estas suaves bofetadas lo salvan de una paliza peor. Aun en la economía actual no hay mucha diferencia para la sociedad en que se fijen o no impuestos a los ricos. Si cada clase formulara sus requerimientos con bastante firmeza y defendiera coherentemente su estándar de vida, lograría el mismo nivel que ahora obtiene del Estado en forma de concesión. Una vez que se la empuja hacia abajo, le resulta de poco interés práctico la opulencia de quienes están por encima.

¡Pero si no se fijaran impuestos a los ricos —grita perplejo el reformador— éstos comprarían otro yate mientras que no se dispondría de fondos para dentaduras postizas en el Servicio Nacional de Salud! ¿Acaso suponen que un constructor de yates puede hacer dentaduras postizas o que un mecánico dental utiliza madera estacionada? El liberalismo, como el socialismo parlamentario, ignora el timo que constituye el sistema monetario, y comparte el pensamiento conservador respecto del valor real de la moneda. Se supone que si uno considera ilusoria la imposición, de ello se sigue que uno se opone a las reformas como tales. Sin embargo, el aumento de la miseria humana es algo que ocurre cuando la gente está indefensa, y esta falta de poder se debe a que se lo delegó en otros y se confió en el sistema monetario.

Todos los así llamados reformistas, cuando no se refieren a las restricciones impuestas a la vida social, se hallan vinculados ideológicamente con la redistribución de la moneda. Si no se reconoce la palpable falsedad de nuestro sistema monetario, y se piensa que una sociedad sin moneda es una ilusión, será imposible evitar que la gente crea en la mojiganga del pensamiento político.

La revolución, para un "reformista", sólo puede ser visualizada en función de la explosión ritual de las repúblicas sudamericanas de ficción. Sin embargo, cada tanto un pensamiento revolucionario puede sacudir el espíritu hasta de un mandarín. Ese pensamiento le da una visión instantánea fascinante de lo que ocurre detrás de la cortina que rodea los sagrados misterios económicos. Por ejemplo, se vio que el subterráneo de París gastaba más en recolectar los boletos que lo que recibía como entrada real. Por razones políticas no se podía elevar el precio del boleto. ¿Por qué no abolir los boletos y economizar realmente dinero haciéndolo? Protestaron los conductores de taxímetros. Un concejal indignado exclamó: "*Mais c'est l'anarchie!*"

La irrelevancia del sistema monetario se ve cuando las necesidades y los lujos están bien definidos y se

dispone en gran medida de los bienes necesarios para satisfacerlos, pero algunos no ganan lo suficiente para sus necesidades, otros ganan sumas excesivas, y unos pocos gozan de abundancia de lujo. ¿Cómo se define este método de distribución? ¿Cómo se recompensan nuestras capacidades? El patrón, el sistema de recompensa, se define de distintas maneras: salarios, sueldos, renta, beneficios, interés, estipendios, pensiones, asignaciones. Como quiera que se le llame, define nuestro lugar en la sociedad. No intercambiaremos lo que tenemos para ofrecer por ningún medio legítimo. Las recompensas están en proporción, o fuera de proporción, con la riqueza general. Uno puede acrecentar o disminuir por medios artificiales esta proporción, pero cualquier sistema normal de imposición hará que la proporción siga siendo, no obstante, exactamente la misma, de acuerdo con el grado de poder que se tenga.

Las recompensas se basan en el poder. El poder que determina nuestras recompensas puede ser sancionado por la historia, definido por la ley o constituir un motivo de lucha para conquistarlo. Es natural que quienes reciben las máximas recompensas se complazcan en pensar que sus afortunadas circunstancias se deben a su capacidad, virtud, buena formación o derecho heredado. Sin embargo, cualquiera de ellos o todos pueden quedar sin recompensa si no hay ningún poder que los respalde. Los blasones pueden no contar mucho en un país nuevo y vigoroso, por más que éste estime al capitalismo; y es notoria la insuficiente recompensa que se recibe por la bondad del corazón.

El poder puede basarse en la escasez, la fuerza o la legislación, pero es él quien determina las recompensas. En una sociedad dominada por el Estado y no competitiva hay menos rapiña porque el sistema se maneja de otra manera. Pero para preservar su autoridad y mantener en funcionamiento la línea vital de orden-y-obediencia, el Estado debe reintroducir otras formas de recompensa e incentivo. Existen en "el nivel sumergido" positivas formas para desincentivar a quienes resisten tenazmente al sistema.

La libre cooperación, sin el Estado, es la ayuda mutua. Se la considera impracticable. Así era el capitalismo mercantil en sus primeros días (si no se lo tiene por mágico, que es quizá la misma cosa).

En efecto, ¿en qué se basa el capitalismo financiero sino en la confianza? Se las ha arreglado en gran medida, pero no por completo, para respaldar esa confianza mediante fuertes penalidades y la formulación del derecho comercial. Pero la confianza puede quebrantarse. Su desaparición desinfló la South Sea Bubble, y provocó la quiebra de Wall Street. Cuando la confianza incluso en el Estado mismo se quebrantó en la Alemania de la década del 20, dominada por la inflación, el pueblo volvió al trueque. En la Alemania ocupada de fines de la década del 40, inventó una moneda propia en forma de cigarrillos importados y productos envasados, sistema práctico de intercambio que, como último recurso, podía incluso consumirse. Esto, aunque estigmatizado como mercado negro y rotulado de antisocial, se consideró una forma de empresa. Cuando después de la Primera Guerra Mundial el pueblo alemán volvió a la ayuda mutua en la ocupación de las fábricas, se dirigió contra él toda la fuerza asesina del Estado. El intercambio elemental era menos dañino para la fuerza dominante, aunque demostrara que incluso el colapso del gobierno con la consiguiente debilidad y el desorden no impide que la vida siga de alguna manera.

Bajo el dominio del monopolio, se trate del capitalismo de Estado o del comunismo de Estado, el sistema deja de depender de la confianza y se transforma en un sistema de dependencia. Las recompensas las determina el Hermano Grande y el poder está en relación con la administración, más bien que con la presión económica. La actual caza de brujas del Establishment contra las huelgas no oficiales refleja el hecho de que el Estado no puede tolerar que los trabajadores determinen sus propias recompensas mediante la presión, más allá de un cierto punto. No hay naturalmente ninguna objeción contra la legalización de los sindicatos siempre que sus

dirigentes desempeñen el papel de vigilantes funcionarios oficiales. Hay un lugar para el sindicalismo oficialista en la sociedad dependiente, e incluso España, dominada por los militares, siente la necesidad de crear su propia versión de un frente de trabajo.

Bajo un orden monopolista de la economía hay un nuevo orden de mérito. Hay menos lugar, y en la versión del comunismo de Estado ningún lugar, para el millonario de propia factura que puede manipular las escaseces y explotar las anomalías. Los turistas burgueses que visitan a Rusia encuentran que transacciones comerciales normales son consideradas como crímenes. Sin embargo, incluso dentro del capitalismo hay menos oportunidades para el hombre producto de sí mismo a medida que avanza el capitalismo de Estado. Los métodos de la empresa comercial que se utilizaban hace sólo muy poco tiempo comienzan a parecer criminales. Los negocios ya no se realizan bajo la despiadada norma de pillaje del capitalismo del *laissez-faire*. Los hombres poderosos son presidentes de corporaciones, más bien que patrones independientes que confían en el motivo del beneficio. El primer lord Melchett construyó un imperio capitalista vasto y competitivo. El actual lord Melchett se ocupa en acrecentar sus enormes honorarios como presidente de una junta estatal. Lord Beeching va de una junta a otra. Sus honorarios cuando dirige los Ferrocarriles Británicos no tienen ninguna vinculación con el hecho de que la empresa pueda arrojar ganancia o pérdida.

La manera de surgir bajo el control estatal es limitada, aunque aún existe, incluso en Rusia, donde el artista oficialmente aprobado o el poeta adulón ocupan el lugar que en otros países pertenece a los cantores y animadores populares. Por lo demás, el sistema de castas no se rompe mediante la repentina adquisición de grandes fortunas. Quienes ya tienen amplias ganancias en la economía se vuelven aun más ricos, pero los medios de avance personal consisten ahora en exámenes, no en las viejas virtudes capitalistas de la empresa individual.

El Estado planificado es un proceso por el cual nuestras recompensas estarán determinadas y las virtudes serán la obediencia y la conformidad. El dinero, que deriva de las actividades de la empresa industrial, puede perder sus cualidades mágicas. El sistema salarial puede transformarse en una versión refinada del alimento-y-manutención del esclavo, pues si bien la abolición del sistema monetario y salarial constituye un paso esencial hacia la libertad, no implica por sí mismo esa libertad si la necesidad la determinan otros.

Una sociedad libre podría racionar los bienes que escasean y no se consiguen bajo la fórmula "a cada uno según sus necesidades". Tal sociedad no puede tener nada que ver con superiores decisiones acerca del mérito o con las misteriosas fluctuaciones de la moneda, pues entonces cesaría de ser libre.

Capítulo 7

LAS ORIENTACIONES PARTIDARIAS Y LA POLÍTICA

Los partidos políticos son asociaciones que tienden a alcanzar el poder. A veces representan a las clases, especialmente cuando una clase dominante se ve empujada a defenderse en la última trinchera y tiene que cerrar filas. Pero también entran en juego otros factores, tales como las querellas y ambiciones personales, el impulso de una nueva *élite* de poder, la continuidad histórica, las diferencias ideológicas o una combinación de algunos de estos factores o de todos ellos.

Las consideraciones materialistas dominan a menudo, aunque no siempre, a las ideológicas y tienden a configurarlas. La burguesía francesa anticlerical y librepensadora, por ejemplo, halló su camino de retorno al catolicismo político no debido a una "luz en el camino de Damasco" ni siquiera por decisión consciente, sino solamente a raíz de la alarma general que suscitó el modo en que la clase trabajadora adoptó sus propias creencias iconoclastas. De la misma manera los esclavos de Haití abrazaron las ideas republicanas de sus dueños franceses, que reaccionaron a continuación, en buena medida, como lo hubiera hecho la vieja nobleza. También en Inglaterra ha habido bastante alarma en años recientes por la manera en que se apoderó de la nueva generación la desilusión acerca del gobierno.

Los tories y los whigs se diferenciaban originariamente por los puntos de vista más progresistas que tenía este último sector de la aristocracia británica, el cual llegó naturalmente a abrigar la esperanza de que se reuniera en torno de él el radicalismo popular, incluso

en el período en que el apego de los whigs a la libertad había sido relegado en gran medida al pasado (fueron ellos quienes deportaron a Australia a los precursores de los sindicatos). Se volvió imposible distinguir a los whigs de los tories, y el partido se dividió. En esa coyuntura constituyó la particular contribución de Disraeli a la política el haber visto que era ilógico que en el nuevo Partido Liberal cubierto con el manto whig, la clase trabajadora urbana no siguiera a sus viejos "protectores" aristocráticos, sino a los mismos industrialistas liberales que los estaban explotando directamente. Según él, los nuevos "protectores" naturales de los trabajadores industriales explotados eran los terratenientes reaccionarios, que podían muy bien oprimir a los trabajadores rurales pero tenían un enemigo en común con el proletariado fabril: la clase manufacturera. Dada tal alianza, le parecía a Disraeli que no había ninguna razón por la cual los tories no pudieran abandonar sus puntos de vista reaccionarios y transformarse en reformadores a expensas de los industrialistas liberales. El sufragio universal podría entonces favorecer a los conservadores —y "burlaría a los whigs"—. Carlyle describió esta política como "bajar por las cataratas del Niágara". La gente sensata reaccionó a la propuesta como hizo Bismarck cuando Lassalle trató de persuadirlo de esta "alianza natural". Forma parte de la naturaleza del conservadorismo desconfiar de los saltos en la oscuridad, y "un salto en la oscuridad" es exactamente la manera en que los tories describían el programa de su líder. Sin embargo, fue un salto exitoso en lo que a ellos respecta. Disraeli lo vinculó con el apoyo popular al imperialismo. Y las victorias rápidas y el patriotismo sin esfuerzos, asociados con una consideración por los votos de la clase trabajadora, significaron que el Partido Conservador obtuvo, y conservó hasta hoy, una parte de esos votos. El Partido Liberal quedó totalmente privado de la única razón que tenía de existir, pues a medida que prosperaron los capitalistas bajo la construcción del imperio llegaron a formar parte integrante de la clase dominante. Joseph Chamberlain hizo

entrar a los industrialistas liberales en el campo conservador, pero esto fue parte de una intervinculación general de las clases más altas. Después de esto, la clase trabajadora podía considerar como "protector" tanto al Partido Conservador como al Sindicalista, o formar su propio partido. Eso es lo que llegó a ocurrir. El Partido Liberal dejó de tener importancia, excepto como asociación destinada a satisfacer ambiciones personales, expresar lealtades históricas e ideológicas confusas. Sin embargo, el Partido Laborista asumió el viejo papel del liberalismo y la clase trabajadora encontró un nuevo tipo de "protector" en el funcionario público.

Hay siempre razones, sólo falsas para el revolucionario, que llevan a apoyar a un partido contra el otro. La victoria para Fulano significa la derrota para Mengano. En Austria, los socialdemócratas y los liberales apoyaron al fascismo de Dollfuss contra el nazismo de Hitler. Muchos que juraron que nunca volverían a votar por los laboristas porque éstos habían estado de acuerdo con la Bomba H, que podía haber puesto fin a la civilización, los apoyaron después que los tories introdujeron una Ley de Alquileres que exacerbó el problema de la vivienda. Las razones de la votación se magnifican fuera de toda proporción y se convierten en problemas políticos. Sin embargo, sigue siendo cierto que los partidos son un reflejo de los intereses de poder, aunque no siempre pueda ser inmediatamente posible identificar a un partido con un interés de clase.

A algunas personas les resulta comprensiblemente difícil captar la complejidad de tantos partidos, una vez que se desayunaron de que hay más de dos o tres partidos principales. La comprensión no se facilita con la manoseada imagen de los partidos o ideas que se ubican a partir de la derecha o de la izquierda como una fila de palos que esperan el bolo que choque contra ellos. El ordenamiento de las bancas en la cámara francesa de diputados, en el cual se basan los términos "derecha" e "izquierda", constituyó, sin duda, una manera conveniente de distribuir a la muchedumbre en torno de ese augusto cuerpo, pero deja mucho que desear en lo que

respecta a explicar cuáles son las diferencias políticas de que se trata, cuando ya ha pasado tanto tiempo desde la Revolución Francesa.

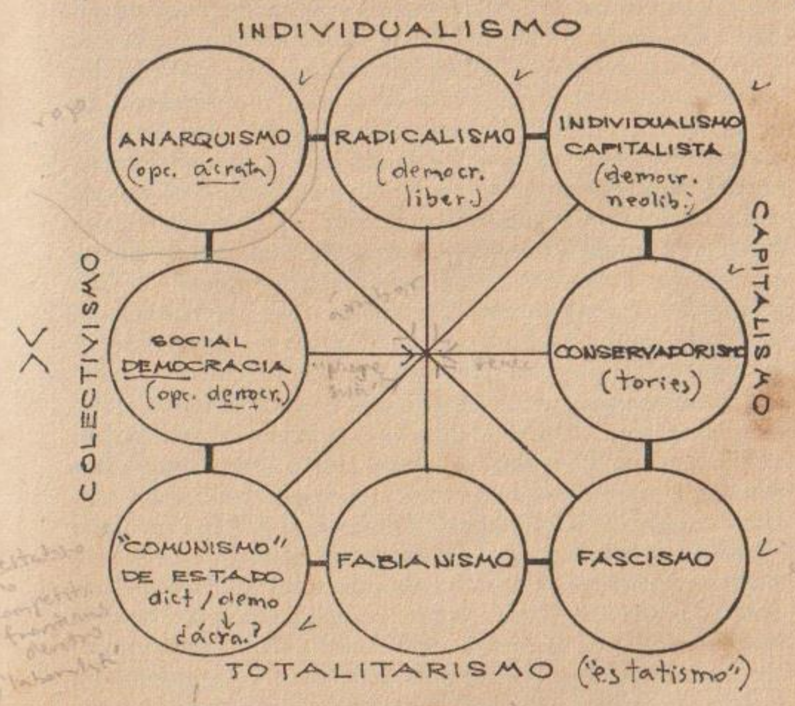
Así como el público inglés está persuadido por el mundo de la propaganda de que todos pertenecen a la clase media y deben vivir en ese nivel, también los diputados franceses, después que la Segunda Guerra Mundial desacreditó al ala derecha debido a su colaboración con el nazismo, deseaban todos sentarse a la izquierda, dejando vacías las bancas de la derecha. Sólo la restituida confianza en la derecha, cuando la burguesía se sintió segura respecto de la revolución social (gracias al Partido Comunista), salvó a la Cuarta República del gasto que hubiera implicado construir una cámara configurada de manera diferente.

En muchos países las palabras "derecha" e "izquierda" se han utilizado de una manera carente de sentido, para indicar tan sólo una actitud respecto de Moscú. Para los comunistas moscovitas mismos, estar más a la "izquierda" que ellos equivalía a sufrir, según la expresión de Lenin, de "una enfermedad infantil". Sin embargo, los anarquistas, por ejemplo, cualquiera sea la idea que tenga el lector de periódicos, no son "más extremos" que los comunistas; están en un extremo totalmente distinto. La mitad de las derrotas que sufrieron los anarquistas como entidad organizada han sido resultado de que se persuadieran de que son parte de una progresión natural del "ala izquierda". El Partido Comunista no está más cercano al Partido Laborista que al de los Liberales, ni estos últimos están necesariamente más lejos del fascismo que los tories (Lloyd George, por ejemplo).

Recurriremos otra vez a un diagrama. Suponemos que existen dos consideraciones sociales: la individualista y la totalitaria; en la manera en que *vivimos*, el factor básico determinante es el individuo o el Estado. Y hay dos consideraciones económicas: la competitiva y la colectiva. La manera en que *trabajamos* es capitalista o socialista. Las ideologías pertinentes para nuestra época, y no ya las aventuras teóricas de las cuales

se muestra prolífica la mente inventiva del teórico de la política pero que no logran relacionarse con planteos reales, pueden entenderse normalmente en la relación que tiene su perspectiva social con su perspectiva económica. En este sentido, el diagrama es una guía tosca pero eficaz para aproximarse a la teoría política, y podemos decir por lo menos en su favor que tiene mucho más sentido que el trazado de una línea que va de derecha a izquierda, aceptado hasta ahora como ilustración adecuada.

(en verdad se trataría de fenóm. cualitativamente distintos)



Los anarquistas están en un extremo del individualismo y también están en un extremo del movimiento laboral o de la ideología no competitiva. En el otro extremo del individualismo está el capitalismo libreem-

presista, cuyos puntos de vista han sido defendidos durante largo tiempo en este país por Sir Ernest Benn y los Individualistas, y ahora por Enoch Powell, cuya defensa del capitalismo se ha deslucido a raíz del uso que hace de la idea de raza para crear la división. En los Estados Unidos se lo considera como conservadorismo propiamente dicho, y se lo ha defendido como la única alternativa posible respecto del "socialismo". Este tipo de pensamiento capitalista se ubica en el extremo opuesto del fascismo, si uno concibe a este último en términos del nacional-socialismo de Hitler. Pero puesto que en ocasiones emplea el mismo tipo de rufianismo en defensa de sus intereses o favorece a un grupo similar de personas o recurre a actitudes antirracistas para atraer al pueblo, se lo confunde a veces con el fascismo. La palabra "fascismo" se ha vuelto en todo caso emotiva después de la guerra y se la utiliza a menudo meramente para connotar la violencia personal. No es una coincidencia que movimientos que se preocupan por preservar a una minoría privilegiada o al Estado hayan tenido que emplear la violencia para mantener oprimidos a los trabajadores. Pero nunca se ha tratado de violencia individual, siempre rufianismo organizado de una variedad policial oficial o no oficial.

La misma confusión existió entre el fascismo y el comunismo sólo debido al grado de violencia que ambos utilizan. Los liberales acostumbraban decir que estos dos movimientos eran idénticos porque utilizaban tácticas similares. El término "fascismo rojo" fue un buen slogan, pero falso. Era el único término que se podía utilizar, quizá, si se trataba de hacer inteligible la línea recta de nuestra figura, pero resultaba completamente equívoco. El comunismo de Estado es un credo colectivista, ubicado en el extremo opuesto del anarquismo en lo que se refiere a la ideología de la clase trabajadora, aunque es también un credo totalitario ubicado en el extremo opuesto del fascismo. Cuando el comunismo de Estado llega a "liberarse" económicamente, como ocurre en la Rusia de hoy, no se va acercando a los conceptos de la ayuda mutua sino al fascismo. Pierde su

carácter socialista y por último se transforma, como hubiera llegado a transformarse con el tiempo el nacional-socialismo de Hitler, en una amalgama de ambos en forma de capitalismo de Estado.

De la misma manera, también, si diluimos suficientemente el anarquismo como para que llegue a ser "filosófico" o "individualista", se orienta en la dirección del individualismo capitalista. Ya es individualista hasta el punto en que se puede avanzar en una dirección. Insistir en su individualismo hasta el extremo de adosar esa calificación al nombre equivale a apuntar en la otra dirección. De aquí que algunos filósofos norteamericanos crean que el anarquismo es una "doctrina de la Derecha", y confundan el "anarquismo" de Thoreau, diluido aun más, con el anarquismo revolucionario. Tan equívoco es el pensamiento académico que una persona puede escribir un libro titulado "El pensamiento anarquista en la India", ¡que se refiere a Gandhi y Vinoba Bhave!

Es igualmente cierto que uno puede diluir el anarquismo en la dirección opuesta hasta que sea imposible distinguirlo del sindicalismo, y llegar a transformarlo al final en socialismo de Estado, y por supuesto los movimientos anarco-sindicalistas han desaparecido debido a esta tendencia. Podemos citar a este respecto el movimiento sindicalista mejicano.

Observando el diagrama es posible ver lo que todos sabemos que ocurre, pero que no puede expresarse mediante la línea recta que va de derecha a izquierda; es decir, que el anarquismo y el fascismo son opuestos en un sentido, y el comunismo de Estado y el "Goldwaterismo" en otro. Pero al mismo tiempo el anarquismo y el comunismo de Estado son diferentes en otro aspecto, así como lo son las ideas de la socialdemocracia y del conservadorismo político. Naturalmente, todas las ideologías no se ubican en los extremos, aunque la idea de que lo *extremo* debe estar por definición equivocado, surgida en parte del pensamiento "rectilíneo", constituye una contribución típica de la prensa inglesa a la política.

La opinión política puede ubicarse normalmente en algún punto a lo largo de los lados del cuadrado, si no en los ángulos extremos. El fabianismo, por ejemplo, se ubica en algún punto entre el comunismo de Estado y el fascismo y tiene, como percibió Bernard Shaw, afinidades con ambos. Es la doctrina del capitalismo de Estado. El comunismo de Estado y el fascismo difieren respecto del hecho de la estructura de clases dentro de la sociedad. El fascismo preservó las distinciones de clase con una burocracia. El comunismo de Estado no tiene clases bajo la burocracia. El fabianismo trata de identificar la burocracia con la clase dominante.

Si hay partidos importantes que no pueden ubicarse en forma neta en el cuadrado, esto ocurre habitualmente porque se trata de coaliciones de diferentes ideas e intereses: demócratas y republicanos en los Estados Unidos, por ejemplo. En Inglaterra, la división entre los partidos parecía más neta en un tiempo. Pero en la actualidad el Partido Laborista es también una coalición. No es un partido de la clase trabajadora como tal, aunque los votos que recibe de los sectores más bajos sean resultado de la idea de que lo es. No puede igualarse con la socialdemocracia teórica, aunque algunos de sus protagonistas sean socialistas democráticos. Tiene el deber, a menudo descuidado, de defender los intereses de los sindicatos y de las cooperativas, pero mantiene también vínculos con los grupos dirigentes. Su pensamiento fabiano de clase media dominó la táctica parlamentaria, aunque también en este caso algunos de los miembros del Parlamento que lo representaron fueron comunistas de Estado moderados, cuya idea del socialismo correspondía a la del último período de Lenin o el primero de Stalin, se adaptaba a las ideas democráticas y rechazaba la violencia vinculada con el bolcheviquismo, más bien que la teoría general. Son muchos más los miembros laboristas del Parlamento educados en forma brillante y con títulos de sociología y puntos de vista políticos formados en el debate en la Oxford Union, que no tienen naturalmente ninguna concepción del socialismo y piensan que éste tiene algo que ver con la nacionalización de la industria de la que fue precursor Bismarck o con la cantidad de reformas aprobadas en una sola sesión. Otros son liberales parlamentarios que abandonaron el barco que se hundía. Hay también algunos que no se diferencian en absoluto de los conservadores, aparte de la clara necesidad de obtener una banca, y entre éstos están los abogados a sueldo utilizados para defender cualquier causa por la que obtengan un honorario. Y no son pocos los que, surgidos de la política local, acarician la entrañable ilusión de que el electorado los elija por sus cualidades personales y devoción pública. *

Es difícil ubicar exactamente al Partido Laborista en nuestro diagrama como si fuera una filosofía concreta más bien que un frente unido. Lo más que podríamos lograr sería trazar una línea desde la socialdemocracia hasta el radicalismo, y desde la socialdemocracia hasta el fabianismo, completando el triángulo con una línea desde el fabianismo hasta el radicalismo. Hecho esto, podemos encontrar aún a un millonario miembro del Parlamento que sostenga puntos de vista del *laissez-faire* acerca del capitalismo y esté ubicado fuera de las netas líneas de demarcación del triángulo. En lo que respecta al Partido Conservador, podemos formar un triángulo limitado por el individualismo económico, el fascismo y el centro, fuera del cual sólo merodean los independientes, que no llevan ninguna marca.

Hay una cierta similitud de formulación idiomática a lo largo de las líneas. Las filosofías tienen un ancestro común, como ocurre con los hombres y los monos, pero no debemos engañarnos con las similitudes. A menudo se utiliza el mismo clisé para significar algo profundamente distinto. "El Estado es nuestro enemigo" se repite con frecuencia en la línea individualista; la devo-

* Los miembros de ambos bandos del Parlamento a quienes les agrada creer esto se inclinan a citar a Burke para probar que no tienen por qué tomar en cuenta lo que piensa su electorado acerca de las medidas que ellos aprueban, como si las opiniones de este político reaccionario hubieran comprometido para siempre al pueblo inglés.

ción al Estado, en la totalitaria. Pero algunos de los que hablan de sacrificarse por el Estado sólo lo ven en su rol familiar idealizado como el Estado nacional. Así hablan con reverencia de quienes "murieron por el Estado" cuando ellos mismos ni siquiera desean pagar al Estado su impuesto a los réditos. La expresión "control de los trabajadores" se utiliza no sólo por parte de quienes creen que los trabajadores deberían controlar directamente la industria en que trabajan sino también por quienes defienden una mayor participación en la dirección, la elección de funcionarios o incluso sólo el hecho de decir que ésta es la política del Estado cuando no lo es de ninguna manera. ("España es una república de obreros y campesinos", decía la constitución del país que designó jefe al general Franco, y lo mismo se afirma en gran medida, en la actualidad, en países del Este de Europa.)

Los apasionados alegatos de que el Estado no debe intervenir suenan más o menos igual a lo largo de las líneas individualistas, pero cuanto más nos acercamos al capitalismo tanto más "necesario" le resulta al Estado intervenir en su rol represivo, o hacer que ese rol lo asuma una fuerza policial privada. Es natural que el clima en que se desarrollaron las teorías las afecte. El individualismo que se desarrolló en el movimiento de los trabajadores es diferente del individualismo capitalista. El totalitarismo difiere de la misma manera. Sin embargo, es un hecho del poder en el mundo moderno que quienquiera que aspire al mando, sin que haya diferencia alguna al respecto entre todas estas ideologías, debe adecuarlas al invasor sistema del capitalismo de Estado. El Estado actual es demasiado poderoso como para que pueda modificarlo la teoría. Habrá que abolirlo o será él el que configurará al partido que lo gobierna. Incluso quienes aspiran a abolirlo no podrían actuar de un modo distinto si por azar del destino tomaran el poder. Es por esta razón que el anarquismo revolucionario se opone a la formación de partidos y a la participación en el gobierno. Cuando uno se encuentra en

un cargo o en el poder cesa de ser un revolucionario, cualquiera sea su filiación política. *

Está implícito en los programas partidarios de hoy que la naturaleza impersonal del Estado moderno configura a los partidos, por más que éstos puedan darle una forma aproximada. Este es el motivo por el cual los partidos se concentran sobre las personalidades y el reformismo. Sólo mediante una revolución cabal podría un partido cambiar al Estado, pero el auténtico revolucionario autoritario es como el monstruo de Loch-Ness —si fuera algo más que una leyenda, debería estar ahora casi extinto—. La principal corriente comunista autoritaria de hoy está contaminada por los efluvios del Comintern, y descarga la pestilencia del patriotismo. Lo que se describe como la "izquierda" habla el lenguaje del nacionalismo.

Es comprensible que las presiones internas fuercen al Kremlin a retroceder al chauvinismo de la Santa Rusia, y que en Europa oriental los políticos tengan que recurrir a la denigración y la división racial para desviar de sí las tensiones. Pero aun en la oposición, esa parte de la "izquierda" influida por Moscú o Pekín, e incluso por La Habana, sólo puede justificarse recurriendo a la efusión patriótica. Quienes "apoyan la heroica lucha del pueblo de Vietnam bajo el gran Ho Chi Minh contra el agresor yanqui", podrían muy bien haber dicho la misma cosa acerca de la "heroica lucha" de los ingleses bajo Churchill, los rusos bajo Stalin o los norteamericanos bajo Roosevelt; y aún lo harían así retrospectivamente. Podrían no llegar a ensalzar la lucha contra el agresor Hun bajo Lloyd George y Clemenceau —por no mencionar al zar Nicolás—, porque Lenin hizo conocer sus puntos de vista sobre ese con-

* El movimiento anarquista español envió de hecho representantes al Gobierno Republicano durante la Guerra Civil, temiendo que la exclusión de los movimientos de la clase obrera llevaran al Partido Comunista a una posición de dominio. Pero sus ministros en el gabinete dejaron de ser revolucionarios, y se les exigió el compromiso con el Gobierno (incluidos los comunistas).

flicto en aquella época. Como Lenin se ha transformado en un dios, sus opiniones no son cuestionadas por los creyentes, pero no hay por qué llevarlas demasiado lejos por vía de analogía.

Si el comunismo autoritario ha caído en la trampa de hablar de liberación nacional y olvidarse de la revolución social, el peligro de los libertarios es caer en el reformismo. Una vez que se acepta la casi imposibilidad de *cambiar* al Estado, y se supone, inexactamente, que es también por ello imposible *abolirlo*, o, más exactamente, que esto no puede hacerse sin una revolución que rechazan quienes tienen ideas pacifistas, la única posición que queda es la del liberalismo. La militancia con que puedan promoverse los ideales liberales no los hace revolucionarios. La revolución se vincula con el cambio social y económico. Excepto en la transición al capitalismo (en la Revolución Norteamericana, por ejemplo), incluso un liberal con un revólver no es un revolucionario sino un liberal armado. Puede ser necesario luchar bajo una dictadura por una "reforma" tan elemental como la libertad de expresión, pero si uno no entiende exactamente cuáles son los problemas, se encuentra luchando en favor de algún líder político o de un Estado nacional que utiliza la "libertad de expresión" como un slogan.

En una dictadura, el reformismo y la revolución podrían actuar según líneas paralelas. Esto es lo que ocurre actualmente en España. La Iglesia romana ha apostado durante años al fascismo, pero, siempre ansiosa de jugar a dos puntas, coloca ahora su dinero del lado de la oposición demócrata-cristiana. Comparte incluso un establo con el Partido Comunista. Se ha constituido una "oposición democrática", que incluye a las "Comisiones obreras", para asegurar que si Franco sigue, la alternativa no será la revolución social, sino un Estado liberal y católico sin bases norteamericanas.

Sin embargo, no puede negarse que esta oposición está trabajando contra Franco y ha soliviantado a los estudiantes. La democracia militante sigue líneas paralelas a este reformismo activo. Pero incluso los movi-

mientos socialrevolucionarios en España están actuando en la misma dirección, puesto que se proponen el derrocamiento del actual régimen. Sería un desastre que los *engañara* la oposición democrática, aunque ellos puedan estar trabajando junto con ésta.

Las líneas partidarias pueden coincidir con la lucha de clases, pero no tienen nada que ver con ella.

Las ideologías se originan en conjuntos comunes de principios económicos o sociales. Utilizarlas para la conquista del poder es parte de una lucha entre gobernantes y gobernados.

CAPÍTULO 8

LAS REFORMAS Y LA REVOLUCIÓN

Hay tendencia a considerar como reforma la anticipación de lo que está ocurriendo de todos modos. Es posible ver, en el momento en que escribimos estas líneas, un monumento clásico a la doctrina liberal de las buenas acciones en los Victoria Embankment Gardens, donde se yergue una de las estatuas típicamente inútiles de Londres, consagradas a nulidades ya olvidadas. Los epitafios son evidentemente imprecisos, pero se nos pide que admiremos a "William Edward Foster 1818/86, a cuya sabiduría y valor debe Inglaterra el establecimiento en todo el país de un sistema nacional de educación elemental". ¿Podría uno proferir una mentira más atroz que ésta? Foster fue sin duda un hombre digno, pero ¿le debe Inglaterra su educación elemental? Cuando él nació, Inglaterra era en gran medida iletrada y cuando murió casi todo el mundo sabía ya escribir, pero ¿se debió a *él*? Sin él, ¿hubiera seguido siendo Inglaterra analfabeta, rodeada de naciones alfabetas? ¿Podía suceder que si él no hubiera recordado al Parlamento la necesidad de crear escuelas elementales, esto se hubiera pasado totalmente por alto? Esto es lo que creyeron en un tiempo los liberales, así como los católicos romanos creyeron una vez que San Agustín trajo el cristianismo a estas islas, y los patriotas supersticiosos creen que Winston Churchill ganó la guerra.

Se adjudican a individuos logros que están mucho más allá de su poder, y se espera que les estemos agradecidos. No hace falta demasiada inteligencia para comprender que en lo que respecta a algunas realizaciones, buenas o malas, toda la responsabilidad nos cabe a nos-

otros. Se nos pide que honremos a Rowland Hill por haber implantado el sistema de correo a tarifa mínima (que eliminaron subsiguientes reformadores), e incluso a muchos reformadores de las prisiones que hicieron de nuestras cárceles lo que hoy son. Por supuesto, podrían ser peores.

No todas las reformas son inútiles. Las más útiles pueden ser aquellas que de hecho anticipan un cambio próximo. Era imposible, por ejemplo, que Inglaterra siguiera durante mucho tiempo más, en la época moderna, colgando gente por pequeños robos o recluyéndola durante toda su vida en la prisión debido a una deuda. El hecho de que estas leyes hayan persistido durante tanto tiempo dejó su huella en el pensamiento moderno, de modo que lo que a veces se presenta como "reformas" son antirreformas. Algunos de los que claman por la restauración de la pena de muerte, por ejemplo, la consideran como una panacea. Basta con leer las cartas que aparecen en los diarios para percibir que esas personas están engañadas por la idea de que al colgar a los asesinos disminuirán los delitos violentos e incluso se prevendrá el vandalismo en las plazas.

Otras reformas son sólo reconocimientos de un hecho. Debemos al primer gobierno laborista posterior a la Segunda Guerra Mundial el que se haya abolido la Ley de Brujería, y podemos adorar al diablo que prefiramos, con tal de no infringir la Ley de Blasfemia que ese gobierno no consideró oportuno enmendar. Hay algunas reformas que constituyen concesiones auténticas por parte del Estado, y son la materia de la política. Pero los políticos como clase son parásitos de la sociedad, y no hay que considerar como bondad el hecho de que devuelvan unas pocas costras de nuestro propio pan, aunque ésta sea la manera en que la prensa personaliza determinadas acciones del Ministro de Hacienda.

Otorgando algunas de estas concesiones al anterior "décimo sumergido", el Estado ha legalizado la pobreza. El trabajo fue en un tiempo el ídolo. Los que no podían conseguirlo, y no tenían manera de hacer que otros trabajaran para ellos, iban a parar al pozo. Los reformadores posteriores a la Primera Guerra Mundial, aun idealizando el trabajo como tal, pensaron que bastaba con dar trabajo, por más innecesario que fuera, a "los desocupados", y que al invertir fondos en obras públicas estaban resolviendo el problema y haciendo que afluyera de nuevo el dinero. Pero no fue el trabajo inútil lo que resolvió el problema de los desocupados que el "New Deal" ocupó en obras públicas —que el hecho de tener nuevamente poder de gasto—. El nuevo liberalismo acepta la idea de "ayuda" o "asistencia" que ya no se presenta como un acto de caridad, sino como reconocimiento de que el bienestar del Estado requiere una clase ubicada en el fondo, que constituya una amenaza para cualquier complacencia de militancia por parte de otras clases, pero que sin embargo no debe ser hambreada hasta el punto de la desesperación.

El propósito de los beneficios sociales consiste en alentar la flexibilidad o la movilidad o, en otras palabras, de persuadir a la gente a que se mueva como lo desea el Estado, sin que se la fuerce físicamente a ello. Pero su existencia da también al reformador político la oportunidad de asumir el papel de filántropo social y de desempeñar el rol de Santa Claus sin que le cueste nada, a la vez que esto sirve de hecho como propaganda para la tienda.

La competencia entre los Santa Claus políticos es tan grande que pocos políticos están cabalmente preparados para expresar abiertamente que, por su parte, estarían dispuestos a abolirlos. Pero les preocupa sin embargo el hecho de que si los beneficios sociales fueran de un cierto nivel, unas pocas personas podrían "abusar" del sistema. Como los taberneros a la antigua, esos políticos temen que alguien coma gratis sin comprar la cerveza.

En la jungla de la sociedad controlada por el Estado, a la gente no le agrada creer que alguien, en algún lugar, sin el poder de exigirlo, obtenga algo por nada. No logran ver que algo se da de hecho por algo. Los subsidiados por el Estado por cualquier razón son considerados necesarios por ese Estado, aunque algunas insti-

tuciones llevan aún el estigma de la caridad. Un policía puede ser parásito de la sociedad, pero no se lo considera tal en tanto resulta esencial para la seguridad del Estado. De la misma manera, un prisionero puede no contribuir en nada a la sociedad, pero el Estado considera que una población permanente de prisioneros es esencial para la imposición de la ley. El Estado moderno también considera esencial la existencia de un número cada vez mayor de personas que viven de la seguridad social, o reciben un aumento de sus bajos ingresos. Este fenómeno parece destinado a formar parte de la economía del Estado futuro, como ya ocurre en algunas ciudades norteamericanas.

Algunos sociólogos han dicho que tales personas no son "explotadas", porque se las subsidia para que vivan. El público las considera como "parásitos" porque se le ha enseñado a objetar el hecho de que la gente esté ociosa fuera de la clase que le corresponde. Las personas en cuestión pueden no ser productivas, excepto en hijos, pero no son la única clase divorciada de la producción. La explotación social existe, tal como existe la económica, y a veces sólo se distingue de ésta por la semántica. El caballero victoriano que tenía un sublacayo a dos libras por año con casa y comida no explotaba su trabajo de la *misma* manera en que lo hacía con los obreros de su fábrica, pero ¿era importante la diferencia?

Un ejemplo actual es el de los árabes desplazados por la conquista israelí, que viven en campos de refugiados de la limosna de las Naciones Unidas. No son explotados económicamente por los países "huéspedes" como lo fueron, por ejemplo, los inmigrantes europeos a los Estados Unidos. Pero estos últimos lo pasaron mucho mejor. Los políticamente explotados resultan esenciales para los políticos. En todas partes donde existe la "caridad" institucionalizada, la burocracia necesita de los recipientes. Sin ellos, la máquina se detendría. Se parecen al matador de lobos de la fábula, que tenía que criarlos a hurtadillas para conservar su trabajo. Pero el que alguien pueda seguir aún representando el papel de

Santa Claus no se debe solamente a que ello sea necesario en las fiestas infantiles.

Para que el Estado pueda sobrevivir, necesita que existan muchos estratos de la sociedad que no sean productivos, a algunos de los cuales se mantiene deliberadamente ociosos. La ociosidad del lujo es la zanahoria, y la ociosidad de la necesidad es el palo. El hecho de la abundancia actual podría posibilitar la igualdad, pero también hace que resulte más manejable la desigualdad. Los que están en la cima pueden alcanzar literalmente la Luna. No es necesario hacer que quienes están en el fondo lleguen a un punto de agotamiento en que puedan volverse peligrosos.

El peligro consiste en que si se permite que el Estado continúe en su curso actual, la revolución tecnológica empujará a la clase trabajadora fuera del ciclo de la producción. Esta puede encontrarse, si no reducida a depender permanentemente de los sistemas de seguridad social, en todo caso llevada a cumplir tareas serviles para las clases superiores, sin que se tenga en cuenta su utilidad social, sólo destinadas a mantener la distinción. ¿Dónde estaría el placer de llegar a la cima si no hubiera nadie abajo? La verdad, pese a los expertos en propaganda, es que no *todos* podemos ser "clase media".

Una clase trabajadora completamente privada de su productividad, y por lo tanto de su poder (que existe, lo use o no) de cambiar la sociedad, podría sin embargo llegar a ser militante. Este es uno de los signos de la generación más joven. Uno sospecha que muchos defensores del control estatal esperan que ésta, sin poder industrial, llegue a sentirse agradecida por las reformas que vienen de lo alto o por el permiso de participar en algunas de las decisiones que se toman en su nombre. Tal esperanza pasa por alto la naturaleza humana. Nadie se siente realmente agradecido por lo que "se hace en su nombre". La gente que vive en los ghettos negros de los Estados Unidos se burla de tal gratitud calificándola de "Uncle Tom"-ismo. Antes de ser ubicados en una posición de dependencia por el Estado de Bienestar,

preferirían derribar todo ese podrido sistema —"¡Quema-nena-quema!"—.

Aunque esto pueda expresarse a veces con slogans equívocos, tales como el de "Poder Negro", los luchadores reales se oponen en verdad al poder como tal y sólo lo piden en los términos en que saben que no lo obtendrán. El Gobierno Federal recibiría con beneplácito a unos pocos líderes militantes negros en las esferas del poder, pero el problema es que tan pronto como llegan a su cargo no cesan meramente de ser militantes, cosa que se esperaba, sino que también cesan de ser líderes. Sólo pueden liderar marchando a la cabeza de la muchedumbre: no controlan. Lo que la muchedumbre dice es "al infierno con el liberalismo blanco". No sólo están contra la intolerancia sino también contra la maldita e insufrible tolerancia. No son realmente revolucionarios: el "liberalismo negro" sólo es liberalismo con un revólver, y ninguna cantidad de derechos civiles sumados llega a constituir una revolución social. Pero como no tienen ninguna fe ni siquiera en las reformas por las cuales están luchando de la manera más encarnizada, son capaces de lograr una posición revolucionaria que sacudirá al mundo. La tragedia del asesinato de Martin Luther King, desde el punto de vista burgués, consistió en que tenían en él a un hombre moderado y pacífico que estaba tratando de lograr el liderazgo. La clase dominante inglesa podría haberlo encarcelado al comienzo, como hizo con Jawaharlal Nehru y Jomo Kenyatta, pero hubiera llegado a comprender que ese hombre le era útil. Los más intolerantes de ellos podrían haber llegado a objetar que se lo incluyera en la Lista de Condecoraciones. Matarlo equivalía a mostrar que no había ningún compromiso. Si incluso hay que matar a quienes predican la conciliación con la clase dominante, ¿de qué modo se puede disuadir de la rebelión?

Aun al dictador más intolerante le agrada mostrar que existe alguna esperanza incluso para los más recalcitrantes. La España conquistada no concede el perdón a sus prisioneros nativos, y no siempre los libera aunque haya expirado su sentencia. Pero cada vez que se libera a alguien (porque no pueden retenerlos eternamente a todos), eso se presenta como un acto de clemencia del Caudillo. Un monarca constitucional tiene menos oportunidad para realizar tales actos de misericordia.

Mahoma trató de ser bondadoso y tolerante cuando decretó que todos los que hubieran liberado a un esclavo tendrían un lugar asegurado en el Paraíso. No previó que su reforma liberal significaría que la esclavitud se prolongaría en los países musulmanes hasta mucho después de que hubiera desaparecido en otros lugares, pues ¿de qué otra manera podía asegurarse su lugar en el Paraíso la clase dominante?

Debemos aceptar las reformas con el espíritu con que se las ofrece, y si para hacer que se libere a un prisionero político después de treinta años de cárcel se nos pidiera que saliéramos en camisa como los burgueses de Calais, y marcháramos en torno de la catedral llevando un cirio penitencial, éste sería un acto de solidaridad de no menor importancia que atacar a un banco español o raptar a un embajador. Es a veces necesario tragarse cosas desagradables cuando uno se presenta ante un juez. La actitud de desafío puede juzgarse, sin duda, en términos idealistas en lo que respecta a los grados de heroísmo, pero no tiene ninguna significación en términos de realidad o revolución.

Bakunin, que pasó años en una cárcel rusa después de la revolución de 1848, se embarcó en una orgía de autorrebajamiento "confesando sus crímenes ante el zar" y proclamando su arrepentimiento. Estos alegatos los publicó más tarde el gobierno soviético. Bakunin observó la regla esencial: no informar sobre nadie ni acusar a nadie. Es difícil comprender por qué su conducta debería considerarse como diferente de la que observa quien se disfraza para escapar, y por qué su biógrafo y bibliógrafo, Max Nettlau, que lo transformó en un ídolo, criticó la publicación de estos papeles. Es cierto que el siglo XIX admiraba las posturas idealistas y la "capitulación" de Bakunin habría dañado su reputación de héroe.

Lo que constituiría la superstición más grosera —y és-

ta es la analogía con el reformismo— es creer que por el simple hecho de aparecer con el cilicio y cubierto de cenizas y de dar vueltas en torno de la catedral podría persuadirse al dictador a que liberara a los prisioneros. Él podría dar a esto el carácter de condición de aquiescencia, de acto de humillación en homenaje al conquistador. Otra cuestión es creer que realizando espontáneamente tal acto, uno tendrá alguna influencia sobre él. Las cartas dirigidas a los miembros del Parlamento, las discusiones de los derechos civiles y de los derechos abstractos del hombre, las peticiones a las Naciones Unidas, las declaraciones públicas que lo obligan a uno a andar buscando "nombres", la reunión de miles de firmas comunes... todas éstas son versiones seculares y democráticas del cilicio y las cenizas, requeridos por el déspota. Puede ser que tengamos que realizar tales acciones, que nos beneficiemos con ellas, pero no debemos engañarnos al respecto.

Este tipo de liberalismo es como aprender el lenguaje de los captores en un campo de prisioneros de guerra. Hace más fácil la comunicación entre carcelero y víctima. Puede ayudar al primero a dar sus órdenes, pero además está la posibilidad de que, en caso contrario, los prisioneros se enfrenten con la extinción. El cautivo es capaz de lograr que se le hagan algunas concesiones, aunque sea a expensas de una promesa de no escapar (que puede ser ignorada). Una vez que se aprende el lenguaje, y especialmente si se lo domina, es posible el lavado de cerebro. La única manera de resistirlo es la no cooperación, pues seguir ese camino significa la destrucción. Se empuja al prisionero de guerra a practicar el arte del desgaste progresivo que es el verdadero arte de la resistencia al ejército (y no lo es en cambio la objeción de conciencia, reverenciada por los pacifistas y liberales ingleses) —no fue una coincidencia que Hasek, que escribió "El buen soldado Schweik", el clásico del desgaste progresivo, fuera un anarquista—.

Basándose en fundamentos anarquistas uno podría argumentar respecto a si el rechazo del reformismo parlamentario es "purista" y "sectario" o no. Desde un

punto de vista impregnado de legalismo, la aceptación de la "misericordia" bajo la ley cuando uno considera a ésta como conquista, puede considerarse como incoherente e incluso igualarse a la actitud del totalitario que desea la libertad de expresión para sí mismo pero la niega a otros. *

El libertario no lucha contra todas las reformas, pero debe tener la precaución de hacer que éstas se identifiquen antes, y sólo entonces dar su nombre, rango y número.

* La Iglesia Romana fue, según se dijo una vez, lo que ha llegado a ser luego el Partido Comunista: "un cordero en la adversidad, un zorro en la igualdad, un tigre en la supremacía".

Capítulo 9

SECTARISMO Y UNIDAD

Cuando un slogan se vuelve popular, resulta apropiado para el uso general aunque se le puedan dar significados muy distintos. A quien está fuera de cualquier movimiento debe parecerle que hay una proliferación de sectas que dicen la misma cosa o dan vueltas alrededor de ella. Esto se afirma del movimiento revolucionario de nuestra época. Fue igualmente válido respecto de la Revolución Francesa. Incluso como consecuencia de la Reforma se produjeron los diversos sectarismos de los revolucionarios protestantes, cuando se hicieron algunos de los enfoques de problemas espirituales que hoy se aplican a problemas sociales. Había, además, un reflejo de la lucha de clases como consecuencia de los cambios económicos.

Pero el término "sectarismo" no implica un reproche. El movimiento revolucionario inglés ha procedido del sectarismo. Todas sus realizaciones se llevaron a cabo bajo banderas sectarias. La unidad es la fuerza, pero la expresión de puntos de vista opuestos dentro de una organización sólo equivale a la unidad de la caja fuerte individual, que produce una fuerza limitada al poder de esa caja. Economizar en gastos generales no tiene nada que ver con una aventura del espíritu o con una determinación de la voluntad.

Los cambios económicos sólo pueden producirse como resultado de la unidad en los lugares de trabajo. Los consejos obreros, unidos con otros, industria por industria, localidad por localidad, son la base de un movimiento revolucionario y también la base de un cambio total del sistema. Es posible ahora "construir

la nueva sociedad dentro del marco de la vieja", mediante la creación de unidades en la industria, asociaciones descentralizadas de ayuda y protección mutuas, empresas cooperativas e incluso clubes de interés común. Una comuna viviente consiste en todas las facetas del interés humano. Una comuna unida y local puede eludir al Estado e ignorar las leyes que se le imponen cuando no desea observarlas, a menos que las autoridades utilicen la fuerza. Y una comuna que sea activa en la coordinación de los consejos de trabajadores, las asociaciones de arrendatarios y muchos otros grupos de acción, sería la unidad de retaguardia en cualquier creación de una nueva sociedad. Esa unidad evita la necesidad del Estado y niega, por lo tanto, a la autoridad. Posibilita la abolición del Estado.

No suponemos que tal movimiento pueda componerse enteramente de revolucionarios libertarios conscientes. Esto no se lo propondrían los "sectarios", pero las mismas personas que dicen que están en contra del sectarismo supondrían que debería ser así. Se acepta que dentro de cualquier consejo obrero o comuna local que pudiera crearse en la actualidad habría muchas tendencias e ideas políticas, incluidas las autoritarias. Esto por sí mismo no hace que el movimiento sea menos libertario o menos revolucionario. Una sociedad libre es aquella en la cual se suprimen las instituciones represivas. Como esas instituciones existen para asegurar el dominio económico, su fin significa el fin de éste.

El error fundamental que perdió a la Revolución rusa fue permitir que los *partidos* estuvieran representados dentro de los consejos por delegados individuales. Los soviets no consisten en "delegados de trabajadores, soldados y campesinos", como se presumía al comienzo, sino en partidos. Oradores como Lenin y Trotsky no eran por cierto obreros ni soldados, y mucho menos campesinos. Llegaron a ser líderes de los consejos en virtud de que eran líderes de su partido. Su ascenso al poder se cumplió a través de años de intrigas partidarias. Como periodistas (si ésa fuera su profesión) tenían una escasa chance de representar a los soviets de tipógrafos.

Como líderes de su partido, eran figuras prominentes —un gran pez en un pequeño estanque—.

No importaría que los delegados a los comités pertenecieran a partidos políticos o cuerpos religiosos fuera de los comités. La experiencia muestra que las personas políticamente comprometidas formarán por cierto asociaciones fuera de los comités industriales o de arrendatarios, que les servirá de ayuda en su trabajo dentro de ellos. Un comité de huelga aceptará complacido la ayuda que le venga de un cuerpo exterior. Recibirá esa ayuda con menos disposición cuando el cuerpo exterior, utilizando las palabras mágicas "ad hoc" y "vinculación", desee asumir el control.

Menos importa aún que uno vaya más allá del estadio de los comités delegados y adopte el principio de las reuniones masivas. Pero puesto que ,aún así, habrá un tipo de propaganda con el cual competir, al anarquista —que acepta que la unidad real se produce en el campo social y económico— le resultará necesario poder expresar puntos de vista libertarios para contrarrestar los enfoques autoritarios. Para esto necesita también su apoyo exterior. Se vuelve inevitable alguna forma de organización sectaria.

A quienes sólo tienen experiencia en organizaciones autoritarias les parece que la organización únicamente puede ser autoritaria o democrática, y que quienes no creen en el gobierno deben, por lo mismo, no creer en absoluto en la organización. Esto no es así, pero puede admitirse que para el anarquista revolucionario no constituye un fin en sí mismo el formar un cuerpo fuerte, financieramente sólido e incluso políticamente efectivo, que sea amorfo. Dentro de lo que se concibe vagamente como libertario puede haber diversas tendencias, aunque muchas se inventan a los fines de la discusión. La unidad amorfa tiene una atracción para el periódico amorfo o el agrupamiento amorfo, que proliferan libremente. Puede crecer en torno de un líder que no tiene seguidores, quizás elegido por la prensa o la televisión y promovido a una eminencia que aún no ha alcanzado, pero que puede lograr "mediante la unidad". No es por medio

de frentes unidos de esta clase como podremos cambiar los problemas económicos de la sociedad.

Se ha llegado a reconocer como un peligro dentro de cualquier movimiento revolucionario que éste emule a las sectas religiosas, porque una "persona famosa" puede establecer lo que quizá sea un excelente programa para la revolución, hasta el punto de que a su creador se le rinda culto años después de su muerte. El resto de sus seguidores se agrupará en pequeños partidos con el fin de rememorarlo, y se considerarán libres de toda necesidad de seguir el programa. O el revolucionario mismo, debido a su propio programa, pospone cualquier acción revolucionaria que no lo cumpla totalmente; en tal evento, se trata de un medio de adaptarse uno mismo al sistema, en la misma medida en que lo son la creencia en las reformas y la adaptación al profesionalismo. O si el revolucionario concibe la acción económica como la única forma de acción directa, entra en el movimiento sindical y es absorbido por él. O si no, ve que hay otras formas de acción directa, pero se aísla completamente de la industria.

La tarea del revolucionario consiste en la resistencia a la opresión, aunque se trate de la resistencia de una sola persona. No es la idealización de los fines. Es absurdo hablar del anarquismo como una doctrina de amor, no violencia, ni siquiera de libertad. El anarquismo es una descripción de la sociedad a la que tendemos, pero no podemos profesar un monopolio de tales ideas. Sólo cabe decir que una sociedad autoritaria las hace imposibles, e incluso resulta indeseable para quienes han sufrido el lavado de cerebro realizado por el Estado. La afirmación de estas ideas como ideales elevados pero desprovistos de carácter práctico por falta de cambios económicos en la sociedad, o utilizados como criterio para reformar las presentes instituciones, es lo que hemos descripto aquí como liberalismo militante (por oposición al liberalismo parlamentario). Concebido como anarquismo filosófico, este movimiento puede volverse tendencioso. Pero la alternativa no es el esclerosamiento. En la Conferencia Anarquista Internacional celebrada en Carrara (1968) resultó clara la posibilidad de que un movimiento revolucionario se tradicionalizara y esclerosara.

La prensa trató de explicar la división allí ocurrida en términos de "jóvenes" contra "viejos", y éste es un prejuicio que impusieron los medios de comunicación de masa y que puede haber confundido el problema. Las ideas que se sostienen por demasiado tiempo sin acción se transforman en ideales. Los ideales pueden inspirar, pero también pueden haber pasado un tiempo excesivo en la refrigeradora.

Los ideales socialistas revolucionarios, sin la acción que los debe acompañar, degeneran en una interminable campaña de ventas de obras expositivas o en una perpetua clase educativa (en la cual se "educa a los trabajadores para elevarlos al nivel de la conciencia partidaria" y ni siquiera se nota que el estándar de esta última ha llegado a ser más bajo que el de aquéllos *). Los partidos se transforman en monumentos a los líderes muertos. Por más militantes que sean las promesas iniciales de los programas, el rezago que queda cuando éstos han sido pospuestos —simplemente porque *no* ha degenerado en reformismo— no puede ser por naturaleza militante. La profesión de los ideales anarquistas no constituye ninguna garantía contra este proceso. Los movimientos revolucionarios esclerosados, aunque puedan objetar que se los describa como "partido", se transforman en partidos políticos muertos. Los movimientos sindicalistas pueden llegar a ser amplios, y verse obligados por lo tanto, para servir a sus miembros, a negociar con el capitalismo. Los movimientos anarquistas pueden caer en la burocracia, en un intento de preservar la propiedad contra el despojo extranjero. Una federación esclerosada es sólo un monumento rememorativo de la actividad pasada, y esto se demostró en

* Ofrece un interesante ejemplo de ello el Partido Socialista de Gran Bretaña. Este partido se separó de la antigua Federación Socialdemócrata hace 60 años, adoptó un programa basado en la versión expurgada de Marx que era corriente entonces, y se mantuvo estático desde esa época.

Carrara con muchos de los movimientos representados, en particular los que preservaban, en el exilio, un papel histórico pasado.

Parece (en todo caso les parece a los autores de este libro) que la alternativa es el sectarismo. Incluso un movimiento basado en la actividad puede esclerosarse en el futuro. La unidad con otras organizaciones contribuye a diluir la revolución, no a promoverla. El sostenimiento de ideales en el plano abstracto constituye un interesante ejercicio filosófico. Su aplicación a los problemas sociales actuales es una quimera. Hacer que una organización sea activa, o incluso efectiva, es en última instancia de poca utilidad, porque ésta tenderá al compromiso, el esclerosamiento o la desaparición. La lucha que cuenta es la que ayuda a construir una nueva sociedad, y esto sólo puede hacerse mediante una acción revolucionaria individual o de grupo que propague persistentemente su propaganda mediante la palabra y la acción. Por nuestro sectarismo podemos estar en la actualidad separados del resto del mundo. Pero en caso contrario seríamos parte de ese mundo. No aceptamos la absurda afirmación del trotskismo de que es necesario unirse al Partido Laborista para "estar en contacto con la clase trabajadora".

El revolucionario libertario no puede tener nada que ver con la organización política partidaria. * Ésta sólo puede ser un lugar estratégico para alcanzar el poder o un monumento recordatorio de pasadas batallas o un ghetto espiritual. Está sujeta a los peligros implícitos de la burocracia o del copamiento. El control democrático no es ninguna salvaguardia, pues aunque la decisión mayoritaria se acepte como una manera adecuada de hacer las cosas, en la práctica se controla lo que entra,

* Nos damos perfecta cuenta de que un libertario puede hacer lo que prefiera. Sin embargo, no juzgamos a un revolucionario según estándares morales, sino por sus acciones. Si decimos que un abstemio total no puede beber whisky como tampoco cerveza, no estamos fijando una regla sino formulando una definición.

de manera que la mayoría pueda estar de acuerdo con las decisiones a tomar. *

Por lo tanto, lo que circula como problemas revolucionarios tiene raramente alguna importancia para las ideas revolucionarias. En el protestantismo ya degenerado se fundan iglesias y capillas que se transforman en nuevas sectas, y que surgen a veces meramente de querellas respecto de quién tiene derecho a meter la mano en la caja, o de diferencias personales acerca de la manera en que deben conducirse los asuntos, tanto como de disputas doctrinarias. La pauta puede repetirse políticamente, pero no tiene nada que ver con la construcción de una nueva sociedad.

* El Partido Laborista Independiente, por ejemplo, tiene una fortuna de más de un millón de libras. Es un monumento a las luchas del pasado, que se transformó en una secta menor y olvidada. Sus fideicomisarios están sentados como Budas inmóviles sobre la caja fuerte. Sin embargo, si se permitiera que el dinero lo controlara el partido, éste se inundaría de elementos exteriores que tratarían de entrar. Se ve sometido a menudo a intentos de copamiento (P. C., trotskistas, maoístas, etcétera), que sólo ha derrotado la burocracia innominada.

Capítulo 10

¿UN CHOQUE DE GENERACIONES?

El hecho de que asociaciones ostensiblemente revolucionarias lleguen a transformarse, por así decirlo, en meras "legiones de veteranos" de luchas pasadas, podría significar que las personas más viejas se ubican en movimientos esclerosados y las más jóvenes en movimientos activos y actuales. En cambio, en algunas de las rebeliones de hoy, aunque compuestas casi enteramente por estudiantes, vemos circular las filosofías pasadas tales como el blanquismo, el trotskismo, el De Leontismo, con la fija mirada de los espectros. La idea de clasificar por "generación" proviene realmente del curriculum universitario.

Sin embargo, en el mundo en general uno encuentra que el "choque generacional" es otra concepción abstracta utilizada para esclavizar. Es como la idea metafísica de "la mayoría". Todos sabemos que "la mayoría" no apoya la revolución. Si lo hiciera, ocurriría una revolución. "Tomar en cuenta la opinión pública" y "respetar las decisiones de la mayoría" equivale a entregarse enteramente en manos de los políticos que manejan tal opinión y tales decisiones. La *idea* de la mayoría es, en sí misma, un medio de persuasión tendiente a hacer adoptar las opiniones atribuidas a la mayoría.

Cuando uno se opone a esas opiniones, se lo considerará como "minoría". La concepción de una brecha generacional transforma lo que está llegando a constituir una mayoría en otra minoría más cuyas opiniones "nosotros" naturalmente respetamos o tratamos con el desprecio que merecen, según "nuestro" grado de libe-

ralidad, pues el arte del dominio mediante la persuasión consiste en redefinir de acuerdo con las necesidades la distinción entre "nosotros" y "ellos".

El periodista, forzado a admitir que existe, quizás, *alguna* tensión en la sociedad, cuando a lo mejor una presión incontenible mantiene a la industria parada o hace que se levanten barricadas en las calles años después que los liberales descartaron el concepto como "romanticismo anticuado", inventa la teoría de que esto constituye un choque de generaciones. La juventud, después de todo, no es una condición permanente, y un choque de generaciones no resulta tan fundamentalmente peligroso para el arte del gobierno como lo sería un choque entre gobernantes y gobernados.

Las explicaciones de los medios de masa son no sólo aceptadas por la burguesía e incorporadas a las teorías sociales por los académicos sino que también las aceptan con agrado los pseudorrevolucionarios y equivocadamente los verdaderos revolucionarios. Algunos estudiantes franceses que han rechazado la guerra de clases, piensan que hay una guerra de edades. "Los jóvenes hacen el amor, los viejos hacen gestos obscenos", dice uno. ¿Quiere significar que su virilidad cesará a los treinta, cuarenta, cincuenta? Esos "nuevos rebeldes" que afirman que la juventud (y quieren decir "la juventud educada") es la "clase revolucionaria" ¿quieren significar que ellos mismos dejarán de ser revolucionarios cuando hayan egresado? Por desgracia, esto es a menudo lo que quieren exactamente decir. La clase dominante no objetó nunca al príncipe Hal * que pasará sus días en francachelas, si como rey hacía buen uso de ellos.

Es natural que en un sistema donde existe la propiedad ocurra un choque de generaciones en la clase posesora, debido al principio hereditario. El hijo mayor tiene que esperar a que muera su padre antes de tener

* *Prince Hal*: Hal es el diminutivo arcaico de Henry, y se refiere aquí al *Henry V* de Shakespeare. [E.]

acceso a su herencia "legal", y se pone un poco impaciente. La sociedad feudal estuvo plena de antagonismos filiales inevitables, bien ilustrados por el odio de los padres y los hijos en la dinastía de Hannover. Este tipo de brecha generacional duró largo tiempo dentro de la aristocracia, puesto que el hijo mayor no estaba dispuesto a "emprender actividades" (la ociosidad había sido idealizada) y una de las pocas maneras de aliviar la presión consistía en hacerlo entrar en los Comunes antes de que llegara a los lores. Se llamaba a esto "política del interinato", y aunque la Ley de Reforma la ha hecho difícil, no la eliminó totalmente.

El antagonismo económico entre las generaciones prevaleció menos en la burguesía, donde el padre podía hacer que los hijos se incorporaran al negocio y —por cierto en el período en que la sabiduría y la respetabilidad se computaban en función de los años que uno había vivido— el patriarca protegía a sus hijos hasta que éstos alcanzaban la madurez comercial. No es una coincidencia el hecho de que el capitalismo próspero fuera patriarcal. Sólo el hijo incorregible, personaje habitual en la literatura de la época, esperaba con impaciencia que el viejo estúpido muriera para poder derrochar su "buen" dinero.

El choque de generaciones fue casi desconocido en la clase trabajadora, donde la propiedad a heredar era despreciable o nula, y todo lo que los hijos virtuosos obtenían de su padre, cuando éste moría, era el gasto de un entierro adecuado. Tanto el padre como la madre podían transmitir sus habilidades a sus hijos, y una de las más amargas quejas contra el capitalismo individualista del *laissez-faire* era la manera en que se desquició la vida hogareña de los trabajadores. La mujer, arrancada de su telar y transformada en un autómata en una fábrica, no podía transmitir sus habilidades a una generación más joven, y sentía que tanto ella como sus hijos habían sido objeto de un despojo. Los trabajadores se orientaron hacia el movimiento revolucionario in-

glés, el de los Luddistas. * Tanto lo temía la clase capitalista que hasta hoy el término tiene para la burguesía connotaciones de terror mayores que la denominación de *bolchevique*, y goza del privilegio, junto con la palabra *anarquista*, de que se lo utilice como peyorativo para provocar el prejuicio contra algo totalmente distinto de lo que el término evidentemente significa.

En una época en que el proletario más viejo no había logrado acumular nada o sólo muy poco, se oponía menos dogmáticamente a la revolución a causa de la *edad*. Una vez que el radicalismo prende, no se desvanece con el transcurso de los años. El reformismo significó una ventaja para el trabajador más viejo, pero también lo aprisionó. Ese trabajador necesitaba reformas rápidas, "dentro del curso de mi vida". La reacción produjo una división entre las generaciones —el trabajo más joven era más barato—. La clase dominante divide a medida que conquista.

En épocas más recientes ha surgido la noción de juventud por sí misma como un concepto político idealizado. Dio oportunidad a nuevas aventuras y aventureros. El feudalismo democrático fue defendido por la Joven Inglaterra de Disraeli, y el fin del feudalismo por la Joven Alemania. Los Jóvenes Turcos barrieron con el despotismo y los italianos lo restauraron, al cantar como lo hicieron el himno fascista oficial, según el cual la juventud era la primavera de la belleza.

Dejamos este tipo de entusiasmo al cuidado de los psicólogos y sociólogos, que ya están ocupados como buitres sobre causas derrotadas, para ocuparnos, casi con alivio, de la cuidadosa actitud de los socialdemócratas, que dan preeminencia a los valores utilitarios del vigor juvenil pero no están dispuestos a permitirle que predomine. En el Partido Laborista se ha aceptado siempre que debe haber una sección joven, cuidadosamente aislada, y esa sección ha desempeñado un papel importante en la construcción de la organización partidaria. Se ha reconocido que es permisible, a cierta edad, transformarse en un rebelde, y que esto puede incluso constituir un paso preliminar y necesario antes de que se llegue a ser miembro del ala derecha. Pero cuando la organización de la juventud pudo expresar su parecer, fue inevitablemente más dinámica que el grupo de los viejos, más o menos progresista según el punto de vista prevalente, y también fue inevitable que se la disolviera o que renunciara.

El Partido Comunista, que en una época constituyó este tropiezo para los burócratas laboristas, se encuentra hoy exactamente en el mismo dilema con la Liga Juvenil Comunista.

La rebelión de la juventud burguesa de hoy contra la mezquindad y conformidad de la burguesía de edad madura no es meramente una rebelión contra los años. Los jóvenes que sienten que lo es, están preparando el camino para su posterior defección cuando ellos también sean mayores y aún burgueses. Es una rebelión contra los valores burgueses como tales, y una elección consciente de valores distintos de los de la conquista y el dominio, o de la habilidad para comprar barato en un mercado y vender caro en otro. Al insistir en que la actual rebelión mundial es un choque generacional y se limita además a los estudiantes, quienes hacen la opinión pública esperan haber determinado su carácter definiéndola de esa manera.

Esto es parte del arte del dominio mediante la persuasión. Ya no se cree en general que la utilización de este arte constituya una conspiración consciente que

* cf. E. P. Thompson, "The Making of the English Working Class". Diremos al pasar que el *Luddismo* no viene de un señor Ned Ludd, si es que éste existió alguna vez, sino del Rey Lud, el mítico soberano británico a quien se conmemora en Ludgate Circus, en Londres. La evocación de su nombre revivió la idea de un pasado feliz, anterior a "la conquista", el pasado medieval idealizado y la utopía de un artesano libre de quienes habían llegado a dominar.

"Como los jóvenes libertarios en el mar
compraron su libertad barata, con sangre,
así nosotros moriremos luchando o viviendo libres,
y ¡mueran todos los reyes, salvo el Rey Lud!"

realiza la clase dominante. Sin embargo, subsiste el hecho de que ese arte existe, aunque la idea de "creación consciente" del dominio y de las actitudes que lo perpetúan no fuera más que un mito inspirador. Puede ocurrir que por un proceso de mutación sólo sobrevivan las clases dominantes que utilicen estos métodos.

Si éste es el caso, resulta más fácil comprender algunas contradicciones superficiales del arte del gobierno. Sería un exceso de maquiavelismo suponer que en algún lugar un consejo supremo ha decretado que los grupos pop hagan su fortuna supuestamente halagando a los jóvenes rebeldes de hoy, pero tratando en verdad, en forma sutil, de orientarlos hacia el *establishmentarismo*; o preguntarse por qué se gastan pródigamente subvenciones educacionales en investigaciones universitarias que permiten a los académicos explicar a los revolucionarios qué es lo que ellos realmente piensan; o por qué los políticos necesitan explotar las divisiones y antagonismos existentes dentro de la sociedad. Pero como muchos rebeldes sienten que tales movimientos "espontáneos" ayudan a sobrevivir a la clase dominante, se orientan hacia las demostraciones de masa porque se dan cuenta de que cuanto más atemoricen a la burguesía tanto mejor será, y que saquen su artillería pesada si quieren, pues los batallones de asalto están perfectamente formados y a la expectativa, aunque algunos de los gruppenführer ya digan, no "Sieg Heil" sino "Yo les tenía mucha simpatía hasta que..."

CAPÍTULO 11

VIOLENCIA Y TERRORISMO

Todos deploramos la violencia recíproca. La mayoría de la gente, lo admita o no, está condicionada por los medios de masa, la neoiglesia, y deplora el tipo de violencia que el Estado deplora, y aplaude la violencia que el Estado practica. Encantadoras señoras de edad, incapaces de trastornar los sentimientos de un gato sentado en la silla que ellas desean ocupar, exigen vehementemente que se azote, cuelgue y destripe, a veces incluso a simples manifestantes. La ley de Lynch no es "anarquía". Es ese grado de ley más allá del Estado, al cual puede llevar el pensamiento autoritario. El Estado mismo puede apelar a las juntas de vigilancia o a los asesinos fascistas, o dar carta blanca a la policía cuando ve eludida o burlada su autoridad, o cuando parece que el aparato estatal resulta insuficiente. Si no lo hace así, surge la ley de Lynch. Sin embargo, las mismas personas, desde las indignadas ancianas hasta los linchadores y los fascistas, se sentirán moralmente heridos por el asesinato, puesto que los medios de masa no los han preparado para ello.

Después de la Primera Guerra Mundial, cuando la prensa apenas había cesado la campaña contra la reincorporación de los objetores de conciencia en sus puestos, éstos deploraban la "violencia" de los trabajadores que ocupaban las fábricas en Italia. Saludaron con alegría la violencia de masa de Mussolini, y deploraron como "violentos" los intentos de asesinarlo. Como para el objetor pacifista de conciencia el criterio era la "violencia" y no la libertad, los hombres que trataban de matar a Mussolini estaban "a la misma altura" de los fascis-

tas —"utilizaban los mismos métodos"—. Sin embargo, el sentido común mostraba que quienes estaban más cerca de Mussolini no eran los que trataban de asesinarlo, sino aquellos que, porque deploraban la violencia, trataban de tranquilizar a la población y preferían más bien cooperar que resistir; los que, aunque no eran fascistas, sentían que cualquier cosa era mejor que la "violencia" revolucionaria. Sin embargo, ésta hubiera sido de carácter individual. La violencia fascista era de masa.

Para nosotros *existe*, pese a la actitud escéptica y burlona de los pacifistas, una distinción entre *nuestra* violencia y la de ellos. Nosotros admiramos al rebelde que trató de asesinar a Mussolini, o a quienes lograron, frente a una multitud encolerizada, matar al rey de Italia, al presidente de Francia, al zar de Rusia. Es posible comprender la acción de un hombre contra un tirano. Nos resulta imposible percibir un paralelo entre esta violencia y la que utiliza el Estado: los asesinos de los campos de concentración, las muertes lentas en Siberia, los asesinatos judiciales, el uso de escuadras fascistas para eliminar a los oponentes políticos, el pelotón de fusilamiento, los bombardeos en masa, el uso de métodos de exterminio en gran escala.

Un militar retirado, que puede haber enviado a miles de personas a la muerte, se sentirá moralmente herido ante un ejercicio no violento tal como la ocupación de casas por intrusos, y escribirá a los diarios condenando ese acto como "violencia". *Su* violencia era legítima, de modo que él no la considera violenta. Una demostración callejera que obstruyera el paso de su automóvil no sería legítima. Prorrumpe en invectivas contra la *violencia.* Lo que realmente le perturba es la *legitimidad.* La violencia legítima es un monopolio del Estado, pues el Estado dicta las leyes. Al revolucionario no le resulta posible apartar a la gente de una apatía inducida deliberadamente, manteniéndose dentro de un marco aceptable para la policía urbana o la prensa capitalista. Tampoco hay ninguna manera de rebelarse con discreción, de desafiar a la opinión pública pero tratando de no ofender la concepción que la gente tiene del buen gusto.

Ni puede uno cambiar la base económica de la sociedad con gestos de aprobación por parte de la judicatura.

No existió ningún medio de esta clase en la Alemania nazi. Tampoco es posible en la Rusia de hoy. No se lo conoce en Inglaterra. En este país se permite la persuasión amable, pero sólo en términos que la hacen ineficaz. Se puede cosquillear al público con plumas, cuando lo que necesita, para utilizar la expresión de Heine, es un violento golpe en las costillas con un poste de farol. Se han institucionalizado las protestas tradicionales no violentas, tales como las de Aldermaston *. Sus protagonistas entran en el debido momento en el gobierno. Sin embargo, la prueba de las demostraciones no consiste en si son o no violentas. Ese es un criterio introducido por la tradición socialista cristiana y heredado de ella por la "nueva izquierda". No es una prueba revolucionaria, que consiste en cambio en si tales demostraciones perturban o no la cadena de obediencia mediante la cual se transmiten y obedecen las órdenes.

El uso de la fuerza es incoherente con la libertad y cuanto más emplea un régimen la violencia, tanto más represivo es. Sin embargo, la resistencia a la fuerza es el primer elemento esencial para lograr la libertad, aunque uno tenga que emplear la violencia para alcanzarla. La violencia practicada por el Estado es la antítesis de la libertad, porque constituye el medio por el cual se mantiene el dominio. Si uno sólo puede resistir la imposición de las órdenes del Estado mediante la violencia, entonces tal violencia debe ser un prerrequisito de la libertad, por más rótulos de ilegitimidad que se le pongan.

* *Aldermaston*: nombre de la central de ensayos nucleares de Berkshire. En la década de 1950, los pacifistas realizaban en la semana de Pascua marchas de protesta contra la bomba atómica, la primera de las cuales fue de Londres a Aldermaston y las siguientes al revés. Estas marchas adquirieron luego una gran significación política, y sus organizadores se dividieron con posterioridad en pacifistas ortodoxos, nueva izquierda y anarquistas. [E.]

Ningún crimen cometido en la historia de la raza humana puede igualar a los crímenes de los gobiernos. La gente está tan aterrorizada por el capitalismo y el Estado, que se halla preparada para creer que las leyes que se le imponen son necesarias para su propia existencia. Cuando resulta claro que esas leyes amenazan a la sociedad, se pretende que en la situación hay implicado algo ilegal. Por ejemplo, enfrentado con la aniquilación de los judíos alemanes, el constitucionalista no puede soportar el tener que admitir que toda la operación, desde la táctica parlamentaria de Hitler en el logro del poder hasta las leyes aprobadas por el Reichstag y debidamente aplicadas por la judicatura, fueron en su momento perfectamente constitucionales.

Si un régimen fascista o comunista de Estado lograra el poder parlamentario en este país, o fuera legitimado a continuación de su usurpación violenta, actuaría la misma fuerza policial que hoy existe. Sus funcionarios no sacrificarían el sueño de una noche, por no hablar de la jubilación, pensando en *nuestro* destino —sin embargo, los medios de masa nos piden que nos aflijamos por P. C. Jones cuando lo zamarrean los manifestantes—.

Pero el código moral inventado por la neoiglesia no es más coactivo para los revolucionarios que lo que era el código religioso inventado por la vieja iglesia para la burguesía, una vez que ésta rechazó su autoridad. "La opinión pública", ese bien comerciable creado por el poder, se impresionaría ante cualquier acto individual de un revolucionario. Por más despótico que pudiera ser un tirano (y aunque se tratara de un rival) se verterían lágrimas por su llorosa esposa y sus afligidos hijos y se pronunciaría una homilía sobre la futilidad de la violencia. No se diría nada de sus víctimas. Forma parte de la naturaleza del Estado que las víctimas de los tiranos sean numerosas, y la del tiranicida una sola, pues el maníaco del poder no puede preocuparse por quién o qué se atraviesa en su camino. Los escrúpulos son para él una desventaja, aunque pueda aprovechar los escrúpulos de los demás para su propia ventaja, cosa que ciertamente hará.

Si por ejemplo al ejecutar un golpe contra el más vil de los autócratas, tal como ocurrió cuando se arrojó una bomba al rey de España en su día de bodas, se hiriera accidentalmente a un lacayo, la prensa se sentiría "ultrajada", aunque esa misma prensa no logró comprender la falta de patriotismo manifestada por los españoles que objetaron la matanza en masa de la guerra de Marruecos. En 1910, durante un "ultraje" ocurrido en Tottenham, se asesinó de un tiro a un muchacho, sea por obra de los perpetradores o de la policía, sin duda por accidente. Nada pudo igualar el horror de la prensa hasta cuatro años más tarde, cuando los alemanes asesinaron a muchos más, con intención más bien que en forma accidental. Los ingleses, por supuesto, hicieron lo mismo, pero esto fue "accidental" y la mala suerte les tocó a los civiles; excusa que difícilmente podría haberse formulado en el caso de los pistoleros de Tottenham. El horror ante la violencia, en este tipo de contexto, es pura hipocresía. Se objeta a personas que hacen individualmente lo que el Estado legitima en gran escala.

La profesión de fe acerca de la no violencia que formulan en tiempo de paz todos los ciudadanos respetables, no debe confundirse con la no violencia idealizada que sostiene el movimiento pacifista. Incluso en este caso, esta doctrina contiene algún elemento de hipocresía, pues si pensamos en líderes específicos del movimiento pacifista declarado, y aun excluyendo a los cuáqueros que prestan un servicio no combatiente en ocasión de una guerra imperialista, encontramos que la mayoría de ellos se oponen a todas las guerras hasta que encuentran una causa que puedan apoyar mediante la guerra. Pero nunca aceptarán la lucha de clases. El pacifismo gandhista, en cambio, puede ser revolucionario pero es completamente autoritario. Quienes consideran que la violencia es el peor crimen del Estado —porque lo juzgan todo según su grado de violencia— pueden tener razón, pero de ello no se deduce en absoluto que si el Estado pudiera gobernar sin violencia —si la clase dominante

pudiera conquistar sin la fuerza de las armas— esto sería lo mismo que la libertad.

Por el contrario, una clase samurai que pudiera imponer su voluntad mediante la autoridad moral y la persuasión amable no sería menos autoritaria que otra que necesitara utilizar la espada o el látigo. Podría ser menos intolerable vivir bajo el dominio de la primera. Pero no hay ninguna diferencia, en lo que respecta a la compulsión que utilizan, entre un Gandhi y un Mao Tsetung. Gandhi, mediante su persuasión moral, podría haber sido el dictador más efectivo.

La madre que dice a sus hijos: "No os castigaré, pero me habéis roto el corazón", no es menos matriarcal que aquella que les da unas palmadas en un arrebato de cólera y luego lo olvida. Aunque haciendo un balance uno prefiere el yogui al comisario, el primero sólo es innocuo mientras no le hace a uno el lavado de cerebro. Aquellos que mediante la persuasión moral y la virtud superior pueden inducir las virtudes ejemplificadas mediante la no violencia, no nos dan la libertad. Son nazis-faquires.

Ni el partido ni el ashram * deberían estar en posición de asumir el gobierno en caso de derrocamiento de la sociedad capitalista. Si tuvieran que hacerlo, debería ser una empresa azarosa frente a un pueblo rebelde. La dictadura tendría que tomar siempre en cuenta el hecho de que el asesinato es su azar profesional. Los gobiernos de todo tipo tendrían que tomar en cuenta el hecho de la lucha de clases, pero raramente desean hacerlo, a menos que se trate de tiranías sin atenuantes o que representen a una clase aterrorizada por una experiencia revolucionaria traumática. Cuando un gobierno admite la existencia de la lucha de clases, se dice que existe el Estado Policial. La conquista social, ya no disimulada, se realiza mediante la policía (o, si no hay ninguna tradición de burocracia estatal, mediante las fuerzas armadas que actúan en función policial).

* *Ashram*: especie de convento fundado por Gandhi con mujeres a las que adoctrinaba en la no violencia. [E.]

Cuando un Estado ya no necesita admitir este hecho brutal de existencia, no por ello cesa de emplear la policía: sin embargo, hace lo posible para que lo miren con mejores ojos, valiéndose de la persuasión de que dispone y asignando a la policía algunas tareas útiles para que se ocupe en ellas. La policía pasa a interesarse por el control del tránsito, por ejemplo, que por más socialmente útil que pueda ser, difícilmente se le encargue a una Gestapo recargada de tareas. Es como utilizar al ejército para que ayude durante las inundaciones.

Cuando el Estado se apoya en la conquista nacional así como en la conquista social (Francia ocupada, India inglesa) o cuando la conquista social es de origen reciente y fuerza militar (la España de Franco), resulta esencial la existencia del Estado Policial. Una vez que se ha aceptado en general el hecho de la conquista social, el Estado trata de persuadir a la comunidad de que él es parte de un orden natural e incluso de que su origen es divino.

Cuando la Iglesia era el custodio de los valores morales, su función consistía en persuadir a la sociedad de la legitimidad y divinidad de los gobernantes soberanos. * La neoiglesia, que utiliza los medios de masa y la nueva ciencia de la sociología y la psicología, ha asumido esa tarea. Nos demuestra que la rebelión es ilegal e incluso anticuada o que los revolucionarios odian a sus padres (a diferencia de la familia feliz, como la de los conformistas), y hasta llegará a probar, si se le da rienda suelta, que los criminales constituyen un tipo racial o que determinados tipos raciales son criminales. La desviación de los dogmas del Estado puede aparecer como una forma de degeneración. Si se les dan fondos suficientes, nos enseñarán a todos cómo podemos adaptarnos a una sociedad enferma.

Un psicólogo norteamericano ha estudiado los motivos de quienes trataron de matar a presidentes de los Estados Unidos. Este tipo de estudio se está transformando en un nuevo deporte nacional. Ese psicólogo ha

* cf. "God and the State", de Michael Bakunin. Dios y el Estado (Proyección).

llegado a la conclusión de que se trata de "un deseo de inmortalidad". Sin duda —pero ¿qué se oculta detrás del deseo de ser presidente?—. Muchos asesinos en cierne encararon su acto "como un golpe de política nacional o de heroísmo patriótico". ¿Cómo encaran *sus* actos los *presidentes*? Escapó por completo a la visión del psiquiatra que cuanto más grande es el tirano mayor es la necesidad del asesinato. Los rebeldes que trataron de matar a dictadores europeos pueden haber sido menos delincuentes que los pilotos que bombardearon a Alemania e Italia. Estos últimos pueden haber enfocado sus asesinatos como política nacional y heroísmo patriótico —en ese momento se los alentaba fuertemente a hacerlo así—.

Pero, naturalmente, excede por completo el dominio del psiquiatra investigar las causas de la guerra. * El sociólogo no tiene tales escrúpulos y llegará incluso a dotar al Estado impersonal de cualidades humanas, de la misma manera en que la Iglesia primitiva invocaba su divinidad. Se considera a un "país" como una persona real, con atributos antropomórficos. A los niños crecidos después de la Primera Guerra Mundial les resultaba difícil comprender que los belgas no fueran necesariamente "pobres" ni "pequeños"; y después de la Segunda Guerra Mundial les resultaba difícil comprender que Polonia no fuera, de hecho, un "pequeño" país. Aun menos posible les era comprender que todos los norteamericanos no fueran ricos y poderosos. Cosa más importante, el término "agresión" aplicado a un acto nacional ha desorientado por completo a todo el mundo. Muchos reformadores creen que la "agresividad" provoca las guerras. Esta es una de las razones de que el

* Una extraordinaria visión de cuán joven puede ser a veces la mente científica fuera de su esfera específica puede tenerse leyendo el intercambio de cartas entre Freud y Einstein, acerca de las causas de la guerra; fue una publicación poco divulgada de la década de 1930. Einstein apela en forma emotiva a Freud y le pide que utilice su ciencia para demostrar que la guerra es injusta, y Freud explica que es parte de la psique humana. Ninguno de los dos tenía la menor idea de su causa.

deporte del boxeo reciba tantas críticas (especialmente por parte de aquellos que, como la baronesa Summerskill, comenzaron como pacifistas y luego, aunque políticamente comprometidos con la bomba atómica, terminaron no obstante en una posición opuesta a la "agresividad"). Sin embargo, el boxeador profesional tiene la suerte de transformarse en un cabo encargado del entrenamiento físico en tiempo de guerra —es más probable que a raíz de su agresividad se lo ponga en un lugar protegido—. No son los Rocky Marciano los que llegan a ser buenos soldados. El diplomático profesional humilde, con su sombrero hongo y su paraguas, que nos pide perdón si lo hacemos entrar de un tropezón en la escalera mecánica, embrollará a la nación en una guerra, y el funcionario estatal Eichmann es el prototipo de cómo se comportará entonces.

La mera "agresividad" de un Napoleón o un Hitler no podría provocar una guerra. Podemos encontrar personas semejantes a ellos en cualquier esquina. Lo que provoca la guerra es la docilidad de los más. La obediencia permite a los líderes seguir una trayectoria agresiva.

No fue "el carácter alemán" ni siquiera la ideología nazi lo que hizo que el ejército alemán se comportara en la última guerra de una manera que provocó resistencia. Fue la conquista misma, que resultó más obvia por el hecho de que el conquistador era extranjero, y más penosa debido a que era nazi. Los diplomáticos trataron de ocultar el hecho flagrante de la conquista creando "gobiernos legítimos" que ostentaban los viejos y gastados colores patrióticos. En la Rusia ocupada los alemanes tuvieron la oportunidad de ser considerados como libertadores, pero la ideología nazi consideraba al conquistador como una clase superior, y actuó de acuerdo con esa idea. Fue penosamente obvio en Ucrania que la clase dominante soviética había sido reemplazada por una clase dominante invasora que consideraba a los ucranios como ilotas nativos. La ideología nazi impidió a Alemania ocultar el hecho palpable de un Estado Policial en armas.

A la resistencia se le asignó a todo lo largo de Europa una ideología nacional-patriótica, en gran medida por obra de los propagandistas con base en Londres, cuya parte activa en la lucha consistía en pronunciar discursos radiales alentadores y fomentar intrigas con la diplomacia inglesa. En lo que respecta a quienes estaban en el lugar, la resistencia al Estado Policial era inevitable. El Partido Comunista, que hablaba en el lenguaje de la *lucha de clases* pero en la práctica obedecía a las *necesidades políticas del gobierno ruso*, fue capaz de persuadir a los movimientos clandestinos de que estas dos cuestiones opuestas eran idénticas.

El Partido Comunista de hoy no niega enteramente que exista una lucha de clases, pero hace lo más que puede para adaptar sus términos a los del patriotismo nacional, puesto que esto sirve a los intereses del Kremlin. Los liberales, y habitualmente incluso los pacifistas, negarían que existe en absoluto una lucha de clases, actitud que nos parece extraña. Por más que nos opongamos a la guerra entre naciones, difícilmente pretenderíamos que no existe. Es difícil definir a una nación, y el imperialismo ha hecho que las líneas de separación resulten confusas. Tampoco se limitan las diferencias raciales a Estados nacionales en oposición. Es muy deseable que no existan tales guerras. Sin embargo existen, pese a nuestra desaprobación. Es más difícil definir una guerra de clases porque hay un cierto grado de voluntarismo.

El Estado nacional puede decir, respecto de la guerra entre naciones, cuál es la ley, cuáles son sus súbditos y cuáles aquellos que, en un determinado momento, no considera como sus súbditos. Inclusive para la prensa una pretensión nacional basada en la raza, por oposición al poder, equivale a cometer una traición (como descubrió sir Roger Casement). A menos que el Estado elija, incluso la afinidad ideológica no se reconoce sino como traición (Joyce y Amery fueron colgados, aunque varios centenares de alemanes, empleados por los ingleses, habían cometido exactamente el mismo "delito" que ellos). La traición exitosa es imposible, porque entonces se transformaría en el patriotismo más elevado. Muchos de los "viejos bolcheviques" fueron ejecutados por "colaborar con el fascismo", con excesiva anticipación cronológica. Todo esto forma parte del terrorismo del Estado.

Sin embargo, el Estado no puede admitir normalmente el hecho de la guerra de clases, porque esto equivaldría a otorgar sanción al contraterrorismo por parte del pueblo. Una vez que está obligado, por la creación de un Estado Policial, a admitir el hecho de una guerra de clases, la respuesta es siempre la misma. Pudo verse en la Rusia zarista, cuando el Estado Policial fue objeto de oposición mediante actos individuales de violencia, que eran el único medio de protesta. Los actos de "terror" contra el Estado Policial español han anunciado al mundo que no puede haber ningún compromiso con el régimen de Franco.

La índole de estos actos provoca una alianza entre las fuerzas policiales "constitucionales y democráticas" y aquellas otras que sólo constituyen, evidentemente, una conspiración armada contra el pueblo. Hubo una entente entre la policía occidental y la de la Rusia zarista, cuando el Kremlin estableció una oficina de policía política que combinaba la intriga diplomática, el espionaje y la actividad antirrevolucionaria, que con sus pródigos sobornos y el empleo de provocadores corrompieron todo lo que tocaron.

El interés público impidió que se diera demasiada publicidad a la cooperación nazi con las fuerzas policiales democráticas, aunque tal cooperación está ejemplificada por la actitud del jefe de la policía francesa, M. Chiappe, cuando entregó los prontuarios de los revolucionarios a la Gestapo en 1940. En esa oportunidad, y desde entonces, la policía inglesa se negó a garantizar que no haría lo mismo en las mismas circunstancias.

Cuando la burguesía "se aterroriza", se siente "inclinada" a utilizar a la policía y muestra la verdadera imagen de la conquista social. En los Estados Unidos la burocracia es tan eficiente en el arte silencioso de la

destrucción masiva, que los jóvenes rebeldes han escupido sobre la cultura burguesa y tomado la actitud responsable de la "irresponsabilidad" —tanto a raíz de la esperanza revolucionaria como de la nueva desesperanza "provocan" a la policía de modo que no se pueda utilizar la persuasión y haya que reemplazarla por la fuerza—.

Incluso en los días legendarios de Robin Hood, la violencia estaba justificada una vez reconocida la conquista social. Esta no sólo justifica a los revolucionarios sino también —en todo caso ante sí mismo— al criminal. ¿Qué es la riqueza sino los robos acumulados del pasado? ¿Cómo surgen los títulos y la propiedad de la tierra? Una vez que se aprecia que la acumulación de la propiedad se debe al robo, pero que el robo se remonta en el tiempo, es difícil comprender el argumento de la economía capitalista de que el robo tenga que cesar ahora. ¿Por qué? Porque la ley lo dice. El jugador de pacotilla desea abandonar el juego porque está ganando. Las sanciones morales que el Estado aplica a la desobediencia requieren una cantidad de palabras melosas por parte de la neoiglesia para que resulten convincentes.

Los actuales valores que ahora se describen como "burgueses" son los establecidos en tiempos victorianos, e implican una justificación de la subsistencia del poder tal como hoy existe. La misma ética y moral existen en Rusia, aunque no haya burguesía en el sentido económico, pues la reemplaza la minoría de los que ejercen el poder. Un exagerado sentimiento de predestinación, el chauvinismo, el puritanismo sexual y los demás sentimientos que surgen del poder por un lado, y de la abnegación hacia el Estado por el otro, son característicos del capitalismo naciente y de la Rusia soviética. En ambos casos una minoría gobernante estable se yergue triunfante sobre un Estado exitoso que actúa como fachada de la miseria humana. En ambos casos se ha vuelto necesaria alguna forma de terror de masa. En la Inglaterra victoriana era la pobreza, en la Rusia soviética la represión política. En ambos casos, el único

antídoto, o sea el terror individual, llegó a ser evidentemente anacrónico debido al éxito de los medios de persuasión. En uno, tal acción parecía innecesaria debido al "continuo progreso del sufragio", y en el otro porque se lo identificó con "el sabotaje capitalista y fascista contra el socialismo". La resistencia, en los dos casos, se volvió sombría, no violenta, resignada.

En toda la historia política hay un sentimiento de que "las cosas pueden ser malas, pero no hagamos que sean peores". Esto aumenta a medida que uno envejece, y se alimenta de la derrota. Es el caso de los argumentos contra la acción militante, y contra la actitud consistente en considerar a autócratas individuales responsables de actos de tiranía "por temor al retroceso". Afortunadamente, hay una renovada esperanza con cada generación. Desastrosamente para la humanidad, el Estado está ganando la carrera —sus poderes de destrucción crecen con mayor velocidad que las fuerzas que se rebelan contra ellos—.

El Estado, como conquista institucionalizada, lleva a la destrucción. Aparte de la discusión filosófica de los fines y los medios, es cosa de sentido común que las propias acciones deban condicionarse de acuerdo con los propios fines. Nuestros fines no son la conquista del poder, sino el hacer que los individuos se sientan responsables de sus acciones. Los enemigos de la libertad no deben escapar a su responsabilidad porque aleguen que actuaron cumpliendo órdenes. Cuando se los considera personalmente responsables de sus actos de violencia, acuden al argumento de que la violencia (si la ejecuta cualquier otro) es cosa "fútil".

El pacifismo cesa de ubicarse en el mismo rango que el bolcheviquismo y la anarquía, y hasta que el Estado elige de otra manera, el público está completamente entregado a la idea de la futilidad de la "violencia", aunque la mayor parte de la "violencia" contra la cual ese público pronuncia invectivas, ocurra como protesta contra el asesinato masivo. A una persona promedio le resulta auténticamente difícil comprender, frente al condicionamiento de masa, que alguien pueda oponerse con ve-

hemencia al asesinato masivo y, por esa misma razón, se sienta tanto más inclinado a formular una protesta violenta. Uno de los autores de este libro, enfrentado con una corte marcial en España como resultado de su creencia en la eliminación de los dictadores, descubrió que algunos de sus amigos y parientes afirmaban auténticamente su inocencia, citando para ello su conocida oposición al armamento nuclear. "Es un pacifista, no un terrorista", decían, y resultaba ineficaz, estando acusado de un delito capital, tratar de formular la obvia explicación. Uno o dos de ellos sintieron luego que se los había inducido a error. El otro de los autores de este libro, enfrentado con una corte marcial inglesa, fue censurado por su "incoherencia" al oponerse al asesinato masivo cuando era notorio que apoyaba la violencia individual ("Y usted no puede negar lo que demuestran sus acciones"). Les parecía claro que si uno no apoyaba la violencia del Estado, u objetaba la idea de sacrificarse por la clase dominante, no podía sostener ninguna otra forma de violencia y probablemente tampoco comer carne. Quienes crean que esto es una exageración podrán convencerse con la sola lectura de los imbéciles comentarios formulados en los tribunales contra los objetores de conciencia.

Pero la violencia no es el metro patrón. No es ni siquiera relevante para la revolución social, que tiene que ver con el cambio económico total del sistema. La violencia sólo se requiere para responder al terror de arriba mediante la imposición de la responsabilidad personal desde abajo. Históricamente, uno ve que la mayoría de las clases dominantes luchan hasta el fin más bien que abandonar el poder, y en ese punto otra minoría dominante desea asumirlo. No se puede responder a esto mediante el terror de masa, pues generalmente el ejército de los que tienen o buscan el poder será superior a cualquier ejército de los que se oponen a él. No se lo puede derrotar mediante la no resistencia, pues eso es exactamente lo que desea. No es posible oponérsele mediante la resistencia no violenta, pues esto presupone una clase entrenada de líderes cuyo dominio sólo diferirá en forma cualitativa. Finalmente, al poder impuesto por la fuerza sólo se puede responder mediante la violencia individual. Ningún dictador es tan poderoso como para ser invulnerable para cualquiera que tenga un conocimiento elemental de la química. Los dictadores que comprenden este hecho (como Salazar en Portugal) se vuelven gobernantes invisibles, y se idealiza su modestia y falta de fastuosidad. Permanecen en el poder, y su longevidad se transforma en una virtud más hasta que cometen la indiscreción de morir.

La política está hechizada por el mito del "hombre fuerte". Así como se atribuyen al Estado las cualidades de una persona, se le atribuyen a la persona las cualidades del Estado. El pequeño Hitler, que nunca levantó su mano para asestar un golpe colérico durante su vida, era un "hombre fuerte". Churchill, que vacilaba guiado por sus criados, era otro. Desdichado, paralizado, neurótico fue Roosevelt; taimado y educado para cura, Stalin —éstos fueron los grandes hombres de la Segunda Guerra Mundial—. Se los admiraba por su "fortaleza", lo cual significaba que ninguno de ellos se mostraba reacio a poner en movimiento las técnicas del asesinato en masa. Los escrúpulos burgueses de Neville Chamberlain para ese tipo de acción lo hicieron "débil". El público de esa época sufrió un lavado de cerebro realizado mediante este tipo de presentación, lo cual lo llevó a creer que Hitler era, de hecho, físicamente el más fuerte de los dos. Con un golpe del famoso paraguas Adolfo se hubiera desmayado. Pero ésta no es la manera en que se conduce la política. Aquellos que creyeron, en 1939, la historia oficial de que la guerra se debía "sólo a un hombre", no vieron la simple alternativa que se ofrecía respecto de la guerra. * Aceptaron que la única alternativa era la sumisión.

* La correspondencia dirigida a "The Times" luego de la publicación de "Killing No Murder" de Edward Hyams, reveló la verdadera actitud del Establishment. Es evidente que Hitler podría haber sido asesinado, y se presentaron planes. Pero el asesinato individual de líderes (a diferencia de los disidentes) era "siempre asesinato" y podía tener "repercu-

¿Por qué los medios de comunicación se ponen histéricos ante la idea de que los estadistas manejen a los hombres? ¿Es porque esto destruye la imagen? Sin embargo, las figuras heroicas deben reducirse de tamaño. "Los grandes sólo lo son porque estamos de rodillas."

siones indeseables". Es de presumir entonces que la Segunda Guerra Mundial fue una repercusión "deseable".

Capítulo 12

¿ES POSIBLE UNA SOCIEDAD LIBRE?

La ayuda mutua es el principio que predomina en la existencia humana. Es más grande que el de la lucha de clases, que resulta de las imposiciones a la sociedad. Enfrentadas con un niño que se está ahogando, sólo las personas sobre las cuales se han ejercido las presiones artificiales del capitalismo preguntarán qué ganaremos arrojándonos al agua. Unicamente las personas bastardeadas por la propaganda racialmente divisoria preguntarán primero acerca de los orígenes étnicos del niño (recordamos a Bessie Smith con una hemorragia mortal, a quien se rehusó la admisión en un hospital "para blancos solamente"). Sólo quienes han sucumbido al condicionamiento del Estado irán preguntando quejosos: "¿Qué están haciendo *ellos* al respecto? ¿Dónde está la policía, los bomberos, los guardias costeros? ¿Para qué pagamos impuestos?"

La gente común practica la ayuda mutua como cuestión que se da por supuesta (por ejemplo, los encargados de las lanchas de salvamento), o en todo caso reconoce que apartarse de ello es vergonzoso. Este no es el caso del conquistador. Los arrendatarios escoceses y los campesinos irlandeses fueron desalojados a tiros. La burocracia nazi tenía sus estadísticas de asesinatos prolijamente presentadas y archivadas. Los dueños de barcos dejaban que sus hombres fueran a la muerte en buques que hacían agua, hasta que se les impidió hacerlo mediante una ley. Los clérigos rogaban por las almas de los heréticos que iban a la hoguera.

Una sociedad basada en la ayuda mutua es natural para el hombre. La sociedad en la cual no se la prac-

tica es antinatural. Se nos imponen instituciones represivas. Debemos eliminarlas. La sociedad libre no debería necesitar de apologistas. Los que cuestionan su practicabilidad quieren decir que ciertas instituciones represivas son esenciales. Sin embargo, la mayoría de las personas coincidirían en que podríamos prescindir de *algunos* de los órganos de represión, aunque haya desacuerdo acerca de cuáles de ellos son indispensables. Los múltiples instrumentos represivos del Estado incluyen:

El aparato del gobierno: la legislatura; la judicatura; la monarquía; los funcionarios públicos; las fuerzas armadas; la policía; el partido (en los países totalitarios) o la organización política partidaria en otros lugares.

El aparato de persuasión: la Iglesia (donde forma parte del Establishment), aunque en un Estado no secular podría ser parte del aparato del gobierno; el sistema educacional; el partido en su rol persuasivo —todo lo que hemos llamado, de hecho, "la neoiglesia"—.

El aparato de explotación económica: el sistema monetario; los bancos; el control financiero; la bolsa de comercio; la gerencia en la industria.

Muchos reformadores políticos desean abolir alguna parte del sistema no libre. Los republicanos consideran innecesaria la monarquía. Los secularistas desean abolir la Iglesia. Los pacifistas se oponen a las fuerzas armadas. Los comunistas objetan el aparato de explotación económica, por lo menos cuando no se basa en el Estado. Cromwell prescindió de la legislatura. Hitler hizo que la judicatura resultara una farsa.

Los anarquistas son los únicos que desean abolir estas tres fuerzas de represión, y en particular la fuerza policial, pues la policía (o el ejército en función policial) es la piedra angular del Estado. Sin ella los debates en Westminster se volverían tan estériles como los de la Oxford Union, y menos interesantes.

Un órgano del Estado raras veces puede realizar el trabajo de otro. La Iglesia ha actuado como burocracia

estatal e incluso como fuerza policial (Estado jesuítico del Paraguay). La monarquía ha sido juez y jurado. Los bancos controlan a menudo los medios de producción. Pero por otra parte la monarquía difícilmente podría salvarnos de la invasión extranjera si no tuviera un ejército (aunque algunos de sus admiradores han pensado de otra manera). A la bolsa de comercio le resultaría difícil persuadirnos de que somos un pueblo libre e independiente, y a la fuerza policial, sin una Iglesia, le resultaría muy difícil hacernos ir al cielo.

Es cierto que el gobierno asume el control de ciertas funciones sociales necesarias. De ello no se deduce que *sólo* el Estado pueda asumir tal control. Los empleados de correos son "funcionarios públicos" sólo porque el Estado los hace tales. Los ferrocarriles no siempre los manejó el Estado. Pertenecieron a los capitalistas, y hubiera sido igualmente fácil que los manejaran los obreros ferroviarios. La policía encuentra nuestros perros perdidos pero ello ocurre porque los registros se llevan en las comisarías, no en las oficinas de correos.

Había una vieja superstición según la cual si la Iglesia excomulgaba a un país, éste sufría un terrible desastre. Esta creencia tiene fundamentos. En esa época sólo mediando la bendición de la Iglesia podía uno casarse, ser enterrado, legar su propiedad, hacer negocios sin riesgo, educarse o ser atendido en caso de enfermedad. Mientras la gente creyó en la Iglesia la maldición funcionó. Si un país estaba excluido de la comunión de los creyentes se cerraban los hospitales, manejados por la Iglesia, y nadie se atrevía a hacerse cargo de ellos por temor a los fuegos del infierno. No había ninguna confianza en los negocios, puesto que eran los clérigos quienes tomaban los juramentos, y sin el ritual mágico no podía haber ningún crédito seguro. Cesaba la educación, pues los sacerdotes manejaban las escuelas. Con sorpresa de algunos, aún podían engendrarse hijos, pero como no se los podía acristianar estaban excluidos de la comunidad de los creyentes. Pasaban su vida en medio del temor. Sus padres no casados no podían dejar su propiedad a sus hijos ilegítimos,

y a menos que se reabriera la iglesia, no podían casarse.

Actualmente somos más sensatos, pero hemos reemplazado una superstición por otra. Los oponentes del anarquismo nos aseguran que si elimináramos al gobierno no habría educación, pues el Estado controla las escuelas. No habría hospitales —¿de dónde saldría el dinero para sostenerlos?—. Nadie trabajaría —¿quién pagaría los salarios?—. "No habría una muchacha virgen ni una rupia entre Calcuta y Peshawar", acostumbraban asegurar presuntuosamente los angloindios a quienes deseaban abolir el señorío británico, pues sólo el Estado impedía el rapto y el robo (chiste que tomó un sabor amargo en la Europa ocupada por los nazis).

Pero en realidad no fue la Iglesia ni el Estado, sino el pueblo el que proveyó lo que el pueblo tiene. Si el pueblo no provee a sí mismo, el Estado no puede ayudarlo. Sólo parece hacerlo porque ejerce el control. Quienes tienen poder pueden repartir el trabajo o regular el estándar de vida, pero esto forma parte del ataque contra el pueblo, no es algo que se emprende para ayudarlo.

Considerar si los órganos de represión son indispensables o no es lo mismo que considerar si los armamentos del enemigo le son o no indispensables. Son esenciales para *él* si se propone realizar una conquista. *Nosotros* podemos encontrar argumentos contra ellos. *El* tratará de justificar esos armamentos. *Nosotros* debemos estar convencidos de la necesidad de su abolición. En estos términos, una sociedad libre es aquella en la cual se priva al enemigo de sus armas o, en otras palabras, en la cual quedan abolidas las instituciones represivas o se las elude de modo que resulten inútiles.

Hemos visto en nuestra época que no importa si una iglesia subsiste como curiosidad histórica o incluso como un cuerpo viviente. Tratará de transformarse en un cuerpo no represivo cuando ya no tenga más poder. Otras instituciones antes represivas, que han perdido su poder, tratan de adaptarse a la realidad de la situación. El capitalismo no está más triunfante en ningún lugar que en la City de Londres, pero subsisten allí primorosas reliquias medievales que no tienen ningún poder sino que son puro snobismo. Una sociedad no sería menos libre porque algunos de sus ciudadanos se reunieran voluntariamente y contribuyeran a un Estado que les impusiera la obediencia. Pero tal demostración de lealtad al pasado resultaría tan anticuada como celebrar el rito de la fertilidad en torno del poste de mayo. Esto último es más natural que formar cola para pagar impuestos y podría considerárselo mejor.

En la atmósfera de libertad, cuando las instituciones coercitivas pierdan su poder y resulten innecesarias, la opinión pública ya no podrá ser manufacturada, los partidos que defienden un retorno a la necesidad de poder llegarán a sufrir el destino de todas las causas perdidas, socialmente irrelevantes o románticamente pasadas de moda. Luego de haber sufrido una inquisición, la gente no volverá de buena gana a ella. Los horrores del pasado ya no podrán suscitar la credulidad, y se los deberá imponer por la fuerza si el Estado los considera necesarios de nuevo, pues el pueblo se precipita a defender su libertad cuando se la ataca abiertamente. Sólo bajo condiciones de conquista aceptada e histórica se vuelve apático, pues no comprende su naturaleza y se lo persuade a que la acepte como inevitable.

Sin duda, en los primeros estadios de una revolución sería necesario, dentro de círculos similares a los de la Revolución Francesa, prepararse para abatir a quienes quisieran reintroducir la represión. Los partidos políticos no desaparecerían de la noche a la mañana. Lo que desaparecería sería la dominación de la vida política por los partidos. La eliminación de los aspectos agradables del cargo ayudaría a eliminar el deseo de ese cargo. El concepto de sacrificio del rey puede no haber sido una tonta superstición de la sociedad primitiva. Por cierto que en los primeros años de una sociedad libre los libertarios conscientes tendrían que afirmar la defensa de la libertad sacrificando a quienes quisieran dominar. Pero en el lapso de una vida, la libertad sería tan necesaria como el aire que respiramos.

Ojo

El concepto de una sociedad libre es tan atractivo como para que lo acepten en general todos aquellos que no estén completamente deformados por la autoridad, y en especial las sucesivas generaciones más jóvenes, cuando los ideales impuestos de obligación y obediencia se hayan resquebrajado debido a los sacrificios excesivos requeridos en su nombre. Contra estos conceptos pueden verse las posibilidades alternativas que surgen de la indisciplina y de la desobediencia, tales como la abolición de las fronteras —la fraternidad entre los pueblos, "un mundo, ningún gobierno"—, la ausencia de la guerra y el fin de la violencia —la ruptura de las barreras artificiales de clase—, la liberación sexual —educación sin disciplina forzada—, la producción para el uso, no para la ganancia.

En verdad todo esto, se lo titule o no anarquismo, puede ser aceptado como un conjunto útil ideal, es decir, como una ficción. Expresado como arte, drama o literatura, puede espantar a la burguesía o incluso aquietarla. El anarquismo se expresa inevitablemente en relación con el arte, el drama, la literatura, la música, tal como ocurrió con la religión, el patriotismo y los credos partidarios. Pero la representación ficticia no debe confundirse con la cosa real.

Constituye un enfoque fácil del pensamiento libertario expresar la violencia inicua del Estado y oponerla a la completa no violencia de una sociedad no gubernamental. Sin embargo, es deshonesto mostrar los aspectos buenos sin mencionar el precio, y una sociedad libre sólo puede instaurarse a través de una determinada resistencia. No es sólo una cuestión de derrotar a la clase dominante, sino de que a ésta le quede bien claro que ya no puede existir ninguna clase de dominio. El propósito de la sociedad libre no es el "rechazo" de los órganos represivos del Estado. Es su abolición.

En el terreno de la ficción, desempeñan un papel revolucionario los escritores creadores, artistas y músicos. En la apreciación del rechazo que éstos hacen de los valores del Estado, el estudiante desempeña un rol revolucionario. Pero en lo que respecta a la cosa real, tenemos que considerar la cuestión en términos del choque que ocurre dentro de la sociedad entre quienes dominan y quienes son dominados. Es un choque que implica la guerra civil, se le llame así o no. Es necesario abolir la conquista impuesta tanto en el dominio de la mente como en el del cuerpo.

Los resultados psicológicos de la derrota los muestra la adulación al conquistador, el intento de asimilarse a él y la consideración de sus valores como los únicos verdaderos. Sólo raramente se transforma en resistencia activa. Más a menudo es apatía. Esto se ilustra gráficamente en el caso de la conquista nacional, pero existe exactamente de la misma manera en el de la conquista social. Es este tipo de apatía en la derrota lo que se combate mediante la acción individual que lleva a la restauración de la confianza en sí mismo (como se vio en los *attentats* de París en la década posterior a la derrota de la Comuna). Decir que una sociedad libre es quimérica equivale a decir que las instituciones represivas son esenciales y, por lo tanto, que la derrota es inevitable. El argumento resulta grato al corazón de quienes desean el poder, pero quieren ser amados mientras lo ejercen. Sólo están esforzándose "para nuestro bien" y no por ambición personal. Querrían que tuviéramos una sociedad no competitiva, "pero eso no funciona", y la única que *funcionará* es la que unta sus bolsillos. Sería agradable prescindir del gobierno, pero "hay que mantener *alguna* forma de gobierno (después de todo, la libertad no es libertinaje)" y ellos están dispuestos con renuencia a sacrificarse para proporcionarla.

Para nosotros, ninguna institución represiva tiene valor excepto para la minoría conquistadora. No creemos que cuando éstos hayan desaparecido, llegaremos a la Utopía. No vamos a ver la Utopía en nuestra generación. Concebimos la Utopía como el módulo por el cual medimos nuestras acciones y el fin que podemos alcanzar. La sociedad libre es para nosotros una etapa en el camino y se la puede alcanzar de inmediato. Algunos podrían decir, utilizando el ideal como un instru-

mento destinado a bloquear la acción, que primero debe haber una revolución en el espíritu de los hombres antes de que pueda ocurrir un cambio en la sociedad. Pero para el anarquista revolucionario lo cierto es lo inverso. Debe haber una revolución en el espíritu de los hombres, y si ésta puede preceder al cambio social, tanto mejor. Sin que se altere radicalmente la base económica de la sociedad será imposible la revolución en el espíritu de los hombres, que nos llevará a la Utopía, pues tal revolución se enfrentaría no sólo con la fuerza bruta del Estado sino con los medios de persuasión como método de opresión. Es una buena excusa ante la policía decir que la única revolución que teníamos en vista en un determinado momento era lograr la sociedad libre dentro de nuestra mente. Se dice que Jesús formuló alguna excusa similar a ésta ante los soldados romanos, pero los revolucionarios se han vuelto mucho más osados desde entonces.

La expropiación de la industria no es una posibilidad remota. Incluso en la actualidad, el control está en manos de los trabajadores. Es este control lo que querría arrebatar la revolución tecnológica, de modo de crear una nueva tiranía desposeyendo a las clases productivas. Hay siempre un cierto grado de intromisión del control que ejerce la fuerza de trabajo sobre la industria. Hay, además, un punto firme más allá del cual tal intromisión quizá no pueda proseguir sin que la industria cierre o sea asumida por los trabajadores. La ocupación de fábricas en época de intranquilidad social es otro punto firme más allá del cual no pueden ir los trabajadores sin asumir la industria. Una vez que recomienzan el trabajo, pero con la gerencia cerrada, cesa de haber una huelga y nos hallamos ante una revolución.

Al ver la revolución como una ruptura con la sociedad dominada por el Estado cesamos de ser admiradores del "progreso", interpretado habitualmente como la manera en que han ocurrido hasta ahora las cosas o la dirección no controlada en la cual se orientan. Miramos tanto hacia atrás como hacia adelante.

Hacia atrás, en verdad, hacia la ciudad libre, con sus gremios de artesanos y grupos de estudiantes, sus reuniones nacionales y su asociación federal con un amplio margen de libertad. Pero hacia adelante, hacia el uso de la tecnología ubicada en su adecuado lugar, al servicio del hombre, con una educación que ayude a erradicar los odios y no a inculcarlos. Hacia atrás, hacia las zonas campesinas naturales, la aldea no segmentada para que vivan en ella los corredores de bolsa, y las corrientes de agua no contaminadas debido a la necesidad de obtener ganancias. Pero hacia adelante, hacia la liberación de la mente de las supersticiones del pasado, hacia el fin del puritanismo sexual con la incursión de la autoridad en los intereses de la humanidad. Hacia atrás, hacia la sociedad sin gobernantes impuestos por la conquista. Hacia adelante, hacia la sociedad liberada del dominio del gobierno o del principio de explotación. Hacía atrás, hacia los consejos obreros de la revolución rusa y la alemana; las comunas libres de España, Ucrania, Mejico; la ocupación de los lugares de trabajo en Francia e Italia; las primeras metas del movimiento de los delegados gremiales ingleses y las concepciones federalistas de la Primera Internacional. Hacia adelante, hacia la Utopía de William Morris, que hoy está bien al alcance del hombre.

COMENTARIO SOBRE LOS NOMBRES

(I) *Carlos Marx* llamó la atención sobre el desarrollo económico de la sociedad y la naturaleza de la lucha de clases; su socialismo, aunque revolucionario, se basaba en el Estado. La mayoría de sus seguidores, durante la vida de Marx, creyeron que la "conquista del Estado" se basaba en el legalismo, pero después de la Comuna de París, Marx aclaró que él creía en la revolución armada. Nunca explicó cómo se realizaría la toma del poder ni cuál era su concepción del socialismo, excepto que creía en la "inevitabilidad" del socialismo (porque el capitalismo se iba concentrando en unidades mayores y la miseria creciente haría que los trabajadores se rebelaran, tomaran a su cargo el Estado y nacionalizaran los monopolios), teoría que hoy ha caído en descrédito.

(II) *Mijail Bakunin* progresó durante su vida desde el concepto de la revolución democrática hasta adoptar el federalismo de Proudhon y la idea del socialismo. Dentro de la Internacional pensó correctamente que el socialismo marxista sería un "bismarckianismo rojo" y que el socialismo de Estado sería una nueva tiranía. Después de la Comuna de París, sus teorías se desarrollaron hacia el anarquismo revolucionario.

(III) *Herbert Read*, crítico de arte y filósofo inglés, adaptó las ideas anarquistas al surrealismo, la literatura y la educación. Aunque se mantuvo esencialmente en el terreno liberal en su actitud respecto de la sociedad de hoy, sus concepciones acerca de una sociedad libre constituyen una valiosa guía hacia la Utopía.

(IV) *Henrik Ibsen*, el dramaturgo noruego, fue considerado por anarquistas como Emma Goldman el profeta dramático del movimiento libertario, aunque es justo decir que Bernard Shaw, al analizar idénticos textos, lo representó como el profeta dramático del socialismo autoritario.

(V) *Piotr Kropotkin*, escritor y ex príncipe ruso, después de vivir entre los obreros suizos adaptó los principios gene-

rales del anarquismo revolucionario al movimiento laboral, y trató de mostrar que éste se apoyaba en una base científica.

(VI) *La Primera Internacional* fue un reflejo de los puntos de vista que entonces prevalecían en el movimiento laboral, incluido el socialismo marxista —y su progenie parlamentaria, la socialdemocracia alemana; el proudhonismo francés y suizo, que Bakunin ayudó a transformar en anarquismo; el sindicalismo inglés; el republicanismo de Garibaldi (la conquista del poder democrático por la fuerza armada) y las ideas de Blanqui (la conquista del socialismo por el mismo método, que influyó sobre las teorías posteriores de Lenin y que se ve hoy reflejado en el culto del Che Guevara)—.

(VII) *Percy Bysshe Shelley*, el poeta, es concebido a menudo como un revolucionario libertario, lo cual no soporta mucho el análisis. Era yerno de William Godwin, cuyos puntos de vista acerca de la sociedad sin Estado hacían de él, en un respecto, el predecesor del anarquismo, y en otro, el predecesor del liberalismo del *laissez-faire*.

(VIII) *Daniel Cohn-Bendit* se ha transformado en el portavoz aceptado de la rebelión de los estudiantes franceses contra la sociedad autoritaria.

(IX) *Herbert Marcuse* ha sido elegido por la prensa como el teórico del radicalismo a la moda.

(X) *León Trotsky* era un socialdemócrata que llegó a ser ministro de Guerra del gobierno bolchevique, y como tal fue responsable de la represión de los marineros de Kronstadt y de los campesinos ucranios que trataron de transformar en realidad los "soviets libres". Luego él mismo se vio forzado por José Stalin a adoptar una actitud opositora, y se transformó en un encarnizado crítico de "la burocracia", sin admitir que ésta era una clase separada.

(XI) *Vladimir Lenin*, aunque marxista, hizo tambalear la teoría socialdemócrata con su denuncia contra el Estado; aunque en la práctica seguía aún el principio marxista de la conquista del Estado, manifestó que éste "iría desapareciendo". Cuando el Estado cesara de ser el "comité ejecutivo de la burguesía", "irían desapareciendo" aquellos órganos del Estado que protegían la represión económica, pero desde que el Estado se transformó en el "comité ejecutivo" de la burocracia, las otras instituciones represivas llegaron a ser más fuertes que nunca.

(XII) *Los bolcheviques* (la mayoría), por oposición a los mencheviques (la minoría) formaban parte del movimiento socialdemócrata ruso hasta que se dividieron en lo que respecta al apoyo a la Primera Guerra Mundial. En cuestiones teóricas no había ninguna diferencia entre los socialdemócratas alemanes y rusos, que se dividieron más o menos según los mismos lineamientos. Ambos eran socialistas marxistas de tipo autoritario. Sin embargo, la socialdemocracia inglesa perdió fuerza en su contacto con el sindicalismo y el metodismo y, finalmente, fue adaptada por el fabianismo.

(XIII) *Pierre Joseph Proudhon* fue un filósofo federalista francés que acuñó el nombre "anarquista" en su sentido actual, pues suponía que si el gobierno fuera necesario, el sustantivo "anarquía" podría utilizarse para significar el caos y la confusión, pero que si el gobierno no fuera necesario, la palabra "anarquía" (la ausencia de gobierno) significaría la completa libertad. Sólo los autoritarios, según él, podían creer en que la completa libertad significaba el caos. En este sentido es el "padre" del anarquismo, aunque no haya sido él mismo un anarquista en el sentido actual. Fue precursor de los puntos de vista en que se apoyó la organización obrera autónoma en Francia.

(XIV) *A. S. Neill* es el pionero actual de la educación libertaria y del principio "corazones, no cabezas, en la escuela". Aunque ha negado que fuera un anarquista, resultaría difícil describir de otra manera su filosofía, si bien tiene razón al reconocer la diferencia existente entre la revolución en filosofía y pedagogía y el cambio revolucionario de la sociedad. Ambas revoluciones están vinculadas, pero no son la misma cosa. (Ver Summerhill)

(XV) *La C.N.T. - F.A.I.* (Confederación Nacional del Trabajo, anarcosindicalista; Federación Anarquista Ibérica) fue la fuerza impulsora en la Revolución española de 1936, que estaba vinculada con los cambios sociales revolucionarios en la economía, detrás de las líneas republicanas, hasta que la aplastó el Partido Comunista, ayudado por las armas rusas, más o menos un año antes del Pacto Hitler-Stalin.

(XVI) *Los Mártires de Chicago* (a los que se refiere la canción "Red Flag" [Bandera Roja]) fueron anarquistas contra los cuales la policía de Chicago urdió acusaciones capitales en 1886, y se los proclamó mártires de la guerra de clases. Están vinculados con las primeras celebraciones del 1º de Mayo como Día de los Trabajadores.

(XVII) *Sacco y Vanzetti* fueron anarquistas ítaloamericanos, acusados también sin fundamento de delitos capitales en la década del 20; se transformaron igualmente en símbolos de la lucha de clases.

(XVIII) *Joe Hill*, de la asociación Industrial Workers of the World, fue también otro mártir de la lucha de clases, colgado por el Estado de Utah; sus canciones se han transformado en folklore.

(XIX) *Rudi Dutschke* fue el portavoz de la izquierda estudiantil alemana hasta que fue baleado por un reaccionario.

(XX) *Los Espartaquistas* fueron los comunistas consejistas de Alemania que, rechazando el dogmatismo partidario de la socialdemocracia, comprendieron que los consejos obreros que estaban surgiendo por todo el país constituían el medio por el cual la nueva sociedad "se desarrollaría dentro del marco de la vieja".

(XXI) *Los Fabianos* llevaron el marxismo a su conclusión lógica, y visualizaron una sociedad dominada por los benefactores de las clases medias. Penetraron primero en el Partido Liberal, luego en el Partido Laborista, y transformaron el movimiento laboral de modo que quedó dominado por la "clase profesional". Con el relativo éxito político del "socialismo" inglés, el socialismo francés siguió el mismo curso desastroso, con lo cual el Partido Comunista fue el único que en Francia pretendió siquiera representar a la clase trabajadora.

(XXII) *Fernand Pelloutier* fue el pionero de la teoría sindicalista francesa, y de la concepción de que las organizaciones laborales podían controlar la industria. Está en directo contraste con los líderes sindicales ingleses, que consideraban necesario tener vinculaciones políticas.

(XXIII) Los *Industrial Workers of the World* representaron el sindicalismo norteamericano. Este movimiento descartó la primitiva concepción de De Leon acerca del "poder político", pues la consideraba como un método mediante el cual la clase media conservaría su predominio. No veía ninguna finalidad en la acción política e insistía en la acción directa para alcanzar el poder industrial. Creció en extensión y militancia hasta el período reaccionario que siguió a la Primera Guerra Mundial y aunque "muerto" se rehusó obstinadamente a "someterse".

(XXIV) *Daniel de Leon* hizo que el marxismo comprendiera el modo en que podía lograrse el socialismo, relacionándolo más directamente con la lucha de clases. Su concepción era de poder político así como de poder económico; el partido se apoderaría del Estado, los trabajadores se apoderarían de la industria. Lenin debió mucho a De Leon.

(XXV) *Ferdinand Lassalle* hizo una mezcla de marxismo, legalismo y demagogia dentro del primer movimiento obrero alemán. Podría decirse que fue igualmente el padre de la actual socialdemocracia y del nazismo, con su mezcla de patriotismo y socialismo, movimientos laborales de masa y pequeño liderazgo concentrado. Su teoría de la Ley de hierro de los salarios se transformó en objeto de burla general después que la demolieron los socialistas. Esa teoría sostenía que todos los aumentos de salarios y beneficios que ocurren bajo el capitalismo deben significar un aumento en los precios y, por lo tanto, en última instancia, una pobreza creciente. Esta falacia se ha puesto de moda nuevamente ahora, bajo el gobierno laborista.

(XXVI) *Rosa Luxemburgo* trató de reconciliar la socialdemocracia revolucionaria con el comunismo consejista. Su prematura muerte a manos de reaccionarios alemanes impidió que resultaran evidentes las incoherencias de su pensamiento.

(XXVII) *El Movimiento Socialrevolucionario de Rusia* no fue (como se supone a veces) nihilista ni anarquista, ni estos dos últimos términos fueron sinónimos. Los socialrevolucionarios consideraban al campesinado como la clase de la revolución, de la misma manera en que los socialdemócratas consideraban como tal al trabajador industrial. Los socialrevolucionarios eran encarnizados opositores de los zaristas y, en particular, sus mujeres (como las sufragistas inglesas, en muchos respectos) eran valientes y activas. Los nihilistas fueron simplemente demócratas que deseaban el fin del zarismo. A diferencia de los socialrevolucionarios y de los anarquistas, aquéllos no utilizaban el "terrorismo".

(XXVIII) *Errico Malatesta* fue uno de los más conocidos divulgadores de la teoría anarquista (cf. "Malatesta: His Life and Thought", V. Richards, Freedom Press).

(XXIX) *Néstor Machno* organizó un ejército campesino en Ucrania, que estableció comunas libres. En una época Lenin estaba dispuesto a "permitir que los anarquistas en-

sayaran sus teorías" en Ucrania, pero el territorio era demasiado valioso (y el ejemplo demasiado contagioso) para que esto se hiciera. Los machnoístas lucharon tanto contra las tropas rojas como contra las blancas. Trotsky hizo la paz con ellos, de modo que el ejército rojo pudo unírseles para expulsar a los zaristas, pero luego se volvió contra ellos para establecer el Comunismo de Estado. Machno fue luego el más difamado de todos los revolucionarios rusos, proceso que puso en movimiento Trotsky, quien más tarde se encontró con que lo mismo le hacía Stalin.

(XXX) *William Morris* es el visionario de la Utopía en la tradición laboral inglesa.

(XXXI) La *C. N. D.* (Campaign for Nuclear Disarmement: Campaña de desarme nuclear) y su descendiente, el Committee of Hundred (Comité de los cien), no violento y partidario de la acción directa, comenzó como una protesta contra el Estado de Destrucción, que obtuvo un amplio e inesperado apoyo y se transformó en el foco de la protesta para una nueva generación Pueden ignorarse las creencias de algunos de sus fundadores de que "ellos lo hicieron todo", y las presuntuosas pretensiones vinculadas con tales creencias.

(XXXII) *James Connolly* fue un socialista de la escuela de De Leon y un patriota irlandés.

(XXXIII) *Henry David Thoreau*, individualista norteamericano, ha sido considerado a menudo como anarquista de una escuela idílica ("un anarquista amable", según la jerga periodística). Sus actitudes constituyen quizá lo más típico de lo que sería el liberalismo avanzado y el no compromiso en la actual sociedad.

INDICE